



LA CASA
DEL SILENCIO
BLANCA
BUSQUETS

Lectulandia

Esta es la historia de varias mujeres y de algún hombre. Mujeres valientes y sensibles, mujeres apasionadas, mujeres que aman a los hombres pero que, por encima de todo, aman la música.

Esta es la historia de un violín que pasa de mano en mano, de un director de orquesta exiliado que vive entre notas musicales y faldas, de madres ausentes, de desamores y venganzas, de guerras que separan, de criadas que toman chocolate caliente...

Esta es la historia de La casa del silencio, donde la música jamás deja de sonar.

Lectulandia

Blanca Busquets

La casa del silencio

ePub r1.0

Karras 22.02.18

Título original: *La casa del silencio*
Blanca Busquets, 2013
Traducción: Cruz Rodríguez Juiz

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre y a mi tío Francesc,
que siempre lo han dado todo por la música

El ensayo

Teresa

Encontré mi primer violín en un vertedero. Y era un violín buenísimo, aunque, claro, yo todavía no lo sabía. Lo que sabía era que se trataba de un violín mágico. De eso me di cuenta enseguida, con solo mirarlo, porque, aunque casi había anochecido, brillaba, y lo que brilla normalmente es mágico. No me lo invento, no. Mi madre y yo nos dedicábamos a menudo a rebuscar en el vertedero a ver qué encontrábamos para vender. Si ahora se lo contara a algunos de los que están aquí conmigo, se quedarían estupefactos.

De hecho, hasta hace un segundo no había nadie aquí conmigo, o sea, en el teatro. Y de pronto he oído unos pasos tenues que se acercaban a la boca del escenario. Ahora asoma la cabeza el primer músico, un trompetista desangelado con cara de no tener nada de valor en este mundo salvo la trompeta. Me saluda con un gesto de la mano y me dice algo que no entiendo. Creo que es rumano, me suena que alguien me lo dijo.

Yo llevaba rato contemplando el patio de butacas vacío, sentada en una silla con el violín en la mano porque me he cansado de calentar y añoraba el silencio. El silencio del patio de butacas y el que reina en esta ciudad, fuera, en las plazas, en las calles. Un silencio de hojas muertas. Desde la ventana del hotel, antes de venir, he visto caer hojas, hojas que tapizan todavía más este suelo de colores que el otoño vuelve tan atractivo. En casa, en Cataluña, para ver estos colores hay que ir a la montaña. A esa montaña que no conocí hasta la adolescencia porque de niña no había podido salir de Barcelona.

Todo cambió cuando encontré el violín. Dije, mira qué he encontrado, levantando el instrumento con una mano y el arco con la otra, en actitud triunfante. Y al levantarlo rocé las cuerdas con la mano sin querer y emitieron un sonido desgarrado y agudo que recuerdo que me partió el alma. No sabía si me gustaba o no, era un sonido extraño. Después lo miré con atención y clavé la vista en la efe, que entonces no sabía que se llamaba así, claro, porque solo veía un agujero alargado, pero al fondo se atisbaban unas letras escritas a mano y quería leerlas. Y las leí, pero no las entendí. Había una fecha, eso supe leerlo, 1672. Qué miras, se quejó mi madre, trae, que nos lo comprarán. Mi madre no se fijaba en la forma de lo que sacábamos del vertedero, solo en la materia, para ver si era vendible. No vivíamos en la calle ni en la miseria absoluta, o sí, depende de como se mire. Definitivamente sí si se mira con mentalidad actual, porque ahora está mal visto salirse de una dieta equilibrada que incluya fruta, verdura, hidratos de carbono y no sé cuántas cosas más. Entonces nuestra dieta equilibrada era lo que hubiera, y podía ser que un día solo hubiera pan y un poco de queso o unos garbanzos o unas lentejas. A mi padre no lo conocí pero, según me contó después mi madre, era un extranjero que vino, le hizo el amor unas cuantas noches y se marchó. Y mi madre, que sola más o menos iba tirando, se encontró con una cría que alimentar y ya no pudo tirar más.

Por eso eres rubia y tienes los ojos azules. Como él, me decía, acariciándome suavemente la mejilla con el dorso de los dedos. Me lo decía desde muy pequeña y yo me fijaba en que a veces me miraba y rompía a llorar, quizá porque todavía se sentía unida a aquel hombre que había llegado con la tramontana y se había marchado con el viento del sur después de dejar una semilla mágica que crecería y acabaría siendo yo. Y cuando mi madre me decía que era como él, que tenía los ojos y el pelo como él, yo no sabía si tenía que quererlo y añorarlo o tenía que odiarlo por lo que había hecho. Era una sensación de incertidumbre, de no tener nada claro, de no saber dónde estaba la verdad y dónde la mentira. La misma que tuve cuando conocí a Karl muchos años después.

Aquel día en el vertedero, aquel día que habíamos ido más tarde que de costumbre porque recuerdo que se nos hizo de noche, pensé, qué será esto, parece una caja de madera. Estaba escondido entre la porquería y no se veía bien. Y entonces lo rescaté de debajo de la basura y, cuando comprendí que era un violín, instintivamente me afané en buscar el arco por allí. No es que hubiera visto muchos violines en mi vida, pero uno sí, porque en el colegio la maestra nos hacía leer un libro donde salía un violín con una chica que lo tocaba y cerraba los ojos y yo, sin oírlo, me imaginaba cómo sonaba dentro de la cabeza y lo más curioso era que sonaba realmente a violín, es decir, cuando escuché uno de verdad por primera vez, descubrí que era el mismo sonido que había imaginado. Y la primera vez que lo toqué, cerré los ojos como la chica del libro. Después no, después los abría como una boba para intentar seguir a aquellos autores barrocos que ponían a prueba al más virtuoso, para intentar dibujar aquellas melodías vertiginosas que parecían una montaña rusa.

Pero eso ocurriría mucho después. Aquel día, a los siete años, el hecho de tener un violín para mí sola me cambió la vida. Dame, venga, que es tardísimo, me apremió mi madre, y tuve que meter el violín en el carrito que utilizábamos para nuestra recolecta de cada tarde. Ella dejaba de coser, iba a buscarme al colegio y salíamos a dar una vuelta por el vertedero. Después llevábamos lo que habíamos encontrado al traperero, que se quedaba con lo que le parecía que podría revender. A nosotras nos daba algún céntimo, y ese céntimo era el que servía para asegurar la comida del día siguiente, porque la ropa que cosía mi madre a veces se la pagaban al instante y, a veces, se hacían de rogar. Nunca pasé hambre, porque no sé cómo se las apañaba mi madre para darme siempre algo de comer. Pero ella sí, ella pasaba hambre, antes de que se le ocurriera lo de llevarle cosas al traperero.

La Barcelona de entonces era al revés que el Berlín de las hojas de ahora. Barcelona era una ciudad oscura, demasiado cercana a la guerra que había dejado a sus habitantes sin ganas de vivir. Todavía faltaba para el estallido de los estudiantes que cambiaría el ambiente de la ciudad, todavía no había televisión.

Pero yo tenía un violín mágico. Llegamos al traperero y me planté delante del carro antes de entrar. Por favor, por favor, no vendas el violín, rogué juntando las manos en tono de súplica. Mi madre me miró sorprendida, pero Teresa, si lo vendemos

podemos sacarnos un buen pellizco. Sí, pero yo siempre he querido ser violinista, me inventé de inmediato. Mi madre dulcificó la mirada, ah, ¿sí?, no lo sabía, no me lo habías dicho. Por favor, insistí.

Nos llevamos el violín a casa. Nunca me había planteado ser violinista, evidentemente, pero en el colegio teníamos el libro de la chica que tocaba el violín y cerraba los ojos y yo acababa de encontrarme aquel instrumento que parecía mágico. Noté que me nacía la música dentro, la que desde entonces siempre ha formado parte de mí. Se me vino encima como una bocanada cargada de melodía y entonces pensé que sí, que tenía que ser violinista.

María

¡No se duerma, María!

—No, ya voy, no me duermo...

Ahora quieren que corra porque tienen prisa para el ensayo, y yo detrás. Me duele la barriga desde hace días y además no tengo edad para andar con prisas. Ya estoy mayor, señor Karl, estoy mayor.

Tendré que escuchar otra vez esa música que me sé de memoria de haberla escuchado tantas veces, esa música que me altera por dentro, que me provoca ganas de llorar, y hacía tiempo que no lloraba. Pero me han prometido que la escucharé desde una butaca roja como si fuera una señora de verdad y yo, que no quiero ser señora, resulta que lo seré a la fuerza. Me lo ha prometido el señor Mark, claro, porque la señora Anna ni me mira a la cara ni quiere saber nada de mí.

Ayer cogí un avión. Nunca había volado y fue terrible. Eso de no tocar el suelo no me gusta, no sabes dónde estás, no sabes lo que pasa. Y todavía tengo que coger otro para volver a casa, ay, Virgen de la Macarena.

No conozco esta ciudad y me resulta extraña, pero por otro lado toda ella parece desprender el aroma del señor Karl, un olor que me empuja a estar atenta a todo lo que ocurre a mi alrededor, un olor que me trastorna. No quiero salir sola del hotel porque seguro que me pierdo, le he dicho al señor Mark. Pues quédese aquí, María, me ha contestado, o vuelva con su hermana, ¿ayer no estuvo con ella? Sí, pero está ocupada, he replicado mareando la perdiz, ya me quedo aquí hasta la hora del ensayo. Y es lo que he hecho. Pero mañana tendré que salir de nuevo y tendré que vestirme elegante para ir al concierto, como si fuera una cantante de ópera, como aquella que venía a casa a cantar. Y mañana tendré que hacer el trabajo que me he propuesto.

El señor Karl me preguntó si quería aprender a tocar el violín o el piano. Venga ya, pero qué dice usted, respondí, alteradísima. Y me vino a la cabeza el cura de mi pueblo en Andalucía que, cuando hacías la Primera Comuni3n, te obligaba a cantar quisieras o no. Si no, no te dejaba comulgar. Un poquito, solo un poquito, te decía. Y entonces cantabas, era aquello de *Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor...* Pues ahora que no me oye nadie diré que, la verdad, se me daba bastante bien. Después me fui animando y empecé a cantar en la ducha y después, por la calle, y después, cuando fui a Barcelona, ya cantaba siempre mientras limpiaba en las dos casas de señoras peripuestas donde trabajé antes del señor Karl. Luego, cuando fui a parar a su casa y resultó que me podía pagar bien y que era una buena casa, también me puse a cantar. Y él, en la otra punta de la casa, tocaba el piano sin parar. Yo cantaba más alto, cada vez más alto porque no me oía aquellas canciones de amor que me llegaban al alma y me confortaban tanto. Una decía *Linda paloma miiiá, ven hacia miiiá...* Era la que más me gustaba y la que más cantaba, incluso lloraba de

emoción al cantarla. Y la cantaba cada vez más alto y al final ya no oía el piano, había conseguido abstraerme. Bueno, eso creía, porque en realidad el señor Karl había dejado de tocar y ya el primer día se asomó por la puerta y se llevó un dedo a los labios para musitar chist. Y yo, que creía que venía a felicitar me, me llevé un buen chasco. Cerré la boca de golpe y no volví a abrirla mientras el señor Karl rondaba por la casa porque no quería quedarme sin empleo, pero también porque me había ofendido. Y el señor siempre estaba con el violín o con el piano, siempre con uno o el otro, y yo siempre cantaba cuando él no estaba, hasta que un día me pilló in fraganti y me preguntó si quería aprender a tocar el piano o el violín, que eligiera. Me subió tal color y tal calor a las mejillas que no podían estar más rojas ni más calientes. Cuando, muy tiesa yo, le dije que no, gracias, me pareció decepcionado.

El señor Karl era de los que llaman la atención. Me pareció atractivo en cuanto lo vi, cuando me contaron que acababa de instalarse en Barcelona y necesitaba una criada y que, si quería el empleo, fuera a verlo. Fui, me abrió la puerta y me dijo hola y nada más porque no sabía decir nada más en una lengua que yo entendiera. Pero siempre he sido muy espabilada y enseguida lo entendí cuando, por gestos, me explicó lo que quería. Después me enseñó una habitación con una cama y un lavabo, junto a la cocina. Ay, Virgen de la Macarena, jamás había servido en una casa como aquella y nunca me había quedado a dormir. Aquel hombre quería que viviera allí. Me asaltaron las dudas, pero solo me duraron unos minutos, hasta que me plantó un papel con las cifras delante de las narices, unas cifras que tampoco había visto antes, que me parecían astronómicas, y un día de fiesta a la semana. Era más de lo que conseguiría en cualquier otro sitio. Hecho, respondí sin más discusión. Y es que, mentalmente, ya estaba contando lo que podría comprarme con aquel dinero, podría comprarme todo el chocolate que quisiera y ropa y joyas, porque podría comprarme incluso algunas joyas, un anillo bueno y tal vez hasta unos pendientes y, además, no tendría que gastar porque viviría en una casa que no era la mía. El señor Karl me tendió la mano y yo, sorprendida, se la di. Tampoco me había pasado antes. Qué fuerza tenía aquel señor. Casi grito del daño que me hizo. Pero no grité. Me aguanté y me quedé.

Aquella era la casa del silencio. Sonaba música, sí, pero de lejos, el señor se encerraba en una sala y allá hacía de las suyas, o sea, tocaba el violín y el piano o las dos cosas, o las dos cosas y también cantaba, muy alto, y después un día vi que tomaba apuntes en un papel y no entendí lo que era, pero no me atreví a preguntar y me miró a los ojos y me dijo, compongo, María. Pero eso fue cuando ya nos hablábamos. Porque al principio no nos hablábamos, qué va. Al principio parecía que el señor no me quería decir nada de lo que tenía que hacer ni de lo que no quería que hiciera. Yo le preguntaba, qué se le ofrece al señor, y él no me oía o fingía no oírme, y al final me dijo, la he contratado para que haga usted lo que considere que debe hacerse, no tengo tiempo de pensar. De acuerdo, señor, contesté, y me retiré y pensé, María, hazte una lista de lo que hay que hacer en la casa porque, a partir de ahora,

será como si fuera la tuya. Lo mismo cuando llegó la hora de cobrar por primera vez. Yo veía que pasaban los días y el señor no me pagaba y, al final, cuando ya llevaba allí dos meses y no había visto un duro, me atreví a reclamar. Me mandó seguirlo hasta un escritorio y sacó de un bote una llave pequeña que abría un cajón. Tenía mucho dinero, mucho. No dije nada, pero abrí los ojos como platos. Tenga, me dijo, se lo coge de aquí cada mes, nunca me acuerdo de estas cosas. Y si un mes no hay dinero, me lo dice. De acuerdo, señor, repetí. Entonces se fue y me quedé sola cogiendo la mensualidad y pensando, podría llevármelo todo y no volver. Pero superada la tentación, decidí que no había nacido para ladrona y me olvidé del tema. Cerré el cajón con llave, metí la llave en el bote, miré mi dinero y me dije que todavía no daba para una joya, pero podría comprarme un poco de chocolate para mí sola.

Teresa

Tras el trompetista han empezado a aparecer todos. Todos, menos ellos, Anna y Mark. Llegan tarde. Sin ganas, hago como los violinistas de la orquesta y me apoyo el instrumento en el hombro para empezar a afinar. Ya no hay silencio. Después, si me da tiempo, volveré a repasar los pasajes difíciles de mi parte, el violín que arranca este juego genial del pillapilla inventado por Bach. Y ya sé que, cuando me ponga, el concierto hará que se me salten las lágrimas, me inundará el corazón de tristeza, me devolverá el pensamiento a la última vez que lo interpretamos aquí y también al día en que Karl me llamó para tocar con él por primera vez. Me dijo, la he escuchado y veo que interpreta usted Bach como yo creo que debe interpretarse.

Hace diez años que murió, pero a veces me parece menos tiempo, me parece que hoy mismo volverá a recomendarme que no le ponga tanta alma. Pues si no quieres que le ponga el alma, para qué me has pedido que toque, dije un día, exasperada. Me miró a los ojos y me respondió, porque es más fácil sacar un poco de alma que ponérsela. Son muy pocos los que pueden poner el alma en la música.

Yo, si algo le ponía, era siempre el alma. La música me hacía llorar. Si ahora me cuesta mantenerme serena, durante muchos años, en cuanto me ponía a tocar, tenía que secarme las lágrimas. También el día que, a los siete años, me llevé el violín a casa con permiso de mi madre, aquel día lloré aunque no sabía ni cómo tenía que coger exactamente el instrumento, ni cómo debía sonar. Volví a mirar las letras de dentro y seguí sin entenderlas, solo entendía 1672, e intenté recordar el dibujo de la niña que tocaba el violín, intenté recordar cómo se lo colocaba y así lo hice antes de pasar el arco por las cuerdas. El resultado fue un sonido electrizante, desafinado pero profundo, un sonido que me encogió el corazón y me dejó sin aliento. Nunca he entendido quién, en un tiempo de privaciones, pudo tirar a la basura un violín tan valioso que, encima, estaba afinado y con las cuerdas del arco bien tensadas.

Mi madre y yo vivíamos en un piso que solo tenía lavabo, cocina y una habitación. Todas nuestras pertenencias estaban allí, amontonadas en un rincón porque no teníamos armario. Pero nuestras pertenencias no valían lo que valía la máquina de coser, nuestro medio de supervivencia, lo único que mi madre no había vendido cuando tuvo que dejar el piso donde vivía con mis abuelos hasta que, unos años antes de nacer yo, se quedó sola, más sola que la una. Y con el dinero que ganaba cosiendo había alquilado aquel piso minúsculo en el que nací y me crie, y donde siempre tenía por la mañana un trozo de pan y a mediodía y por la noche un plato en la mesa, pequeños, sí, pero de vez en cuando caía un poco de sucedáneo de chocolate que nos regalaban los vecinos, que me parecía delicioso y que, de comerlo ahora, creo que vomitaría. A veces mi madre estaba demasiado ocupada para comer y cosía sin parar mientras yo almorzaba o cenaba y, si no había nada para coser, limpiaba. Y yo la miraba afanarse, ella nerviosa y yo con la boca llena, aunque enseguida me acababa aquel plato que al fin y al cabo era bien poca cosa. Y la

contemplaba, hasta que un día se cayó al suelo delante de mis narices. Solté un grito, tendría unos cinco años y mi madre lo era todo para mí. La sacudí un poco, mamá, mamá, no reaccionaba, la había oído golpearse la cabeza al caer y me asusté tanto que corrí en busca de los vecinos, los del sucedáneo de chocolate. Llamé frenéticamente a la puerta y me eché a llorar y, cuando me abrieron, solo acertaba a decir, mi madre está en el suelo, no sé qué le pasa, de manera entrecortada, hipando, aterrada, no sabía cómo tomarme lo de mi madre tirada en el suelo con los ojos cerrados, las madres de los niños y las niñas no están nunca por los suelos, y habían entrado los dos, el señor y la señora, y él se había apresurado a llamar a un médico mientras ella intentaba hacer reaccionar a mi madre, y el médico había llegado cuando mi madre ya llevaba rato murmurando y preguntando qué le había pasado. Entonces me echaron, pero mientras me empujaban hacia la casa de al lado, de la señora y un niño que a veces jugaba conmigo, escuché de refilón que el médico decía, esto, señora, solo tiene un nombre: hambre.

Los vecinos nos alimentaron unos días, no les sobraba el dinero, pero aquel señor trabajaba y al menos tenían para comer. Y mi madre estaba tan débil que no pudo coser mientras se recuperaba. Qué va a hacer ahora, le preguntó la vecina en voz baja cuando creía que yo no escuchaba. Y primero mi madre rompió a llorar, pero después dijo, en cuanto me recupere, encontraré algo, la niña me necesita fuerte. Así fue cómo mi madre se inventó el trabajo del vertedero.

Bach me absorbe. Mark me mira siempre a los ojos para atacar la primera nota, cosa mía, la primera nota siempre ha sido cosa mía desde que murió mi madre. No murió entonces, todavía no podía permitírselo, todavía tenía que criarme, murió al cabo de unos años, cuando yo ya era profesora del conservatorio y ya no fregaba pisos, porque durante un tiempo fregué pisos con ella, se había acabado lo del vertedero, había señoras que buscaban a una mujer que les fregara el piso, que vivían en la otra punta de la ciudad y te querían por horas, un ratito al día, ibas hasta allí y te ocupabas de todo, planchar, lavar los platos, limpiar lavabos y, encima, ir a recoger a los niños al colegio y llevarlos un rato al parque.

Fregaba pisos y tocaba el violín.

María

La señora Anna ha puesto el estuche del violín de tal manera que se me clava en las piernas. Supongo que para que me queje, pero no me quejaré nunca de que no quepo en un taxi por culpa de un violín, aunque sea el Stainer. Se desvive por hacerme la vida imposible. Supongo que quiere que me vaya. Y no sabe que ahora no puedo, ahora me quedaré aquí, ahora tengo que cumplir con mi tarea.

Me equivoqué de violín y tiré el bueno a la basura, no sé cómo fue. Es decir, sí sé cómo fue porque en realidad se equivocó él, tire el violín que está en la silla, me dijo. Y cogí el violín de encima de la silla y lo tiré. Ahora que para hacer cualquier cosa tardo tanto, ahora que me arrastro detrás de los señores hasta el taxi que tiene que llevarnos a un teatro de nombre extraño, como todo en esta ciudad, pienso en la agilidad con que cogí el violín que creía que había que tirar, y efectivamente lo tiré en el carro con el resto de la basura. Iba cantando, aprovechaba que había salido de casa y él no me oía. Y también volví cantando, tan tranquila. Ahora, cuando lo pienso, se me ponen los pelos de punta. Cuando pienso en lo que dijo el señor, todavía más. Se dio cuenta al cabo de unas horas, en el momento de acostarse. Dónde está mi Stainer, preguntó, porque aquel era un violín con nombre, Stainer, que mira que es difícil de pronunciar. Eso sí, en aquellos momentos me pareció un nombre muy bonito para un violín, pero sorprendente. Y, tras un momento de estupor, contesté, me ha mandado tirarlo, señor. Entonces el estupor fue suyo y, después de mirarme con incredulidad, me soltó, pero qué dice, María, le he dicho que tirase el violín roto. Tenía una nota de desesperación en la voz, pero yo no pensaba dejarme intimidar, no, señor, usted me ha dicho que tirase el de encima de la silla y es el que he tirado. Entonces comenzó *oh, mein Gott, oh mein Gott*, no paraba con el *oh mein Gott* mientras buscaba el violín por todos lados, hasta que lo localizó debajo del piano y, levantándolo con ambas manos, me dijo, este es el violín que hay que tirar. Y yo, petrificada, contemplé el violín que ya no era violín ni nada porque estaba como del revés. El señor me lo plantó delante y me dijo, este no vale nada, me lo olvidé al sol y mire, y lo miré y lo vi raro, contrahecho, como si le hubieran succionado las tapas desde dentro. La verdad era que, de no haber sido por el terror y el arrepentimiento que sentía en aquel momento, la situación habría resultado de lo más grotesca y no habría podido reprimir la risa porque aquel violín era graciosísimo.

Dónde está, preguntó de pronto refiriéndose al violín bueno y dejando aquel instrumento contrahecho donde lo había encontrado. En la basura, en el carro, ya se lo he dicho, contesté sin parpadear. Sí, pero el carro adónde va, me preguntó. Al vertedero, respondí, idiotizada, porque no se me ocurrió nada más. Salimos los dos a la calle y, cuando me miró con expresión inquisidora, le dije con un hilillo de voz, el vertedero está muy lejos. Se paró un momento, yo iba cabizbaja pero notaba sus ojos clavándoseme en la nuca. Entonces vi que paraba un taxi y entré vestida de criada, con delantal, cofia y todo lo demás, porque el señor me empujó dentro. Después

subió y ordenó, al vertedero. Y el taxista, sin decir nada, nos llevó al vertedero. Estaba lejos, en el quinto pino, y el viaje fue horroroso porque ninguno de los dos habló, pero al señor de vez en cuando se le movía una pierna y me asustaba. Llegamos al vertedero y el señor le pidió al taxista que esperase mientras bajábamos y contemplábamos aquella superficie inmensa de basura y peste. Ya debían de haber vaciado todos los carros de la ciudad porque no quedaba ninguno. Es que era muy tarde. Vamos, dijo el señor, y me llevó al borde mismo de la basura. Apenas se veía. Yo sabía que había gente que rebuscaba en la basura, pero de día. Entonces no se veía nada. Pero el señor no se cortó un pelo, venga, entre, me dijo. Quién, yo, pregunté, alarmada. Sí. El señor no se andaba con cuentos, lo vi claro. Me agarré las faldas y metí un pie allí dentro. Y después el otro, y otro paso. Y así me adentré en el vertedero, qué asco, nunca lo había hecho, ni aquí ni en Andalucía, y nunca más he vuelto a hacerlo, Virgen de la Macarena, ayúdame, murmuré. Y empecé a revolver porquerías de toda clase con las manos, que se me mancharon, y todoapestaba que echaba para atrás, pero tenía que encontrar el violín y rebusqué cuanto pude durante un buen rato, por arriba y por abajo, donde los carros vaciaban su contenido, y resultó que el violín no apareció. Me vi perdida, no está, señor, dije por fin levantándome en medio de la inmundicia. Le veía a contraluz, oscuro, no distinguía la expresión de la cara. Solo le escuché decir, vuelva a buscar. Volví a buscar y no lo encontré. Al final el señor se encaminó al taxi y pensé que se olvidaba de mí. No dije nada, dejé que se fuera y salí de allí y pensé que me tocaría volver a casa a pie, y me tropecé y caí de cabeza al suelo y me abrí una brecha en la frente. Entonces vi que el taxi seguía allí, con la portezuela trasera abierta, esperándome. Me lancé hacia el coche. El señor ni siquiera me miró, estaba pegado a la ventanilla, tapándose disimuladamente la nariz con la mano, pero ya no se le movía la pierna. Y el taxista me lanzó una mirada por el retrovisor, una mirada que hizo que pensara, María, apestas a mil demonios.

Al llegar a casa después de un viaje en silencio, fui directa a mi habitación, me lavé, me limpié la frente como pude e hice el equipaje. Qué manera de perder un buen empleo, me dije con tristeza, hacía solo seis meses que trabajaba allí y era consciente de que había encontrado una de las mejores casas para servir, estaba a gusto y el señor parecía contento conmigo. Pero lo bueno nunca es eterno y, con el abrigo puesto y maleta en mano, fui a despedirme del señor. Lo encontré sentado en el sofá, mirando arriba, supongo que suspirando por el violín perdido. Dije, señor, lamento mucho lo ocurrido, perdone. Me miró y me preguntó, extrañado, cómo, adónde va a estas horas. Me voy, repuse desconcertada, imagino que después de lo que ha pasado... Se levantó y se dirigió al piano mientras decía, no diga disparates, le he mandado tirar el violín de encima de la silla. Y, por cierto, cúrese la frente, tiene una herida.

Teresa

La chica del clave necesita que la ayuden a instalar su instrumento un poco más allá de donde está colocado. Se han levantado a ayudarla dos violonchelistas y otro chico salido de no sé dónde que parece un Goliat. Claro que siempre suponemos fuertes a las personas que lo parecen hasta que nos demuestran que, efectivamente, son personas. Yo creía que mi madre era fuerte hasta que me demostró que tenía carencias y que necesitaba comer para vivir, como todos, es más, que habría necesitado que alguien la apoyara, alguien que no fuera una niña que solo era una carga y que le suponía tener que trabajar más de lo que habría necesitado para sobrevivir en unas mínimas condiciones.

Aprendí a detectar la fortaleza en los ojos de las personas. Y, cuando vi los de Karl, pensé que eran fuertes. En cambio, no pensé lo mismo al ver los ojos de Anna, y eso que la primera vez se presentó con aire de ir a comerse el mundo sumado a una buena dosis de insolencia. Venía con una criada que la acompañaba siempre de aquí para allá. Normalmente, al menos en la primera clase, venían los padres para presentarme a la criatura y explicarme lo que esperaban de ella o simplemente para conocerme. En el caso de Anna, nunca pasó, el primer día vino con la criada y los otros también, y eso que ya tenía edad para moverse sola por el mundo. Eso sí, la criada la esperaba fuera y yo, a veces, me asomaba a la ventana y veía cómo se iban hasta la Diagonal a coger el autobús, tal como me había explicado la cría porque, decía, vivía en la otra punta de la ciudad, al lado del parque del estanque.

Yo también había pasado mucho tiempo en el parque. Llevaba a los niños a jugar después de limpiar la cocina, después de planchar o de fregar el suelo o los lavabos... Y digo los lavabos porque aquella gente tenía dos y, a veces, tres lavabos, y eso para mí era todo un lujo, no había visto nunca una casa con más de un lavabo. Y qué lavabos, me parecían de las películas de la tele. El primer día que los vi, se me escapó una exclamación. Por entonces tenía quince años y mi madre, secándose el sudor de la frente, me dijo, ahora nos toca a las dos, nena. Se había acabado la infancia.

María

Paseando en el taxi por las calles de esta ciudad sin sol he visto un escaparate de bombones de todas las formas y colores y me he acordado de pronto de cuando el señor Karl me pilló in fraganti tomando chocolate. Me ha arrancado una sonrisa.

—¿De qué se ríe? —me ha preguntado de repente la señora Anna en tono de sorna.

—Ah, de nada —respondo para salir del paso y pensando que esta mujer está siempre pendiente de lo que hago—. Nada... que me gusta el chocolate.

El señor Mark me ha mirado un segundo y me ha sonreído. La señora Anna, cuando ha visto que su marido sonreía, se ha callado y se ha puesto a mirar por la ventanilla con cara de pocos amigos.

El señor normalmente pasaba las mañanas en casa y las tardes fuera. Eso si no venía nadie a verle, claro, o a ensayar, y se ponían los dos a tocar o a cantar en la sala del piano y cerraban la puerta y normalmente primero me gritaba, María, que no nos molesten. El señor, dos meses después de llegar a Barcelona, se entendía con todos en el idioma que fuera. No sé qué hablaba conmigo, pero le entendía. Y, si alguna vez no sabía una palabra, me hablaba por gestos.

Después del episodio del violín, pasamos una época silenciosa, una época en que ninguno de los dos decía más de lo necesario. Yo cumplía con mi trabajo y, cuando acababa, me retiraba a la cocina o a la habitación o salía a pasear. Hasta que, pasado un tiempo, un día que acababa de cobrar, compré chocolate en polvo, un poco de nata y unos bizcochos en la pastelería y me senté en la cocina a zampármelo todo. Cerca de casa había una cafetería donde a veces veía que las madres llevaban a sus hijos a merendar. A veces también iba alguna sirvienta, pero normalmente eran madres, era cosa de madres e hijos, como un premio que se concedía una vez a la semana o una vez al mes, y los críos entraban con la mirada ilusionada y salían con la cara manchada, y yo me moría de envidia.

No me atreví a ir a la cafetería, pero me lo preparé en casa. Y así, cuando estaba con la boca llena de chocolate con nata, con un bizcocho mojado deshaciéndoseme en la boca y pensando que en aquel instante cantaban los ángeles celestiales y que no entendía cómo no era el manjar preferido de todo el mundo, pues en aquel momento, cuando tenía los ojos cerrados, oí la voz del señor que me decía, se cuida usted muy bien. Todavía ahora me río al recordarlo, pero intento contenerme para que la señora Anna no la tome conmigo. Aquel día abrí los ojos y me lo encontré allí. No le había oído llegar, había sido silencioso, es que lo he oído desde la sala y me ha parecido que estaba haciendo alguna trastada y me he acercado de puntillas, me dijo después. El señor tenía estas cosas, de vez en cuando le daba por jugar. A mí solo se me ocurrió decirle, lo he comprado con mi dinero. Y él se echó a reír.

Nunca había oído reír al señor y hacía gracia verle reír, porque era tan grande y se reía tan fuerte que no podías evitar reírte con él. Yo me atragantaba con la risa y él no

paraba, yo ya no sabía qué hacer y al final conseguí tragarme el trozo de bizcocho y, una vez tragado, también pude reírme a gusto. Entonces paró en seco y me preguntó, no me invita. Me animé, porque precisamente pensaba que me había pasado con la nata y tenía chocolate para unos cuantos. Claro que sí, ahora se lo llevo al comedor. No, no, repuso él, y para mi sorpresa, se sentó conmigo a la mesa de la cocina, espatarrado en un taburete, y esperó a que preparase el chocolate mientras me explicaba que así, caliente con nata, solo lo había tomado una vez y le había gustado. Porque en mi país se come en bombones o tabletas y, de todos modos, a nosotros no nos llegaba mucho, dijo en tono un poco triste.

Entonces, mientras saboreaba el chocolate, la nata y los bizcochos, mientras compartíamos mesa y nos deleitábamos con aquel invento, uno de los mejores del mundo, me explicó de dónde venía y cómo era su ciudad. Me explicó que estaban levantando un muro que la partiría en dos porque la gente se escapaba de un lado al otro y un lado era de unos y el otro, de los otros. Se había apagado explicándolo y no me atreví a preguntar quiénes eran los unos y los otros. Lo había escuchado últimamente en la radio pequeña de la cocina que utilizaba para seguir la novela de la tarde que tanto me emocionaba. Y en las noticias contaban eso del muro, pero a mí me quedaba lejos y no lo entendía. Ahora resultaba que el señor venía de allí, porque era alemán y yo eso ya lo sabía, pero no que fuera de ese sitio del que hablaban tanto. Lo que sí le pregunté fue por qué no podía pasarse de un lado al otro, no lo entendía, si yo podía ir por toda Barcelona y también salir, incluso al extranjero, si tenía pasaporte. Suspiró y me contestó que él tampoco lo entendía, pero que era así. También me contó que en su barrio había una plaza donde se reunía con sus colegas músicos, una plaza muy bonita, con un jardín central y un árbol puntiagudo que en otoño amarilleaba. Me dijo que allí, en aquella plaza, pasaban el rato tocando. Aunque hiciera frío tocábamos y así nos olvidábamos de todo, dijo, y esbozó una sonrisa mientras se llevaba una cuchara de chocolate a la boca. Y yo no me atrevía a decir nada, no quería interrumpir aquellos pensamientos que me parecían sagrados como un fragmento de la misa dominical y notaba que se me aceleraba el corazón porque el señor me lo contaba a mí y porque parecía que con el pensamiento hubiera dejado de estar en mi pobre cocina durante unos segundos.

Ayer aquí, en Berlín, vi trozos del muro que estaban construyendo aquel día que los dos tomamos chocolate juntos por primera vez. En los cuarenta años que pasé con el señor Karl les dio tiempo de levantarlo y de derribarlo. Ayer comprobé que el señor Karl no me había engañado, que alguien había mandado construir un muro a lo largo de la ciudad, ¿lo ve, María?, me dijo el señor Mark, yo vivía a un lado y no me dejaban pasar al otro, solo pude salir cuando cayó la pared. Y miré el trozo de pared y pensé, pues parece lo bastante sólida para haber aguantado muchos años más. Y volví a pensar que no entendía por qué no dejaban pasar a los de un lado al otro y viceversa. Nos tenían contados, murmuró el señor Mark. Entonces me pareció entender lo que pasaba: si cambiaban de lado, perdían la cuenta.

Teresa

Ahora llega ese momento en que una orquesta parece una olla de grillos porque todos calientan a la vez. Lo que me ha recordado a mis primeros intentos de tocar el violín del vertedero. Los vecinos estaban desesperados y mi madre, también. Yo había agarrado el violín con manos firmes, seguramente se había mellado un poco al caer en el vertedero, tenía la madera pelada, pero no afectaba al sonido, de hecho, sonaba maravillosamente. Bueno, a mí me parecía que sonaba maravillosamente, claro. A mi madre no se lo pareció desde el primer día y los vecinos solo aguantaron dos días más. No eran los que habían salvado a mi madre años atrás, eran otros con los que solo teníamos una relación de hola y adiós, y llamaron a la puerta para decir que, por favor, me fuera a tocar el violín a la playa, que allí, con el ruido de las olas, no me oiría nadie. Perdón, murmuré, muerta de vergüenza. Y agarré el instrumento y les hice caso, salí de casa y me fui a la playa. Vivíamos al lado del mar, aunque ni lo veíamos, las calles daban al interior y no hacíamos caso de la arena ni del agua. Además, el camino de la playa estaba muy sucio, todo el mundo tiraba allí sus sobras, lo que ya no utilizaba, los desperdicios demasiado grandes para tirarlos a la basura. Adónde vas, hija, me preguntó mi madre. No contesté, tenía la garganta atenazada por las lágrimas, como siempre. Entré en la playa por un callejón estrecho con el instrumento y salté todos los obstáculos que se interponían entre la arena y yo. Sería marzo, el día estaba revuelto, frío y húmedo, pero ni lo noté. Enseguida olfateé aquel olor a agua salada, al pescado que traían a diario los pescadores que oía llegar entre gritos todas las mañanas temprano. Noté el viento revolviéndome el pelo y, poco a poco, a medida que me acercaba al agua, escuché aquel sonido de las olas que iban y venían, un sonido que me tapaba los oídos y las ideas. Me instalé allí mismo porque seguro que allí nadie me oía, me apoyé el violín en el hombro, cerré los ojos y pasé el arco colocando cuidadosamente los dedos sobre las cuerdas. Emitió un ruido espeluznante. No pude más y rompí a llorar. Dejé el violín en el suelo y me senté a un lado con la cabeza enterrada entre los brazos. Sentía que tenía la música al lado pero no podía alcanzarla, la puerta de aquel tesoro inconmensurable permanecía cerrada para mí.

Al cabo de un rato volví a casa despacio. Me sequé las lágrimas y me dije que unos niños estaban destinados a una cosa y otros, a otra. La niña del libro tocaba el violín y yo rebuscaba en la basura. Nadie podía cambiar eso.

Llegué a casa con el corazón hecho añicos. Mi madre estaba asustada, hija mía, dónde estabas, qué has hecho, me preguntó abrazándome y cubriéndome de besos. He ido a tocar a la playa para no hacer ruido, dije sin más. Ella me miró y vio el rastro de las lágrimas, has llorado, preguntó. Sí, es que no encuentro la música, contesté, y rompí a llorar de nuevo. Ella me volvió a abrazar. Al menos tenía una madre que me abrazaba y me daba besos. Quizá la niña del libro solo tenía el violín y no una madre.

Anna era como la niña del libro, que tenía un violín pero no tenía madre. El violín

no era gran cosa, era un violín de estudio, de cría, y un buen día le dije que tenía que comprarse otro, un violín de adulto. Ya lo sé, me respondió impasible, seca, socarrona. Y se quedó tan ancha. Solo perdía la compostura cuando tocaba, porque entonces ponía cara de concentración. Pero después volvía a ser ella, Anna la impenetrable, difícil de entender y difícil de interpretar, excelente estudiante y superdotada, con una capacidad que le envidiaba para acometer pasajes rápidos a velocidades extremas. Pero no le ponía sentimiento, solo intelecto, y así precisamente, con el intelecto, se había aproximado a Bach.

Anna dejó de venir con la criada a los dieciocho años. Yo, a los siete, iba sola al colegio y eso que estaba bastante lejos. Después de la decepción del violín aquel día en la playa, me había quedado vacía, no sabía qué hacer ni qué pensar ni con qué ilusionarme. Nunca me habían atraído las muñecas ni los juguetes, me interesaban mucho más las cosas que encontrábamos en el vertedero, pero después del hallazgo del violín, presentía que no volvería a emocionarme con nada que pudiera encontrar. Se me había acabado el derecho a sonreír y a disfrutar de un aliciente.

Pero no recordaba que la niña del libro no tenía madre y yo sí. Y al cabo de un par de días, en el colegio, vino a verme la maestra de música, la que intentaba enseñarnos simplemente a entonar alguna canción para cubrir el expediente musical en una época y en un tipo de escuela donde eso era lo de menos. Aquella maestra a la que nadie prestaba atención, aquella maestra que pasaba desapercibida y que acababa poniéndonos a todos buena nota en una asignatura prácticamente inexistente, vino a verme con una sonrisa y una mirada que invitaban a la esperanza. Se sentó a mi lado en un banco del patio y me dijo, me han dicho que tienes un violín, por qué no lo traes. Y, de pronto, se me abrió el mundo.

Anna

Me encuentro en todos lados a la bruja de la criada, que ahora está en el taxi. He hecho que se sentara entre el violín y la puerta, sin demasiado sitio, pero no se queja nunca, siempre acierta, es perfecta. La criada perfecta, claro. Mira los escaparates como si no los hubiera visto nunca, está claro que no se la puede sacar de casa. Pero cómo se le ocurre a Mark... Y seguro que, encima, se pondrá a llorar en cuanto empiece el concierto. De momento, me agarro con fuerza de la mano de Mark y noto que él también aprieta y sonrío. María, espero que ahora veas que algunos consiguen lo que quieren y a quien quieren y otros, como tú, no tienen nada. Y que Karl ya ha pasado a la historia.

Se acabó el tiempo de las lágrimas. Cuando supimos de su muerte, todos lloramos, y yo me quedé como si me hubieran quitado un trozo de algo muy adentro, un trozo que formaba parte de mí y que me arrancaron a la fuerza con aquella muerte, a pesar de lo que había ocurrido hacía un par de días cuando llamé a la puerta de su habitación de hotel. Pero ahora, después de convivir mucho tiempo con ese agujero, han ido pasando los años y al final se ha tapado.

Mira que cuesta que pasen los años cuando son oscuros. Cuando son claros, en cambio, vuelan, no hay manera de atraparlos, no puedes entretenerte, parece que alguien te diga, venga, venga, que vas tarde.

Mamá siempre llegaba tarde. Adiós, hija, me voy, no me besuquees que me manchas el vestido, se quejaba cuando me agarraba a sus faldas para intentar que se quedara. Desde que tengo uso de razón recuerdo hacerlo, implorarle que se quedara. Pero nunca se quedaba, era como los años claros, como los que vuelan, mi madre era un visto y no visto, un ser intangible, una especie de ángel que no podía tocarse ni estar seguro de haberlo visto. Solo podías haberlo imaginado. Lleve a la niña a violín, ordenaba a la criada. Lo del violín era la excusa que habían ideado mis padres para que no les molestara. Bueno, a mi padre no hacía falta no molestarlo porque era peor que un ángel, nunca estaba, no se dejaba ver. Una vez le pregunté a la criada si yo tenía padre. Pues claro que tienes padre, Anna, exclamó ella, horrorizada. Dónde está, pregunté aferrándome a la mano de aquella mujer a la que sí veía, que era la única a la que veía en casa, la única que me escuchaba y también la única que me reñía y que me llamaba la atención si hacía algo mal. Se llamaba Clara y no era demasiado agraciada. Cuando se quitaba el delantal para salir de casa, se echaba una colonia que tiraba de espaldas. Yo le decía que no se la pusiera, que apestaba, no me cortaba y hacía muecas y agitaba el aire para disipar aquel olor mareante.

Berlín es tranquila, toda, pero esconde un turbio pasado en un río que necesito volver a ver. Mi pasado turbio se reflejaba, día tras día, en las aguas no tan claras, no tan frías, del estanque pequeño del parque que teníamos al lado de casa y que, de camino a violín, cruzábamos las tardes de los martes y los jueves. Se oían gritos de críos como yo que jugaban al escondite o hacían enfadar a las niñeras. Pero yo iba a

clase y no podía quedarme. Un día que remoloneaba más de lo normal, Clara me explicó que en el agua del estanque había unas hadas pequeñas que se llevaban el alma de los niños que se entretenían contemplándolas. Me dieron todavía más ganas de quedarme. Venga, vamos, que llegamos tarde, insistió la criada tirando de mí con suavidad, pero con firmeza. Y me quedé sin ver a las hadas pequeñas del agua por culpa del violín.

Odiaba el violín.

Tu padre viaja mucho, me decía Clara. Tu padre tiene mucho trabajo. Mucho trabajo, sí, pero cuando venía, me saludaba igual que los otros hombres que venían por casa y yo no sabía quién era quién. Hasta que mi madre me decía, déjanos solos, cielo. Y me miraba con los ojos grandes, claros y suplicantes, unos ojos que decían, si no te vas, te diré algo feo delante de este señor. Quién es mi padre, le pregunté a la criada. Me lo describió. Y es que a mí nadie me había enseñado a llamar papá a nadie. Y decir mamá no me servía de nada.

Tenía un agujerito pequeño en la boca del estómago, siempre, pero cuando mi madre se iba o me echaba porque quería estar a solas con alguien, el agujero se agrandaba. Entonces me resultaba insoportable, como una úlcera que me royera por dentro y que no había forma de frenar, iba creciendo cada vez más. Y cuando mi madre desaparecía, cuando la veía perderse, altiva y guapa, por la puerta de entrada, cuando me dejaba con aquel aroma de perfume delicado que me embriagaba, me desgarraba de arriba abajo. Y me quedaba cogida de la mano de Clara viendo desaparecer al ángel. Al principio lloraba, lloraba mucho, gritaba, mamá, mamá. Después dejé de hacerlo porque me di cuenta de que no servía de nada. Aprendí a fingir que nada me importaba, aprendí a poner una mirada entre lánguida e insolente mientras me moría por dentro. Aprendí a guardar las apariencias. Y poco a poco me curté.

María

Por lo visto en el concierto este que van a hacer cantarán algunas arias de ópera porque el señor Karl también había dirigido ópera. A mí me lo van a contar. A mí me van a contar lo que pasó la primera vez que dirigió una ópera, en el Liceo. Bueno, no sé qué ocurrió en el Liceo exactamente porque ni se me pasó por la cabeza ir, pero sé lo que ocurrió en casa con aquella cantante de ópera que por poco me resquebraja toda la vajilla a fuerza de gritos. Fue mucho antes de que apareciera el señor Mark, cuando, con el paso de los años, ya me había acostumbrado a abrir los ventanales que daban al parque y a contemplar la naturaleza mancharse de los diferentes colores de cada estación según la época del año escuchando de fondo la música del señor Karl encerrado en la sala del piano, que solo podía limpiar de buena mañana mientras el señor desayunaba porque después ya no se sabía cuándo entraría y cuándo saldría. Ya no me acordaba de mi vida de antes, Andalucía había quedado muy atrás y también las dos o tres casas donde había servido antes de conocer al señor Karl. Justo es decir que en las otras casas solo tenía que limpiar y en cambio, con el señor Karl, tuve que hacer de todo, de todo menos música. Vaya a buscar estas partituras a la tienda tal, me ordenaba, y me daba una nota con unos nombres apuntados y yo decía que sí y para allá que iba. Y también iba a buscar cuerdas para el violín o avisaba al afinador porque el señor así me lo indicaba. Y cuando me lo indicaba, lo del afinador, a mí ya me parecía que tenía que avisarlo porque parecía que el piano tuviese una pena muy grande y llorase un poco. El señor también me encargaba ir a recoger billetes de avión a una agencia de viajes donde trabé amistad con la chica que me los daba porque era muy simpática y siempre me recibía con mucha alegría, aunque creo que lo hacía porque el señor le compraba muchos billetes de avión. Y un día le pregunté a la chica si alguna vez había viajado en avión y qué se sentía al volar. Y ella, que había volado en avión, me dijo que no se sentía nada, que solo te mareabas.

Ayer no me mareé, pero sentí cosas muy raras. Y me acordé de la chica de la agencia, que ya no está porque se hizo mujer y pasaron los años y un día se jubiló, me enteré la semana pasada cuando fui a por el billete para venir. Todo ha cambiado en tantos años, y la agencia también, la han renovado y es más luminosa y más amplia.

Entonces, cuando el señor Karl empezó a dirigir la ópera, me dijo que todo era muy complicado y que se ausentaría más de lo normal, que vendría a cenar y que quizá viniera mucha gente a ensayar, que tenía que estar preparada. Y así fue, desapareció un tiempo, salía por la puerta sin despedirse no porque fuera maleducado, sino porque se olvidaba, y después volvía a aparecer unas veces solo y otras acompañado. Decía aquello de, María, no nos moleste. Y se oían voces unas veces de tres o cuatro personas y otras de solo una mujer. Pero las veces de la mujer sola se iban haciendo más frecuentes, ocurrían cada vez más a menudo.

La primera vez que escuché a aquella mujer pensé que tenía una voz muy bonita, cuando hablaba y cuando reía parecía que repicasen campanitas como las que

teníamos en el comedor y que utilizábamos para que el señor me llamara. Después se encerró con el señor Karl en la sala del piano y cantó mientras él tocaba. Y la voz ya no era tan bonita, gritaba como una posesa, tanto, que yo sufría pensando que se quedaría sin voz de subir tanto. El primer día me quedé pasmada, estaba limpiando el polvo del busto de Beethoven de la entrada, que era el único músico de los suyos que me sonaba porque lo había oído nombrar alguna vez y porque el señor cada día al pasar le decía algo del estilo *gut'n tag, Herr Beethoven*, como si estuviera vivo.

Pegada a Beethoven, con rincones de difícil acceso para un trapo del polvo normal como el que tenía yo, oía bien lo que pasaba en la sala. A veces me colocaba allí a propósito y me embobaba escuchando hablar o tocar o cantar a aquellas personas que parecían ángeles del Señor, porque lo hacían tan bien como el organista de la iglesia a la que asistía a misa los domingos por la mañana. Pues bien, no hacía ningún mal escuchando, no me parecía malo ni feo ni nada y tampoco me lo pareció el día que escuché a la cantante a solas con el señor tocando el piano, ensayando una canción con una letra que parecía castellano pero no lo era, que parecía que se entendía pero no se entendía y que después supe que era italiano y que gustaba mucho a la gente que iba al Liceo. Aquella voz me tenía maravillada, maravillada porque era como un camión de aquellos grandes que tapan el resto de ruidos los de la calle. Qué gritos. No entendía cómo podía salir aquello de una persona humana. Al lado de aquella voz no se habría oído la mía cuando cantaba lo de *Linda paloma mía*. Tanto me sorprendió aquel sonido, me pareció tan poco humano, que decidí mirar cómo lo hacía y me acerqué a la puerta, que tenía el agujero de una cerradura que no utilizábamos. Miré por el agujero y los vi. El señor, de espaldas, tocaba como si le fuera la vida en ello, gesticulando con todo el cuerpo y subiendo y bajando la cabeza. La cantante, rubia y gorda, con la pechuga bien prieta por unos sujetadores que, de tan grandes, parecían cazuelas, también gesticulaba, pero ella, con los brazos, como si interpretara sobre un escenario. Cantó toda la canción y terminó con un alarido que pensé que rompería la cristalería.

Entonces ocurrió algo increíble. Cuando me disponía a marcharme de allí, el señor se levantó del piano, se acercó a la cantante y, para mi sorpresa, la besó. Lo hizo como en las películas, las que se olvidaban de censurar en la televisión, porque entonces ya teníamos televisión y la veíamos de vez en cuando. Desde el otro lado de la puerta abrí la boca del asombro, me la tapé con la mano para ahogar una exclamación e intenté irme. Pero no pude, no, lo que allí ocurría era superior a mis fuerzas y, cuando vi que el señor empujaba a la cantante hasta el sofá, pensé que tenía que irme, pero aquella fuerza superior me ató a la cerradura de la puerta mientras mentalmente pedía perdón a Dios, que siempre es misericordioso con mis debilidades, y es que lo que vi a partir de aquel momento no puede contarse sin atentar contra la mínima decencia contra la que una mujer como yo no puede atentar nunca.

Anna

Mírala, ha llegado hace rato. Teresa toca allí, sola, en medio de los otros músicos, como si también perteneciera a la orquesta. No suelto la mano de Mark hasta que me aseguro de que todos han visto que entre él y yo hay algo más que una relación profesional de director y violinista. Ya lo saben casi todos, pero quizá todavía falte alguno.

María ya está en el patio de butacas, arrastra los pies y avanza cabizbaja como si buscara monedas por el suelo, que es lo que hacen los de su clase. Qué agobio tener que compartir taxi y hotel con ella. Suerte que no viaja con nosotros. Mira, no puedo evitarlo, me agobia, hace que me sienta mal, hay personas que tienen que vivir de una manera y otras, de otra. Por qué invitaste a la criada al viaje, le pregunté a Mark, sinceramente sorprendida. Porque vivió con él muchos años, muchos más que yo, me contestó. Y se marchó dando por buena la explicación. Mark es tozudo y, cuando se le mete algo en la cabeza, no sale de ahí. Pero llevarse a la criada a un viaje artístico es lo que me faltaba por ver, francamente.

No le dije nada. Hay veces en que te das cuenta de que es inútil, que es lo que me ha pasado siempre. También me pasó cuando intenté que no viniera Teresa. No sirvió de nada.

Teresa, cuántos años. Fue precisamente cuando la conocí cuando todo cambió. Se habían acabado las clases particulares de violín en aquella casa llena de estantes oscuros y partituras ordenadas en carpetas que olían a humedad y miseria. Se había acabado aquello tan odioso de atravesar el parque lleno de niños jugando y encontrarme con aquel profesor de nariz aguileña que me obligaba a clavar los dedos en las cuerdas, *en souffrant*, decía él, y me los apretaba con los suyos, me hacía daño y yo, que ya sufría por dentro, sufría también por fuera. Sus ojos se clavaban en los míos y un día me dijo que veía en ellos un nubarrón. Dónde, pregunté, desconcertada. Dentro de la pupila, respondió. Y la señaló con un dedo tan ganchudo como la nariz, me sonrojé sin saber por qué y desvié la mirada. Él volvió a aplastarme los dedos con los suyos, apretando las cuerdas *en souffrant*, y contuve una exclamación de dolor e intenté tocar sin ganas, intentaba hacerlo todo sin ganas, hasta que un día el profesor estalló y le dijo a Clara, dígame a los señores que esta niña no está hecha para tocar el violín. O mejor, no diga nada, ya les llamaré yo.

Y aquel día, al llegar a casa, el profesor había telefoneado y mamá me soltó un bofetón. Y otro y otro más. Mi madre de vez en cuando me abofeteaba y me ponía las mejillas rojas, pero aquel día me las puso directamente color fresa de tantas que me dio. Mi padre, cuando ya supe exactamente cuál de aquellos hombres era, no lo hacía nunca. De hecho, como ni siquiera me miraba, a mí tampoco me interesaba lo que pudiera decirme. En cambio, los bofetones de mamá me interesaban porque sentía placer al recibirlos, aquellas bofetadas me parecían caricias, las que nunca me había dado, que llegaban un poco más fuertes pero que, al fin y al cabo, eran un contacto de

mi madre conmigo, un contacto que no era el de un vestido que se manchaba de lágrimas si te acercabas demasiado. Me di cuenta de que mamá se había vuelto muy irascible desde que el hombre que más la visitaba había desaparecido del mapa de un portazo. Ya aquel día al acostarme me chilló, y después la incordié y recibí otra torta y al día siguiente pensé en ponerme a cantar muy alto para que se impacientara y me mandara callar y no callarme. Y así lo hice y me cayó otra. Y después se me ocurrió tirarme la leche del desayuno por encima del vestido blanco del domingo y me cayeron dos. Y así hacía todos los días un poco, buscaba bofetadas, las quería. Pero qué haces, Anna, por qué la provocas, me preguntaba Clara horrorizada. Ni siquiera le contestaba, solo me reía un poco, me hacía gracia y había descubierto el placer de los bofetones, un placer que me excitaba cada día más y me incitaba a cometer travesuras. La mano de mamá estaba caliente y, al segundo de tocarme, me contagiaba su calor y en un solo instante creaba un hilo de contacto con ella, que era lo que más deseaba en el mundo.

El día del violín, el día que se acabó tocar *en souffrant*, los bofetones no tenían fin. Yo sonreía mientras ella me pegaba y ella se ponía cada vez más frenética porque no soportaba que sonriera y, como me había dado cuenta, cada vez sonreía más y le sostenía la mirada, imposible, consciente de mi fortaleza frente a su debilidad a pesar de ser yo la que recibía la paliza. Me dolía, pero llegó un momento en que ya no sentí dolor, solo la miraba y experimentaba aquel placer infinito de notar que me tocaba y me prestaba toda su atención, que era yo quien la exasperaba, yo quien la mantenía en aquel estado. Y oí que Clara gritaba basta, señora, basta, y mi madre al principio no le hizo caso, pero después Clara se puso en medio y nos separó y entonces, para mi sorpresa, mamá rompió a llorar.

Clara me indicó por gestos que me fuera mientras se ocupaba de mi madre y yo obedecí y me fui al lavabo. Me ardían las mejillas, tenía la mente ofuscada, pero continuaba sonriendo. Me balanceaba al caminar como un tentetieso. Llegué al lavabo y me miré en el espejo tocándome las mejillas. Mi madre tenía un anillo que se había girado y la piedra preciosa me había golpeado y me había hecho sangre. *En souffrant*, pensé. Y, sin llorar, me lavé la cara y luego me la sequé con la toalla tratando de ensuciarla mucho.

Mark

Ella siempre me pilla, siempre. No puedo ir solo por la calle ni a escenarios como este. Con Anna tengo la sensación de estar otra vez encarcelado, amurallado.

El día en que cayó el muro salimos todos caminando como autómatas y no paramos de andar hasta que estuvimos al otro lado. Ahora me cuesta reconstruir mentalmente aquella pared que me harté de vislumbrar desde el otro lado, de lejos, eso sí, porque acercarse era una temeridad, no había agujeros por donde escapar, no, era una construcción compacta en todos los sentidos y la avalaban numerosos intentos fallidos de fuga que habían acabado en tragedia, en unas tragedias que nos helaban la sangre de las venas a los que siempre huíamos con la imaginación.

Y de pronto un día se abrieron agujeros para escapar, agujeros llenos de luz, agujeros que conducían a la libertad.

Éramos riadas de gente que buscaba uno de aquellos agujeros, un agujero que por fin nos comunicaba con el exterior sin peligro de muerte si intentábamos asomarnos. Me habían pasado a recoger la noche anterior y me habían contado que todo se venía abajo, que se podía pasar al otro lado, que no mataban a nadie, y me lo decían gritando, eran los compañeros del conservatorio y yo, alteradísimo, les decía, chist, que nos van a oír, y es que nunca gritábamos, todo lo decíamos en voz baja, en silencio, no podíamos alzar la voz, solo podíamos ser discretos, pintar discretamente y tocar discretamente, siempre bajo la atenta mirada de la policía que nos dejaba claro que no éramos libres. El nuestro era un país silencioso, un país de caminar de puntillas, un país donde prácticamente no se oía ni el motor de los coches. Y me gritaban y me cogían por los hombros y me sacudían, Mark, somos libres, podemos ir a Occidente.

No fui de noche por mi madre. Estaba muy mal y no podía dejarla sola. Viví para saborear la libertad, eso sí, porque al día siguiente, cuando se enteró, se levantó, se vistió y vino a verme con pasos vacilantes. Pero qué haces, mamá, exclamé al verla en mitad del pasillo, vestida de calle y lista para salir. Vamos, dijo. Y todo aquel dolor que tenía permanentemente entre ceja y ceja pareció deshacerse un poco para dejar brillar por unas horas una luz que le iluminaba la frente, la luz que venía del agujero que acababa de abrirse en nuestro muro eterno. No intenté disuadirla, entendí que necesitaba vivirlo, que no quería irse de este mundo sin saber lo que había al otro lado. El Berlín oeste que ella conocía era el Berlín destruido por la guerra, por una guerra que la había visto nacer y la había hecho crecer con las privaciones de una posguerra durísima. Había nacido y vivido en la cárcel y ahora quería saber cómo era la libertad. Quiero ver qué hay allí, dijo cogiendo el abrigo y dirigiéndose a la puerta. La seguí, la cogí del brazo y caminamos un buen rato hasta que encontramos el agujero por donde pasaba todo el mundo. Al otro lado brillaba la libertad. Tiemblas, hijo, me dijo mirándome con una sonrisa. Era cierto, temblaba, me daba miedo salir, siempre impone enfrentarse a lo desconocido aunque sea sinónimo de libertad.

Durante un rato, mi madre fue la fuerte y yo, el débil.

Hoy no acabo de crearme cómo llegamos a vivir en una civilización atrasada tanto tiempo. Pero es verdad que añoro algo: el silencio, la paz a la fuerza que nos obligaba a centrar todo nuestro interés en lo que realmente queríamos. No había distracciones, no había nada que nos despistara de un centro de atención como el mío, que era la música. Y los que vivíamos en mi barrio, el barrio de los artistas, nos sentíamos partícipes de un secreto especial, del secreto de sabernos liberados por el arte que nacía de nuestro instrumento o de la pintura que llenaba de colores nuestra plaza o de la pluma clandestina que intentaba destripar el régimen.

El ruido de Berlín oeste era abrumador, con todos aquellos coches, muchos y más veloces que el viento. Y la gente no caminaba como en Berlín este, sino que corría, iban demasiado rápido para saber adónde, parecía que llegasen tarde a todas partes. Y todo estaba lleno de luces, luces de colores que cegaban, con nombres de marcas publicitarias que entonces desconocía por completo y que me parecían una muestra más del brillante Occidente que al otro lado siempre había considerado el mejor de los mundos. Mi madre y yo estábamos boquiabiertos. Bienvenidos, exclamaron unos chicos que se nos acercaron con una botella de vino y unos vasos de plástico. Mi madre y yo bebimos con ellos, pero enseguida se fueron a recibir a otras personas que habían hecho lo mismo que nosotros. De hecho, habíamos avanzado empujados por una muchedumbre. Por una muchedumbre que quería comerse el mundo.

Vamos, hijo, dijo entonces mi madre. La miré y vi que tenía otra vez el dolor clavado entre ceja y ceja. Y ya no se lo quitó de encima, se lo llevó a la tumba. Seguramente aquel sobreesfuerzo de caminar tanto aquel día había acelerado el proceso de la enfermedad, ya no le quedaban fuerzas y no sé de dónde las había sacado. Cuando llegamos otra vez a casa, la llevaba en brazos, no había podido andar los últimos metros. Con todo, mientras la acostaba, todavía tuvo energías para decirme, con una sonrisa, no podía morirme sin verlo.

Murió a los dos días. En el mes de los muertos para unos, en el mes de la libertad para otros. La enterré y después pensé qué podía hacer yo, si todo el mundo abandonaba su casa e intentaba empezar una vida mejor en Occidente. Me acordé de mi padre y fui en su busca. Cogí el violonchelo y las partituras, vendí el piano y aterricé en Barcelona el día antes de Navidad.

Anna

¡Empecemos!

Mark golpea el atril con la batuta. Me preparo el violín, no he mirado a Teresa, ni siquiera la he saludado. En cambio, he intentado localizar a María y, al instante mismo de verla, he notado sus ojos clavados en los míos. Son unos ojos que brillan de manera sobrenatural. Quizá sea bruja. Una mala bruja delante y una mala puta tocando el violín a mi lado. Pero Mark es mío. Y quiero llevarlo al río. Tengo que encontrar mi alma y mi alma está en el agua, en alguna agua de algún lugar del mundo, aprisionada desde el día en que se la llevó la del estanque de al lado de casa. Vamos, le he dicho a Mark esta mañana. Ve tú, tengo que ensayar, ha refunfuñado. Y ahora tengo que encontrar el río yo sola y no sé dónde buscarlo. Quizá también, como Karl, haya dejado de existir.

Karl fue el primer hombre de verdad que conocí. Mi maestro de violín de nariz aguilena era más una mujer que un hombre, los amigos de mamá no eran más que moscardones y a papá no lo conocí de verdad hasta que mamá se marchó.

En cambio, Teresa me abrió las puertas al gran mundo cuando empezó a darme clases. Pues pensarás que se ha acabado el violín, me dijo mamá después de aquel juego de tortas mirándome peligrosamente a los ojos, pero ahora irás al conservatorio y allí no hay dedicación personal, allí van todos. Todos quería decir que iban los pobres, los que no podían pagarse un buen profesor. Como siempre que me hablaba mirándome fijamente, permanecí inmóvil, impasible, sosteniéndole la mirada para ver si me caía alguna que aquel día no cayó. Me exasperas, hija, no entiendo cómo has salido así, dijo con un gesto repentino de la mano, y desapareció sobre unos tacones de aguja que me tenían admirada porque no entendía cómo podía caminar tan alto. Y entonces, aquel día, no sé qué me pasó, pero me salió algo de muy dentro, quizá distinguí una grieta en el muro inaccesible de aquella mujer que yo tanto deseaba y odiaba al mismo tiempo. Me acerqué por detrás y la abracé. Y ella, por un instante, durante un breve instante, se detuvo, y los tacones dejaron de hacer ruido y, para mi sorpresa, mi madre me acarició la mano. Pero fue solo un momento, como si hubiera tenido una debilidad, y después reaccionó diciendo, ahora no, hija, sin obligarme a soltarle la mano pero esperando a que lo hiciera por iniciativa propia. Y, cuando la solté, se marchó sin ni siquiera girarse.

Volví atrás y me encontré a Clara, que contemplaba la escena llorando.

María

Ha salido primero la cantante de ópera. La señora Teresa y la señora Anna tocarán después. Pero ahora ha salido esa mujer, ni tan rubia ni tan gorda como aquella del señor Karl, y cuando el señor Mark da la entrada y la orquesta ya ha tocado unos compases, de pronto canta con una voz dulce, mucho más bonita que la de aquella otra cantante, con una voz afinada, con una voz que me llega a donde tiene que llegarme, a algún lugar dentro de mí donde tengo la fibra sensible que no resiste esta clase de envite, que tiembla y se hace añicos sin poder evitarlo.

En aquel momento de hace tantos años, el primer día de la cantante de ópera del señor Karl, cuando dejé de mirar por el ojo de la cerradura decidí buscarme también yo un chico que me besara como el señor la besaba a ella, que, dicho sea de paso, vino unas cuantas veces a casa y también repitió unas cuantas veces la escena del sofá. Eso sí, cuando se había producido la escena del sofá, el señor estaba mucho más tranquilo, como si se hubiera quitado un peso de encima. También es verdad que yo estaba atenta a aquella visita en concreto y que, Dios me perdone, pegué el ojo a la cerradura cada vez que vino.

Pero me provocó la necesidad de encontrar a un chico que me besara. Como solo salía los jueves por la tarde con una amiga que también servía, lo tenía difícil. Pero al final vino solo, sin buscarlo. Quiero decir que lo encontré no saliendo con mi amiga, sino yendo a misa. Era un chico que estaba siempre arrodillado en uno de los últimos bancos, como yo, porque aquella era una iglesia de señores, y nosotros, los que éramos como yo, nos arrinconábamos al fondo. Me había fijado en él alguna vez porque se le veía una intensa devoción. Lo había mirado porque parecía muy solo, pero un domingo me esperó fuera, porque por lo visto también me había mirado y se había fijado en mí, y al verme me dijo, hola, cómo te llamas. Le di mi nombre y resultó que él se llamaba Pepe. Le veía a contraluz, era un día de esos de sol de invierno y se había colocado entre el sol y yo, y yo casi no distinguía si sonreía ni qué cara ponía, pero me pareció un poco otro sol. Podríamos dar un paseo, me propuso. Y contesté que de acuerdo. Y así fue como empezamos a salir juntos, íbamos al parque del estanque y dábamos una vuelta antes de volver a casa. Me contó que vivía en una casa cercana, una casa muy grande, con sus padres, que llevaban muchos años al servicio de los señores. Siempre he jugado con los hijos de los amos, decía levantando la barbilla y dándose importancia. Sacó un cigarrillo y me preguntó si fumaba. Y yo, que no fumaba, dije que sí. Y me llevé el cigarrillo a los labios e hice lo mismo que él, o sea, aspirar el humo. Casi me muero porque comencé a toser sin parar y no podía respirar. Él me dio golpecitos en la espalda y me dijo con una sonrisa que, si no quería, no tenía que fumar, que no era obligatorio. Me levanté del banco donde estábamos y, mientras me secaba las lágrimas del humo y la tos, dije, tengo que irme. Y él también se levantó y sonrió y dijo, quedamos el domingo que viene, ¿sí? Quedamos el domingo que viene, sí. Le faltaban dos dientes y no lo noté

hasta que se despidió. Por culpa de esos dos dientes me gustaba menos, pero pensé que seguramente no le impedirían besar como el señor besaba a la cantante de ópera. De modo que no le di demasiada importancia.

Los domingos eran distintos del resto de los días de la semana. Eran distintos porque iba a misa siempre muy temprano y porque, a la vuelta, siempre me encontraba al señor sentado en el sofá con los ojos cerrados y fingiendo que dirigía una canción de esas que no se acaban nunca y no tienen letra, una que al principio no sabía cuál era y que ahora sé muy bien que se llama *Concierto para dos violines* y es de un tal Bach, que se pronuncia acabado en una *j* castellana pero no tan fuerte, que el señor me enseñó un día cuando yo ya me lo sabía más que de memoria y hasta le había puesto letra, una letra que decía, *Yo voy a limpiar toda, toda la casa*, y así me distraía mientras sonaba aquello y limpiaba el polvo de la estatua de Beethoven —eso sí sabía pronunciarlo— y también le decía *gut'n tag* como el señor, aunque no sabía lo que significaba. Y cantaba, cantaba flojito, como siempre, y después seguía otro trozo de concierto más lento, que parecía para bailar y, como no tenía bailarín, dejaba el trapo del polvo, cogía la escoba y me arrancaba. Y después el concierto volvía acelerarse y yo volvía a cantar. Y así siempre desde que me inventé la letra, y cada domingo igual hasta que, como era de esperar, un día el señor me pilló. Estaba girando con la escoba con los ojos cerrados y tarareaba para acunarme a mí misma mientras seguía la melodía y, de pronto, tropecé y caí con un grito al suelo. Resultó que me había tropezado con el zapato del señor. Y resultó que me salió el genio, para mi sorpresa y la suya, claro. Qué hace, exclamé, vaya con cuidado, hombre, ¿no ve que voy con los ojos cerrados? Entonces, nada más decirlo, comprendí que había metido la pata y que yo, una María sin más, no podía reñir al señor Karl como si nada, que no podía ser, que las cosas iban al revés. Y enseguida me excusé y pedí perdón. Me puse roja como un tomate. Pero el señor se rio, y lo hizo como cuando tomábamos chocolate en la cocina y le daban aquellos ataques. Me ayudó a levantarme y me dijo, venga, y me llevó a la sala del piano y me mandó sentar en la banqueta. Qué hace, señor, me quejé. Basta, María, usted canta muy bien y baila muy bien, le gusta la música, ¿no? Pues sí, pero, intenté decir. Pero nada, me atajó, deme la mano. Le di la mano derecha un poco avergonzada, era una mano descuidada, no era la mano de una señora, sino la de una criada y olía a lejía y desinfectante. Pero no hizo caso y me cogió los dedos y, no sé cómo, me los colocó sobre las teclas y me empujó para que apretara la tecla del pulgar y me dijo, *do*, mientras emitía un sonido y después, con el otro dedo, *re*, mientras emitía otro sonido y *mi* y *fa* y *sol*. Y yo, solo en aquel instante, solo con aquello, sentí que todas las luciérnagas que alguna noche había visto en el parque desde la ventana de la sala venían a iluminarme el corazón y también sentí que, sin poder evitarlo, se me mojaba el rostro de unas lágrimas de emoción que me resultaba imposible contener. Entonces el señor me dijo, María, aprenderá a tocar el piano. Y me quedé pasmadísima y el señor ya se iba cuando lo llamé, señor. Y se giró y me preguntó, qué. Pero no se lo diremos a nadie, dije. Él

sonrió un poco, de acuerdo, no se lo diremos a nadie. Y allí me dejó, secándose las lágrimas.

Las otras lágrimas, las del humo del cigarrillo de mi chico, me las sequé de camino a casa. Llegué y el señor ya había terminado de escuchar el concierto de Bach. Y sentí como si se me encogiera un poco el corazón. Entonces lo vi aparecer por detrás del busto de Beethoven, hoy llega tarde, comentó, divertido. Oh, me he entretenido, contesté volviéndome para que no se notara que me sonrojaba. Qué le parece, ¿damos la clase?, me propuso. Qué clase, salté yo. La clase de piano, respondió simplemente. Tardé en reaccionar, ah, sí, pues claro. Lo seguí a la sala mientras me quitaba el abrigo con una mano y el gorro con la otra. Hoy el señor no ensaya ópera, pregunté con segundas. Pero él no captó ni las segundas ni las primeras, se limitó a contestar, ah, se acabó, ahora tengo conciertos con la orquesta. No hice ningún comentario, solo me dejé enseñar. El señor me cogió los dedos con delicadeza y me hizo hacer lo que él llamaba una escala, de *do* a *do*, pasando el pulgar por debajo de los otros cuando se acababa la mano porque, claro, aquella escala tenía ocho notas y mi mano, solo cinco dedos y de algún sitito tenían que salir los otros tres. Ahora la izquierda, dijo, y lo hicimos con la izquierda. Y escala arriba y escala abajo, primero con su ayuda y después yo sola. La semana próxima lo haremos con las dos manos, ya verá.

Ese día me habría quedado allí. Aquello de ir arriba y abajo, si se sabía hacer deprisa, tenía que ser toda una sorpresa para quien lo escuchara. Quizá tocar el piano no fuera tan complicado. Quizá una María también podía hacerlo.

Aquella semana pasaron muchas cosas importantes. La primera, que aprendí, poco a poco, a subir y bajar escalas con las dos manos. Me parecía maravilloso, me resultaba increíble y, no obstante, lo hacía. La emoción me devoraba subiendo y bajando con el piano. Y el señor también parecía muy satisfecho y me aplaudió y me dijo, a mí me parece que nos hemos ganado un chocolate con nata.

La segunda cosa que pasó fue que, a media semana, llamaron al timbre y, cuando fui a abrir, era la cantante de ópera, me refiero a la de los besos y el sofá. Antes de darme tiempo a abrir la boca, me apartó de un codazo y se dirigió de cabeza a la sala del piano donde se oía practicar música al señor. Qué hace, le empecé a decir. Y el señor también empezó a decirle, qué haces, y ahí acabó todo porque aquel día no hubo beso, sino un sopapo de aquellos que resuenan en todo el barrio. Acababan de dejar seco al señor. Y encima, la mujer, antes de irse, dijo, o sea que solo me querías por la ópera. Y se marchó muy digna, con la frente alta, secándose una lágrima que, aunque intentara ocultarla, había derramado.

Y la tercera cosa fue que mi chico me besó. Lo hizo y me llenó la boca de sabor a humo, de un sabor que yo no sabía si me gustaba o me disgustaba pero que, al fin y al cabo, no dejaba de ser el sabor de un beso como el del señor Karl y la cantante de ópera. Y noté que se me metía todo dentro y no sabía si podía respirar o no. Y después, me sonrió sin los dos dientes y me preguntó si me había gustado. Dije que sí

porque no podía decir otra cosa. Y entonces me acompañó a casa rodeándome los hombros con el brazo. Y yo pasé mi brazo alrededor de su cintura. Y, cuando llegamos a casa, volvió a besarme antes de despedirse.

Abrí la puerta y me encontré al señor con una cara rara que no supe interpretar. Tiene novio, la he visto por la ventana, me dijo. Sí, contesté consciente de que era imposible negarlo. El señor pasó por mi lado antes de desaparecer en dirección a su habitación, a la que normalmente no iba a menos que fuera hora de acostarse. Y, antes de subir las escaleras me miró y me dijo, es que es usted muy guapa. Mucho.

En el momento en que desapareció, corrí a mirarme al espejo. Que el señor Karl me dijese aquello me dejó como si hubiera habido un terremoto a mi alrededor y, de repente, hubieran venido volando todos los pájaros del parque y se me hubieran posado en la cabeza y se hubieran arrancado todos a piar a la vez. Me contemplé un rato y aquel día yo también me vi preciosa.

Anna

La primera mirada de Mark a la hora de empezar el concierto siempre me deja indiferente. La primera mirada de Karl, en cambio, fue directa al fondo de los ojos. Me hizo daño, y hacía mucho tiempo que nadie me hacía daño. Pasa, me dijo en aquella lengua extraña que hablaba, fruto de la mezcla a partes iguales de catalán, castellano y alemán. Le seguí hasta la sala donde tenía el piano. De camino me crucé con Mark. No era nadie, solo un chico que no llegaba a los treinta años, que todavía estudiaba dirección de orquesta y que vivía de los éxitos de su padre. Saludó y desapareció. Aquel día no vi a María, tendría fiesta porque, cuando estaba, te la encontrabas por todos lados, como ahora, porque esa mujer es como la peste.

Karl se sentó al piano y me pidió que tocara mientras él se encargaba de la parte del violín, la que tocaba Teresa, aunque yo todavía no sabía que la tocaba ella. Eso después de sacar el violín del estuche, claro. Aquel primer día saqué el violín de estudio, pero otro día, como vi que podía impresionarle, llevé el bueno. Un Stainer, qué bonito, dijo, e hizo un gesto extraño como si hubiera reconocido algo, ¿me dejas verlo?, me pidió, y lo cogió para inspeccionarlo de arriba abajo. Tocó con un dedo la manchita que un día Teresa me explicó que era una raja que había mandado reparar y después miró la efe y leyó las letras como para asegurarse de que realmente era un Stainer.

Pero eso fue más adelante. El primer día que fui, me interrumpió enseguida. Basta, dijo de pronto, deteniéndose. Y me dijo, a la otra violinista le sobra alma y a ti te falta, dónde la tienes. Me quedé desconcertada, nadie me había dicho nunca eso de mi música. Me miró de otra manera para añadir, tocas terriblemente bien, tan bien que da miedo. Me sentí crecer por dentro. Pero entonces continuó, y sin embargo, falta el corazón. Bach no tiene corazón, objeté. Puede, convino, pero tiene alma. Y el violín también. En cambio, tú no. Se hizo el silencio. Me había desinflado y ya pensaba que me había quedado sin aquella oportunidad y aquella gira con aquel director que para mí se había convertido en un sueño. Entonces volvió a mirarme para preguntarme quién me había quitado el alma. No lo sé, respondí encogiéndome de hombros y sin saber muy bien si la pregunta iba en serio.

Pero sí que lo sabía. Mi alma se fue el día que mi madre se marchó para no volver. Una mañana ya no estaba y pensé que habría salido de viaje, pero Clara no paraba de llorar, venga a llorar, y al final me dijo que mi madre no volvería nunca. Al principio no lo entendí, pero luego Clara no pudo más y me explicó que mamá había dejado una nota a mi padre diciéndole que se marchaba porque nadie la quería ni la necesitaba.

Salí de casa y me dirigí al estanque del parque. Tenía catorce años y ya no creía que dentro del agua hubiera pequeñas hadas. Pero sí creía que el agua, donde flotaban los nenúfares rosados y sus anchas hojas, se llevó la poca alma que me quedaba y que años después me reclamaría Karl. De repente me sentí llena de remordimientos

porque estaba segura de que mamá se había marchado por mi culpa, porque debía de creer que no la necesitaba. Y las lágrimas que creía que ya no tenía volvieron a aparecer y me pasé la tarde sentada en un banco llorando. Me había vaciado del todo y el estanque, que me había sorbido el alma, permanecía impassible como hacía yo cuando me miraba mi madre después de pegarme. Quizá también fingía como yo.

Por la noche volví a casa despacio. Y conocí a papá.

Teresa

Cuando se fue su madre, Anna no me dijo nada, pero me di cuenta de que pasaba algo y al cabo de unos días, aprovechando que la niña había ido al lavabo, la criada asomó un momento en el aula y me lo susurró. Ahora vive con el padre, me aclaró. Hasta ahora no hablaba de su padre, repuse. Es que no estaba nunca, pero ahora sí, ahora se queda.

Pensamientos envueltos en música, los actuales y los pasados, mis pensamientos siempre vienen envueltos en música, pero ahora que me iluminan y me ciegan los focos siento como si, con Bach, toda mi vida quedara retratada de pronto. Bach es demasiado exacto, demasiado claro. En aquel momento con la criada también estaba todo muy claro y Anna supo de inmediato que habíamos hablado. Si quieres algo, solo tienes que pedirlo, le dije, consciente de lo incómodo de la situación. Gracias, se limitó a responder, y volvió a concentrarse en los deberes, en la partitura que se había preparado para aquel día.

Anna se quedó sin madre y la mía estaba mayor. Pero antes, mucho antes, me había dado la música, me la había entregado en bandeja de plata. Cuando aquella maestra me dijo que llevara el violín, que comprobaríamos qué tal sonaba, que intentaríamos tocar algo, yo, que la escuchaba, no dije nada, pero las lágrimas, mis lágrimas dulces de siempre, me mojaron silenciosamente la cara sin que pudiera evitarlo. Ay, mi niña, dijo la maestra secándose las lágrimas con el pulgar, a ver si resulta que aquí dentro llevamos a una pequeña música, dijo, señalándome el corazón. Sí, había una música y esa música era yo, y al día siguiente llevé el violín al colegio. Pero primero llegué a casa y corrí a abrazar a mi madre, la abracé muy fuerte y lloré todavía más. Y ella me daba besos por todos sitios mientras me decía, siento mucho no poder pagarte una profesora de violín. Tal vez algún día, tal vez algún día.

Fue al poco tiempo. La profesora de música, que era pianista, sabía no obstante cómo colocar los dedos en el violín y presionar las primeras cuerdas para que sonaran al pasar el arco. Y dices que lo has encontrado en el vertedero, me comentó admirando el hallazgo. Sí, contesté, y estaba rajado. Le enseñé la pequeña fisura del instrumento. Eso se arregla, me dijo, e hizo ademán de coger el violín para llevárselo. Me sentí morir, no, grité, no. No, mujer, solo quiero verlo, me tranquilizó. Y entonces guiñó un ojo y miró con el otro por la efe y yo dejé de verle los ojos pero le veía los labios, que simulaban hablar sin hablar, solo se movían, como si leyeran lo de dentro, que yo todavía no había entendido y que ahora sé que solo significa que el violín era un Stainer de 1762, un Stainer que todavía no me explico cómo pude quitarme de encima como lo hice. Pero bueno, a mí entonces me daba lo mismo que fuera un Stainer o un Sadurní. Después sí que le vi los ojos a la maestra cuando silbó y me miró otra vez, alterada. Le había cambiado la expresión de la cara cuando me dijo, no se lo dejes a nadie, ¿de acuerdo? Asentí, pero realmente no habría hecho falta que me lo dijera porque no pensaba dejarle mi instrumento a nadie y no porque fuera un

Stainer, sino porque era un violín y hacía música. Y entonces me enseñó a hacer con el violín los mismos sonidos que hacía con el piano, toda la escala que entonces yo no sabía ni que se llamaba escala. Y me fui a la playa a practicar. Allí, en la orilla de las olas, hice magia por primera vez con aquel instrumento que era más que un violín, que era casi como el padre que no tenía. Me pasé horas practicando lo mismo. Y al día siguiente me quedé un rato al acabar las clases y le enseñé a la maestra cómo lo hacía. Me felicitó. Entonces me buscó una partitura, una canción muy simple, y encima de cada nota apuntó el nombre porque no me los sabía. Y me dijo, la semana que viene nos veremos el mismo día y tienes que saberte las notas de memoria y tocar esta canción. Y volví a la playa a ratos, cuando no tenía que ir al vertedero, y practiqué y practiqué todo lo que me había mandado la maestra. Se me llagaron los dedos de tanto tocar pero no me importó, no notaba el dolor, solo notaba que, poco a poco, iba sacando una melodía de aquella caja de madera. Sentía que estaba consiguiendo atrapar la música, que la tenía, que ya era casi mía. Y, al cabo de cuatro o cinco semanas, la maestra citó a mi madre y le dijo que ella ya no podía enseñarme nada más, que tenía que ir a clases de violín. Y acompañó la sentencia con una sonrisa y una frase que también era mágica, tendrá una beca para estudiar.

Fui al conservatorio hasta que me saqué el título de violinista, a los veinte años. Y al cabo de dos años, entré de profesora. Gracias a mi sueldo mi madre pudo dejar de fregar pisos y, eso sí, continuó cosiendo. Yo también dejé de fregar pisos y de estropearme las manos. Pasaba las tardes sufriendo porque no podía estudiar lo que debía para ir a la mañana siguiente a clase o para un examen y, cuando llegaba por la noche, para no molestar, volvía a la playa, como siempre, en invierno y en verano. En invierno recortaba la punta de los dedos de los guantes para poder tocar. Y mientras fregaba los platos en la casa donde trabajaba, repasaba mentalmente los estudios que debía interpretar al día siguiente. Y, cuando estaba en el parque con los niños o cuando caminaba por la calle o cuando iba en autobús, movía los dedos dentro de los bolsillos para no perder agilidad. Si quería ser violinista, no podía permitírmelo. Y a fe que era lo que más deseaba en este mundo.

Anna

El primer violín de la orquesta se llama Maties, como mi padre, como el padre que al final resultó que tenía. Mark detiene un momento el concierto y pide que acelere un poco el ritmo. El otro asiente y la orquesta entiende que hay que ir un poco más deprisa.

Yo entendí que, a los catorce años, todo había cambiado, todo. Al día siguiente de marcharse mi madre, apareció papá. Efectivamente, era uno de los que iban y venían, pero siempre se quedaba poquísimo y ni me sonreía ni me dirigía la palabra. Caramba, cuánto has crecido, me dijo aquel día con una sonrisa. Y me miró con una ilusión en los ojos que no entendí de dónde salía. Francamente, me parecía que acababa de crearla con la imaginación. Entonces, para mi sorpresa, me preguntó cómo me iba con el violín. Después del primer estupor contesté, bien, ahora me va bien. Qué quieres decir, me preguntó, intrigado. Estábamos en el comedor de casa, tantos años comiendo sola en la cocina con Clara y resulta que ahora tenía con quien desayunar, almorzar y cenar. No estaba segura de que me gustase que aquel perfecto desconocido se sentara conmigo a la mesa como si nada después de catorce años. Pero en aquel momento me vi obligada a responder, pues que no me gustaba el profesor de antes y, en cambio, la profesora del conservatorio me gusta y ahora también me gusta el violín.

Lo dije así porque no sabía cómo explicarlo. No sabía cómo decir que a los trece años, cuando ya no se me iban los ojos al pasar por el parque, cuando ya no tenía deseos irrefrenables de ir a jugar con aquellos niños, había descubierto que un instrumento, el violín, era lo único que tenía, lo único que poseía de verdad en la vida. Durante un tiempo pensé que tenía a Clara, pero entonces se echó novio y explicó en casa que se casaría y se iría. Se lo explicó a mamá y después a papá, si quiere, vendré por horas, pero no puedo vivir aquí. Y mi padre le dijo que no hacía falta, que se fuera, porque por lo visto necesitábamos a alguien que viviera con nosotros.

Por tanto, solo tenía el violín. Como ahora, que lo toco como si me fuera la vida en ello, que juego a rebatir todo lo que Teresa me dice con el suyo y, a veces, nos miramos a los ojos y parece que estemos en guerra, en una guerra que estalló por culpa de mi padre.

Recuerdo que se echó atrás con un trozo de pan y agitó la campanita para que Clara sirviera el postre. Y entonces dijo, ¿sabes?, estudias violín porque yo lo decidí, es mi vocación frustrada. Quería tocar el violín, pero, claro, era poca cosa para mí, me obligaron a estudiar para dirigir empresas, ya ves, y en casa no había dinero para más. Ibas a un profesor que me recomendaron y, según tu madre, no estudiabas nada. En cambio, ahora sí que estudias, ¿verdad? Uy, sí. Qué iba a decirle. O sea que él era el culpable de que hubiese estudiado con el violinista de la nariz aguileña, *en souffrant* durante no sé cuántos años. O sea que él era el culpable de mi martirio. Le

odié en silencio. Bebí un sorbo de agua y contraataqué, por qué no estabas nunca. No le incomodó en absoluto que se lo preguntara, al contrario, como si le hubiera hecho la pregunta más normal del mundo, miró hacia la ventana y, después de pensárselo un momento, dijo, francamente, con tu madre no se podía vivir. En eso estamos de acuerdo, pensé, y papá continuó hablando a pesar de todo, tuve que buscarme la vida igual que ella se buscó la suya, pero acordamos que solo vendría por cuestiones de papeleos una vez al mes. Hace años que alquilé un piso bastante lejos de aquí. Lo soltó y se quedó tan ancho. Dentro de mí había una voz desgarrada, surgida de un agujero sin fondo, una voz que chillaba, y yo qué, por qué ni siquiera me saludabas cuando venías, por qué no me dabas ni un beso, por qué no permitías que supiera quién era mi padre. La voz continuaba chillando, pero solo por dentro, no dije nada de esto en voz alta. En cambio, dije lo que sabía que le dolería y lo dije con una cucharada de pastel en la boca, no sabía cuál de aquellos hombres era mi padre, de ti, ni siquiera me acordaba.

Conseguí hacerle daño, se lo vi en la mirada y en que dejó de comer. Me deleité en la victoria frente al enemigo, mi padre, tanto como con el pastel que estaba comiendo. Él no dijo nada más.

Después salí a contemplar el estanque. Las aguas estaban quietas y silenciosas, era fin de semana, no había niños, no había nadie, solo un par de personas que paseaban al perro. Contemplé mi alma allí expuesta, en la capa superior del medio líquido que sostenía los nenúfares con toda la calma del mundo. La vi, vi mi alma, y la vi todos los días hasta que desapareció. Debió de evaporarse con el sol. Pensé que tal vez, como el agua, caería en forma de lluvia en un río, un lago o el mar. Desde entonces la busco de río en río, de estanque en estanque o a la orilla del mar y, cuando me acerco, me parece que la oigo refunfuñar y quejarse. Pero solo se deja oír y no se deja atrapar.

Aquel día, cuando el alma todavía no se había evaporado, volví a casa y le dije a mi padre, por cierto, tengo que comprar urgentemente un violín, el que tengo es de niña, es muy pequeño. Papá sonrió por compromiso, sin ganas, pero me daba lo mismo, me relamía de gusto por la sensación de estar arrastrándolo por los suelos. Tendrás tu violín, acabó por decir, pero deberíamos hablar con la profesora para saber qué necesitas exactamente.

Mark

Mi padre tenía auténtica obsesión por el *Concierto para dos violines* de Bach, mi madre siempre me lo decía. Se ve que ella refunfuñaba cada domingo al despertarse cuando lo oía, ya de buena mañana, y mi padre fingía dirigirlo con una mano, con los ojos cerrados y en pleno éxtasis, como después le vería hacerlo yo en Barcelona, también los domingos, siempre en el sofá, siempre con la mano alzada, siempre con los ojos cerrados. Y a veces por la tarde, me contaba mi madre, salía con los amigos músicos y, en la plaza, improvisaban veladas tocando Bach y siempre, siempre, él tocaba el segundo violín y otro amigo el primero, y los otros instrumentistas fingían componer una orquesta completa. Por lo visto, de jóvenes, durante la posguerra, en época de hambrunas, tocaban para matar el hambre. Acudía público de todo Berlín a escucharlos y ella, mi madre, era una de esas personas que los contemplaba y los escuchaba desafiando al frío, al hambre y al estado de excepción impuesto en la ciudad. Era un oasis de arte y calor, me contaba. Así se conocieron. Se moría de hambre, me contaba mi madre sonriendo, pero nunca dejó el violín, no quería venderlo, lo adoraba. Se refería a un Stainer como el que tiene Anna. A ella, según me dijo, se lo regalaron. El que tenía mi padre era heredado de mi abuelo austriaco, al que no llegué a conocer.

Mi madre me hablaba también de un tiempo en que mi padre comenzó a dirigir una orquesta en Berlín este, cuando empezó a labrarse un nombre como director y su ilusión era conseguir dirigir el doble concierto con dos violinistas que admiraba y que ya eran mayores, mucho más que él, apasionado de la interpretación de aquellas dos mujeres, decía que tenía que tocar con ellas como fuera antes de que se jubilaran. Y lo consiguió, salió de gira por toda Alemania del Este con ellas y la orquesta y aquella hazaña le granjeó una fama que traspasó fronteras y muros. Claro, de tanto estudiar el concierto, le dije a mi madre un poco en broma cuando me lo contó. Y ella apretó los labios antes de murmurar, como quien no quiere la cosa, sí, y de tanto estudiarlas a ellas. Entonces no entendí qué insinuaba, pero no me atreví a replicar. El caso es que cuando mi padre volvió de aquella gira, mi madre le esperaba con las maletas hechas. Las de él. Fue poco antes de nacer yo. En cuanto pregunté si tenía padre, mi madre me contó que se habían separado antes de mi nacimiento y que puede que mi padre fuera muy buen músico, pero también era un mujeriego.

Hoy, a punto de empezar la pieza predilecta de mi padre, el concierto de Bach, me pregunto cómo pudo creer mi madre que mi padre iba detrás de aquellas mujeres. Tengo la impresión de que mi madre estaba celosa, no podía darle lo que ellas le daban, no podía acercarse al éxtasis musical que alcanzaba con las violinistas, lo digo porque lo sé, porque a mí me pasa igual, y porque ahora con Anna tengo algo más, pero con Teresa no, es solo música. Y eso mi madre nunca lo entendió.

A mi padre no le bastó con irse de casa. El régimen quería promocionarlo, era uno de sus músicos predilectos y después de llevarlo a las principales capitales del Este,

como San Petersburgo, Budapest, Praga o Dresde, lo sacó a pasear fuera, por Occidente. Pasó por las principales capitales europeas y acabó en Barcelona. Allí le presentaron una propuesta para que se quedara. Y eso hizo, convencido de que ya no tenía a nadie al otro lado del telón de acero. No supo de mí hasta que llamé al timbre de su casa el día antes de Navidad, un mes después de que cayera el muro de Berlín.

María, la misma María que hoy nos hemos encontrado en el hotel y que ponía cara de no entender por qué la habían hecho venir, abrió la puerta y se topó conmigo. Hablaba lo que me pareció un dialecto español la mar de raro. Después supe que era andaluz salpicado de catalán. Por entonces yo no entendía casi nada y apenas había dado unas clases de español en el instituto. Iba vestida como las camareras del hotel que había al lado de casa, en Berlín, con un vestido marrón y un delantal blanco. Yo nunca había visto a nadie de esa guisa en una casa particular, de modo que supuse que me había equivocado. No obstante, di el nombre de mi padre y ella me mandó esperar un momento con un gesto de la mano. Al poco, salió mi padre.

Miro al frente:

—¿Estamos? —pregunto levantando la batuta.

—Un momento, por favor... —dice Teresa recolocándose el instrumento en el hombro.

Miro de reojo a Anna. Está a punto, ella siempre está a punto para todo y se impacienta con los otros, sobre todo con Teresa. Y luego, cuando toca, se le forma esa arruga en la frente, se le cierran los ojos y sus labios se vuelven más deseables que nunca, más que cuando me sonrió por primera vez, más que cuando la veía tocar con mi padre y me moría de sentirla tan próxima a él.

Mi padre se plantó en la puerta con cuatro zancadas. Impresionaba, alto y cuadrado. La mujer del uniforme del delantal había desaparecido. Le hablé en alemán, le dije para empezar que venía de Berlín este. Él se interesó y me invitó a pasar con una gran sonrisa. Lo seguí hasta una sala amplia con ventanales que daban a un parque lleno de árboles. Me invitó a sentarme y tocó una campanilla que hizo acudir a María. Me ofreció un té y acepté con un gesto de la cabeza porque me había quedado sin palabras ante un lujo al que no estaba acostumbrado. Y entonces, con el té delante, mi padre dijo sin más, dime, creyendo que le llevaba un encargo de alguien. Lo que no se esperaba era que fuera su hijo. Después de un instante de estupor, me pidió que lo repitiera, cómo dices, preguntó. Pues eso, que es usted mi padre, que, según me contó mi madre, nací poco después de que se separasen.

Mi padre, el gran director de orquesta Karl T., se había quedado mudo. No debía de tener claro si yo era un estafador o si decía la verdad. Saqué el pasaporte, nuevecito, del bolsillo y se lo entregué. Lo miró. Ponía que era hijo de él y de mi madre. Que mi apellido era el mismo que el suyo.

El gran Karl T. se había quedado estupefacto. Al final reaccionó, voy a telefonar a mi... a tu madre. Ha muerto, dije cuando se levantó. Volvió a sentarse y se quedó inmóvil, y comprendí que estaba en estado de *shock*. De hecho, normal, si tenemos en

cuenta que en cuestión de segundos se había enterado de que su exmujer había muerto y de que tenía un hijo de veintiocho años. Me saqué una carta del bolsillo, la había escrito mi madre antes de morir. En ella lo explicaba todo. Hablaban de vez en cuando por teléfono, él se preocupaba por su vida, pero ella nunca le habló de mí, según la carta, porque no quería que intentara quitarle a su hijo ya que, dadas las circunstancias políticas, si yo, del modo que fuera, pasaba a Occidente, mi madre no habría podido volver a verme. Mi madre me había dado la carta en mano poco antes de morir, ve y entrégasela, me había dicho. Y es lo que había hecho.

Parece que Teresa está a punto. Golpeo el atril con la batuta.

—Empecemos.

Tras los primeros momentos de desconcierto, mi padre me miró con aquellos ojos azules que mi madre decía que yo había heredado y me dijo, aquí pone que eres músico. Quédate. Y me quedé.

María

Cierro los ojos y me dejo llevar por la música como si estuviera limpiando el polvo a Beethoven. La música me agujijonea el corazón. Qué bonito suena el violín aunque sea el de la señora Anna. Sonríe un poco sin poder evitarlo, qué bien suena el Stainer.

Mire el piano, me decía el señor Karl, porque me daba apuro mirar mi mano sobre las teclas y las tuyas colocándome bien los dedos. Y ahora continúe practicando, me decía, tiene que dedicarse un poco todos los días, ¿lo entiende? Asentía. El señor Karl me decía que tenía media hora por la tarde para tocar el piano y hacer música. Sí, señor, repetía yo, y continuaba con las escalas mientras él comenzaba a enseñarme las notas, *do, re, mi, fa, sol*, y me las preguntaba salteadas, más aún, me las preguntaba con el sonido correspondiente y yo tenía que saberlas y nunca encontraba dónde estaba exactamente el sonido de aquella nota porque cada una tenía el suyo y no podía inventármelo, ya que solo tenía uno y era exacto. Y me lo inventaba con más o menos fortuna, había días en que el señor Karl parecía desesperarse conmigo, pero otros días me decía, muy bien. María, muy bien, y me felicitaba, y me alegraba tanto, tanto como si estuviera con mi novio y me besara de aquella manera y me cogiera por los hombros para pasear por la calle.

Nos veíamos los domingos por la mañana, siempre después de misa, porque los jueves por la tarde él no podía. Nos vimos durante un año. Al principio solo me besaba, pero después, un día, cuando estábamos sentados juntos en el banco del parque, en aquel sitio donde no nos veía nadie, me besó como nunca, con un beso que duró un buen rato y que me encendió un fuego dentro y que hizo que me abrazara cada vez más fuerte, y entonces comenzó a meterme la mano por la entrepierna como si quisiera tocarme por debajo de la falda. Por mucho fuego que me ardiera dentro, reaccioné con un buen cachete, qué haces, le espeté. Pero María, replicó, es lo que hacen los novios, tienes que dejar que te toque. Que no, dije, si no estamos casados, no.

Ahora me da risa pensarlo, pero en aquel momento en lo que pensé fue en el señor Karl y la cantante de ópera y la bofetada que había recibido él. Estaba desagradablemente sorprendida, no me lo esperaba de mi novio, no sé por qué. Ya sabía que los había que hacían las cosas que hacía el señor Karl, pero tenía a mi novio por un chico decente. Era el único novio que había tenido y hasta entonces me había gustado, pero aquel día me levanté de repente y le repetí, eso solo de casados. Y esperé. Pensaba que me respondería, pues casémonos, y que se arrodillaría delante de mí y me pediría en matrimonio, lo creía de verdad, qué tonta, Virgen de la Macarena, de mayor te das cuenta de las tonterías que has hecho y que has pensado, porque aquel chico, aquel novio mío que se sentaba en los bancos del final de la iglesia como yo para que no pareciera que queríamos mezclarnos con los señores del barrio, pues aquel chico, por mucho que rezase y por mucha devoción que tuviera, encontró a otra que por lo visto le dejaba meter mano por el agujero de la entrepierna y puede que

también otras cosas. Me enteré porque, cuando no apareció en misa ni el domingo siguiente ni al otro, me preocupé y al ir a su casa me dijeron que había salido con la novia. Y, claro, yo creía que su novia era yo, pero resultó que no.

Anduve el camino de vuelta a casa con el corazón encogido y las lágrimas amontonándoseme en los ojos sin poder contenerlas. Miraba al suelo para que nadie notara que acababa de quedarme sin la ilusión de mi vida y, al llegar a casa, ya no veía nada porque el agua me nublaba la vista, me sentía abandonada, traicionada y sola, no tenía a nadie y me había creído con derecho a acabar siendo una mujer de las que se casan y tienen hijos. Pues no. Abrí la puerta y, sin decir palabra, ni tan siquiera *gut'n tag* a Beethoven, me fui directa a la habitación, me tumbé en la cama y lloré. Lloré sola media hora y paré porque tenía que servir la cena al señor, pero en cuanto acabé de cocinar y le llevé la comida, se me saltaron las lágrimas. Recé, Dios mío, que no se dé cuenta, y la verdad es que no se dio cuenta durante un rato, pero al final sí, al final, cuando le serví el postre, me dijo, a ver si hoy resulta que la fruta sabe salada. Miré el plato, había caído una lágrima en un rincón. Ay, señor, perdone, dije aturullada, y regresé a la cocina para lavar la fruta y cambiarla de plato. Entonces, cuando ya estaba en la cocina, oí la voz del señor, deduzco que se ha quedado sin novio. El señor Karl era muy directo y consiguió que todavía llorase más, lo siento, acaba de pasar, conseguí disculparme entre hipos. Nos pasa a todos, contestó con una pequeña sonrisa. Se refería a la cantante de ópera, supongo, y salté, ah, no, señor, no es lo mismo, que yo le tenía por un chico decente que me quería para casarse. Reaccionó de inmediato. Ah, muy bien, o sea que me tiene por un indecente. Me horroricé, oh, no, señor, disculpe, no quería decir eso, es que yo creía que, que. No sabía cómo explicarme. Entonces levanté la cabeza y vi que el señor todavía sonreía, por lo visto no le importaba lo que le había dicho, hasta parecía que le hubiera hecho gracia. Dejó un momento de sonreír para decirme, con una mirada que nunca olvidaré, la música de verdad hay que buscarla en el fondo del todo, ¿lo entiende? Le miré, ya sin lágrimas, y dije, no, señor, no lo entiendo.

El señor no dijo nada, pero aquel día se lavó él mismo la fruta y me dio permiso para descansar toda la tarde, ya lo arreglaríamos al día siguiente. Gracias, murmuré, y me dijo que, dentro de lo que cabía, tenía suerte de tener un señor que me trataba tan bien como me trataba el señor Karl.

Al día siguiente me esperaba a la hora del almuerzo. Yo había conseguido dormir y, a pesar de la pena enorme del corazón, me sentía mejor. Muy bien, María, ayer nos saltamos la clase, así que la haremos hoy. Iba a decirle que no tenía ganas, pero no pude porque se me acercó y me dijo, ahora que sabe exactamente cómo son las notas y cómo suenan, dígame, ¿quiere seguir tocando el piano o quiere tocar el violín? Esperó a que le contestara y yo, por decir algo, dije, pues el violín.

Y así empecé a tocar el violín, cuando ya sabía hacer escalas al piano y sabía exactamente cómo sonaban las notas, qué eran los bemoles y los sostenidos y alguna cosa más. Entonces me dijo como quien no quiere la cosa que aquel violín que había

tirado a la basura lo había traído de su país amurallado, que lo había heredado de su padre y que su padre había ido a comprarlo a un sitio llamado Salz... no sé qué, que estaba rodeado de montañas blancas. De montañas blancas y violines, dijo con los ojos brillantes. Me dejaron llevármelo porque, si tenías un instrumento tan valioso, te dejaban sacarlo a Occidente para impresionar. Me quedé pasmada porque comprendí que el instrumento tenía mucha más importancia de lo que yo creía y lo había tirado a la basura. Bah, ya ni me acuerdo, hace muchos años, repuso dándome una palmada tan fuerte en el hombro que solté una exclamación. No me tocaba nunca, pero aquel día lo hizo y muy fuerte, con todas sus fuerzas, y después añadió, qué, ¿un chocolate?, y ya nos tienes otra vez en la cocina tomando chocolate con nata y otra vez el señor acabó riendo de aquella manera contagiosa por una cosa o por otra, y mira que yo llevaba una pena grande en el corazón, pero me reí igual, y no sabía muy bien cómo debía interpretar aquella forma de ser tan curiosa del señor porque cuando entraba en la cocina, se reía y, cuando salía, se convertía en un pasmarote muy serio que solo sabía tocar el piano, cantar, dirigir a las moscas con los ojos cerrados, saludar a Beethoven y tocar el violín —otro violín que compró cuando se quedó sin el Stainer—. Cuando salía de la cocina era otro y desaparecía en un mundo que era el de la música, que era solo suyo y donde no dejaba entrar a nadie.

Pero aquellos días fueron diferentes. Aquellos días, por un lado, entró a menudo en la cocina y, por otro, me invitó más a tocar el violín. Me dolían los dedos de apretar las cuerdas, pero me gustaba intentar dar con los mismos sonidos de las notas que antes había tocado en el piano. No me comentó nada más del novio que me había abandonado ni sobre aquello de buscar la música en el fondo que tanto me había desconcertado. Pero durante unos días, me habló más que de costumbre. Lo noté, noté que me prestaba más atención y, a los quince días de la ruptura con mi novio, mientras le servía la cena, le dije, ya me encuentro mejor. Y añadí, gracias.

Anna

Qué burros somos los humanos. Caemos siempre en la misma trampa.

—Perdón —digo cuando veo que Mark detiene a la orquesta.

Me he equivocado en un pasaje que se me resiste.

—Otra vez —dice mi marido.

Y lo repetimos y noto que me he sonrojado. No soporto ser el centro de atención porque me he equivocado, yo nunca me equivoco, pero esta vez estaba pensando en otra cosa y no he prestado atención. Y he vuelto a caer en la trampa.

Entonces también caí de cabeza en la trampa, quizá porque lo necesitaba. Llegué a perdonar a papá que hubiera desaparecido durante mis catorce años de vida solamente porque vino, se instaló en casa, me cubrió de regalos y me dio todo lo que quise. Y también porque me dijo que saldríamos de viaje y viajamos, y también porque me dijo que me compraría un violín nuevo y me lo compró. Había escuchado atentamente las explicaciones de Teresa, había ido a verla, para mi sorpresa y la de Clara. Y yo, que pasaba tanta vergüenza delante de la maestra por no tener padres, aquella vez me sentí bien, sentí que podía decirle, ¿lo ves?, sí que tengo padre. De hecho, había cambiado a una madre invisible por un padre que se hacía notar.

Al principio dio igual que estuviera papá. Sentía la ausencia de mi madre como una quemazón en el estómago que no se me curaba con nada, esperaba siempre que apareciera por la puerta la mujer que ni siquiera me miraba, que me daba órdenes desde lo alto de sus tacones de aguja, que no me permitía tocarla ni abrazarla, esperaba poder hacerla rabiarse de algún modo para que viniera y me pegara y así tener aquella sensación de placer que no podía encontrar en ninguna otra parte ni de ninguna otra manera.

La primera noche, cuando mi madre se fue, cuando regresé de pasar la tarde en el estanque del parque, me encerré en mi cuarto. No cené porque sentía que, si comía, lo que tragase me bajaría por un agujero sin fondo hasta llegar a los pies, que me crecerían de tanta comida sin digerir. Me tumbé en la cama y me puse a mirar el techo de la habitación, donde también había agua, porque la del parque se reflejaba en él y jugaba a columpiarse cuando tenía la ventana abierta. Después oscureció y oí cantar a los grillos. Continué mirando el techo sin más, con los ojos y el corazón secos. Y sin alma, porque se la había dado al estanque y seguramente, en ese momento, estarían comiéndosela los renacuajos. Entonces llegó Clara, abrió la puerta y se sentó a mi lado. Era una criada, pero solo la tenía a ella. La abracé y lloré.

A papá lo abrazaría tiempo después. Lo abrazaría y creería, tonta de mí, que había llegado el buen tiempo. A papá lo consideraría padre y madre al mismo tiempo y, durante años, me olvidaría de que no había estado durante catorce años y me haría la chica más feliz del mundo. Hasta que todo acabó de repente, porque no hay que fiarse nunca de lo que llega tarde.

En cambio, tenía la música, y aún la tengo. Y yo que quería dejar el violín, pero

Teresa me había ayudado a entenderlo de otra manera. Y eso que mamá me dijo que en el conservatorio no me prestarían atención. Cuánto se equivocaba, el primer día Teresa me preguntó por qué odiaba tanto el violín y me desconcertó que lo hubiera notado, que se hubiera fijado en que no soportaba tocarlo. Me encogí de hombros. Entonces me dijo, tienes que cogerlo como si fuera tu amor, así, y mientras decía así, me lo colocó suavemente en el hombro. Y ahora tienes que tocar a tu amor. Abrí los ojos como platos. Teresa bromeó, no pienses mal, tienes que tocarle la cara y los ojos y la boca para saber cómo es, porque eres ciega, cierra los ojos, así, muy bien, y ahora pasa el arco con un *la*, no, no, así no, así no lo tocas, así lo arañas, ya llegará la hora de arañarlo, pero de momento basta con tocar, tienes que conocerlo bien, así, muy bien. Teresa hablaba con voz suave y aterciopelada, una voz a juego con el sonido que emanaba del violín, un sonido que, ya el primer día, vi que no tenía nada que ver con el que me salía cuando tocaba con el profesor de la nariz aguileña. Si te duelen los dedos, descansa un rato, me dijo, no puede ser que sufras mientras tocas. Me miró a los ojos para decirme, mientras tocas, tienes que hacer música.

Y mira que es fácil hacer música. Con Teresa, después de tantos años tocando *en souffrant*, lo comprendí. Había otro camino para llegar al mismo sitio, adónde vas tan nerviosa, cálmate, relájate, así nunca tocarás nada.

Teresa me decía palabras mágicas, Teresa me enseñaba a tocar, Teresa me enseñaba a imaginar, Teresa me lo enseñaba todo. Después, cuando di el cambio de mamá a papá, debió de notar algo porque me dijo como quien no quiere la cosa que dentro de la música uno podía abstraerse de todo lo que pasaba fuera, y eso no me lo habían dicho nunca. La verdad es que yo no conseguía abstraerme de nada, pero sí que me tranquilizaba en cuanto pasaba el arco por encima de un instrumento que cada día me tomaba más como una prolongación de mí misma, como si fuera una protuberancia que me hubiera nacido y que hiciera un poco de magia. Después, cuando papá habló con Teresa y me compró un violín nuevo, noté que la vida comenzaba a suavizarse.

Papá siempre estaba en casa cuando volvía de la escuela y me preguntaba si tenía muchos deberes y me ayudaba a hacer los del día siguiente. Me preguntaba si tenía problemas y me ayudaba a solucionarlos. Bueno, al principio no se los contaba, pero luego sí. Y entonces me preguntó si quería viajar por Europa en verano y le dije que sí, y nos pasamos un mes viajando y fue la mejor época de mi vida, a pesar de que dejé el violín en casa. Pero no lo eché nada de menos. Y, de regreso, en el avión, pensé que quizá me hubiese equivocado y que tal vez los renacuajos del estanque no se me habían comido el alma.

Tenía dieciséis años el día que abracé a papá. Él nunca lo forzó, notaba que yo estaba siempre a la defensiva, que no quería acercarme porque no quería que volviera a pasarme lo que me había pasado con mi madre, porque por dentro pensaba que las personas a las que queremos abrazar, un día u otro se escapan, y no habría soportado quedarme sin él si le había abrazado. Y el día que lo hice, me devolvió el abrazo y me

di cuenta de que lloraba y de que me decía, pequeña, cuando venía no te miraba a la cara porque, de haberlo hecho, no habría podido irme sin llevarte conmigo. Y tu madre no me lo permitía.

Mi padre lloraba y yo también, el mundo era amable, la vida, diferente. Todo cambiaba, la felicidad llegó y duró hasta que cumplí dieciocho años. Había terminado el colegio y, con Teresa, había alcanzado los últimos cursos de los estudios de violín con excelencia. Con pequeños contratiempos, la vida era perfecta. Clara se había casado y, en su lugar, había una chica que se pasaba el día en casa pero luego se iba a la suya, a vivir, a dormir. Por la noche solo quedábamos mi padre y yo y éramos felices.

Fuimos felices hasta que fuimos al Palau de la Música a un concierto y allí nos encontramos con Teresa.

María

Cuando la señora Teresa vino a casa, yo no la tenía por señora porque ya la había visto en el parque hacía años y le había visto unas maneras muy distintas a las de ahora, entonces no era violinista ni música ni nada, entonces cuidaba niños, lo de la afición por el violín debió de darle de mayor porque en aquel tiempo era una chica joven, pero cuando se presentó en casa con el señor Karl, me dije, esta es aquella, es la misma. No iba vestida igual que antes ni nada por el estilo, pero enseguida me dije, esta es de las que han fregado suelos como yo y han limpiado el polvo como yo. Y, en cierto modo, el hecho de ver que Teresa se había transformado en señora de aquella manera me daba ánimos y me permitía pensar que quizá yo también podía transformarme en música, al fin y al cabo, no debía de haber tanta diferencia, ella tendría cerca de veinte años cuando la veía de niñera y yo había empezado con las escalas más o menos a la misma edad. En Teresa me había fijado porque se le escapaban los niños y yo, que por entonces cruzaba el parque todos los días a la misma hora de la tarde más o menos, me había dado cuenta de que no sabía cómo perseguirlos porque eran dos y no daba abasto. Me sentía muy mala porque me daba por reír, me parecía divertido, pobre chica, no sabía llamarlos al orden, pero a mí que no me metieran porque yo tampoco habría sabido, no habría sabido cómo hacerlo de forma que los viese a los dos, eso de los niños no es para mí, por eso me había apresurado a servir en una casa donde vivía un señor solo que no tenía pinta de querer casarse. El caso es que todos los días la veía igual y me hacía reír porque no era ninguna maldad, porque se veía que los niños simplemente jugaban a esconderse un rato y sin hacerse daño ni nada, solo la volvían loca y ella intentaba atraparlos y entonces yo pensaba, qué manos tan blancas y qué dedos tan largos, eso sí que lo pensé, que irían bien para tocar el piano, porque como por entonces intentaba tocar el piano miraba las manos de todo el mundo para compararlas con las mías y a continuación me preguntaba si las tenía lo bastante largas.

Teresa, la señora Teresa, vino a casa después de que se instalara el señor Mark. De hecho el señor Mark, cuando vino, se instaló a temporadas porque él también empezó a viajar por el mundo, el señor Mark antes de dirigir tocaba el violonchelo, que me dejó extasiada la primera vez que lo escuché y pensé que era mucho más profundo que el violín y mucho más gordo, el violín era el hijo y el violonchelo era el padre y, si el violín llegaba a todos los rincones de la casa, el sonido del violonchelo los llenaba todos.

Pero quién se acuerda del violonchelo. Quién se acuerda de tantas cosas pasadas, de aquellos duetos entre los dos, padre e hijo, de aquellas largas tardes de música en que los dos discutían sobre cómo había que interpretar una partitura, y quién se acuerda también de tantas mujeres.

Querría no tener que decirlo, pero aquello de llegar hasta el fondo con la música que me había explicado el señor Karl por lo visto tenía que ser así. Al fondo se

llegaba en el sofá. Cuando una mujer entraba a tocar con él, yo ya sabía cómo acabaría, si no el primer día, el segundo. Ensayaban lo que fuera, tocaban, pasaban largos ratos, a veces horas, y después hablaban y reían y a continuación tocaba sofá. Y yo no podía evitarlo y miraba por el agujero de la cerradura fingiendo que limpiaba a Beethoven, susurrándole algún *gut'n tag*. Por el sofá pasaron casi todas las mujeres que tocaron con él, si venían solas, claro está. Alguna se resistía, pero muy pocas, y se resistían entre risas y luego ya no volvían más. Pero en general, eran todas como él, querían hacer música hasta el fondo.

Se está bien en esta butaca, escuchando música. Me dormiría. La señora Teresa emociona con el violín. La señora Anna no, nada. Ya le había dicho el señor Karl que no tenía alma.

Un buen día dejé de mirar por el agujero de la cerradura cuando terminaba todo lo que era estrictamente música. En cambio, me gustaba escuchar las conversaciones de música que mantenían el señor y sus músicos hombres o mujeres. Intentaba impregnarme de aquellas palabras para poder llegar yo también a tocar algún día como ellos. Después de conocer a la señora Teresa y escucharla tocar, me convencí de que yo, con el tiempo, podía llegar a hablar con toda aquella gente que conversaba de cosas que a mí empezaban a sonarme, como por ejemplo la clave de *sol* y la clave de *fa* y las fusas y las anacrusas, que eran una cosa que le encantaba al señor para referirse a donde teníamos que retomar la partitura. Ya empezaba a tocar y el señor me regaló un libro de canciones de su país, son fáciles, me dijo, y muy bonitas, ya verá como le gustará tocarlas. Y me emocioné tanto cuando me vi con aquel libro en las manos que no sabía cómo cogerlo. Estaba lleno de notas, pero lo mejor de todo era que las entendía. Que las entendía y que me veía capaz de tocarlas. Puedo ensayar cuando usted no esté, si tengo un rato, dije, señalando el violín con la cabeza. Hasta entonces nunca lo había hecho, no me atrevía a coger el violín si él no estaba. El señor sonrió, es lo que espero de usted, María.

Y así fue. Me puse a ensayar aquellas canciones en el silencio de aquella casa cuando no había nadie. Eran canciones tristes, que hacían llorar, me recordaban un poco a las mías de la *Linda paloma mía* y todas esas que también hacían llorar. Y, en cuanto aprendí un par, las tocaba cerrando los ojos e imaginándome delante de un auditorio como el que mañana habrá aquí, con estos focos que hoy iluminan a las señoras, al señor Mark y a toda la orquesta. Y me imaginaba que me aplaudían mucho. Pero lo mejor fue el primer día que me escuchó el señor Karl, cuando me presenté con la lección aprendida y me hizo algunas correcciones, pero antes se exclamó y vi que lo decía de corazón, qué bien afinado y qué delicado, María. Y me miró de una manera que, por un instante, solo por un instante, pensé que el señor quería hacer música hasta el fondo conmigo. Suerte que aquella mirada solo duró unos instantes y después se puso a corregirme y a explicarme cómo mejorar determinados pasajes, y ya tenía trabajo para la semana siguiente, aparte de barrer, fregar, lavar los platos y limpiar el polvo, claro, que yo siempre tenía mucho trabajo.

Entonces llegó lo mejor. Un día que estaba ensayando con un cantante y una pianista, me llamó. Entré en la sala y dije, el señor dirá. Me señaló el sofá, el sofá de las escenas que veía por el agujero de la cerradura. Y me dijo, siéntese, María, y escuche. Después, diga lo que le ha parecido con toda sinceridad. El cantante y la pianista me miraron sorprendidos, no se esperaban que una criada de uniforme les dijera lo que le parecía su música. Pero tenía que obedecer al señor y, además, no podía evitar sentirme muy orgullosa de lo que me habían pedido aunque, claro, también era un compromiso muy grande. Eso sí, me senté en una punta del sofá porque no me pareció bien acomodarme como si fuera una señora. Junté las manos con cuidado sobre el delantal. Las manos las tenía bien, hacía tiempo que me había comprado unos guantes de goma y me las cuidaba con cremas de esas que había visto que se compraban las señoras en la perfumería porque no quería que el señor volviera a darme lecciones con unas manos como las que tenía antes, sucias de lejía y de detergentes y estropeadas de la humedad. Así que las manos que descansaban sobre el delantal eran unas manos de esas que se pueden enseñar. Por lo demás, iba arreglada como siempre, con el pelo recogido y unos pendientes que me había comprado cuando había conseguido ahorrar lo suficiente.

El señor dirigió lo que tocaron los dos músicos después de la mirada de incredulidad que me lanzaron antes de empezar. Él cerraba los ojos y se colocaba como si fuera una gran orquesta. La pianista tocaba con una agilidad envidiable, moviéndose mucho, y el pelo, largo, le tapaba todo el rato la cara por los golpes que daba con la cabeza. El cantante, de voz aguda, la seguía como podía con bastante éxito. Tenía una voz bonita, pero algo había que aquello no sonaba como debía, sino que resultaba incluso desagradable escuchar. Lo reconocí enseguida, pero aguanté bien, como un pasmarote, hasta que el señor los mandó parar, se volvió y me dijo, María, invitándome a hablar. Muy bien, dije titubeante, pero no me atreví a añadir más. El señor me miró, impaciente, vamos María, déjese de cumplidos, qué le parece. Me vi perdida, tenía que hablar, pues es que el señor canta muy bien, sí, muy bien, verdad, pero parece que no llega a todas las notas. Yo me entendía y el señor también me entendió, pero el cantante se enfadó, pero qué dice, a qué se refiere y por qué le dice a... El señor lo cortó, se volvió y me guiñó el ojo mientras decía, gracias, María, ya puede retirarse. Me fui al instante. Después, claro, me quedé detrás de la puerta a mirar por el agujero de la cerradura lo que pasaba. Evidentemente, el cantante le decía al señor Karl que no podía ser que escuchara la opinión de una criada y que, además, no se entendía lo que quería decir. Entonces, el señor Karl respondió con tranquilidad, quería decir que estás cantando por debajo del tono, nada, cuestión de cromatismo, es muy sutil y quería asegurarme porque después de tanto rato ya no estaba seguro ni de lo que escuchaba. Venga, otra vez. El cantante no replicó y se puso a cantar otra vez con la pianista del pelo alborotado a la que no parecía molestarle repetir una y otra vez el mismo fragmento, porque mira que lo repitieron veces, y no hubo manera, todo el rato sonaba igual. No oyes que estás por debajo del

tono, preguntaba el señor Karl, y el otro respondía que no, que estaba perfectamente afinado, y al final se enfadaron los dos y lo dejaron para otro día.

Por la tarde el señor me dio las gracias y se disculpó por ponerme en aquel aprieto. Me ha ido muy bien, gracias, dijo. ¿Usted cree que este cantante afinará? No, no lo hará, es imposible, dijo, me lo recomendaron, pero no funciona, tendré que buscar a otro. Gracias, María. Aquel otro gracias significaba que podía retirarme. Ya veía yo que el señor estaba de mal humor y aturullado y que debía dejarlo en paz. Pero desde aquel día, a veces me llamaba para escuchar los ensayos y los músicos se quedaban de piedra al ver a una criada de uniforme sentada en la punta del sofá escuchando lo que tocaban. Eso sí, la mayoría de las veces, cuando acababan, decía, han tocado ustedes de maravilla. Porque era verdad.

Teresa

Anna, la misma Anna que ahora toca conmigo, la misma que me llena de odio cada vez que me mira, un odio que se huele, que se nota, que se percibe, un odio que le brilla en los ojos y que no puede evitar, un odio que pone en la música ahora que toca conmigo, pues esta misma Anna llegó a ser la mejor alumna que jamás haya tenido. Me di cuenta de que estaba especialmente dotada para la música aunque le faltaba algo, le faltaba poner en ello el corazón, o el alma, como diría Karl, el Karl que no supo encontrársela, porque he llegado a dudar que tuviera alma. Al principio parecía que sí y pensé que realmente podía convertirla en una violinista de primera línea, que podría serlo, tenía una agilidad excepcional y, en una violinista, eso es muy importante, hay pasajes muy rápidos que a un profesional le cuesta interpretar y resulta que ella era capaz de tocarlos cuando todavía estaba en cuarto curso del instrumento.

El día que vino con su padre, Maties, aquel día que Anna, todavía muy joven, no sabía dónde mirar porque venía siempre con la criada y después se había quedado sin madre y ahora resultaba que aparecía un padre a saber de dónde, si aparentemente nunca se había interesado por la cría, pues aquel día, el padre vino a preguntarme cuál era el mejor instrumento para su hija, cómo tenía que ser porque quería comprárselo. Y Anna venga a mirar, ahora al suelo, ahora a la ventana, y le dije, Anna, tocarás mejor con uno que sea para adultos, este se te ha quedado pequeño, lo decía para que nos mirase, pero ella no nos miraba, se la comía la inseguridad. El violín se le había quedado pequeño y no había habido forma de que la madre le comprara uno nuevo, bueno, es que a ella no le interesaba la música, me aclaró Maties y, en voz baja, añadió, pero uno de los pactos para que se quedara con la niña fue que estudiara violín porque yo, sabe, siempre había querido hacerlo, pero en casa no había medios para pagarme la música, bastante tenían con los estudios reglados, me refiero a la escuela, ya sabe.

Sí, ya lo sabía, qué me iba a contar a mí, yo tenía una madre sin recursos para nada y que había fregado escaleras como yo, ya me habría gustado saber si aquel señor también habría fregado para poder estudiar violín, si había tenido que correr tanto y robarse horas de sueño para poder llegar a todo y estudiar horas y horas, cada vez más horas, que era lo que me exigían el instrumento y la carrera, sin poder arreglar el violín hasta pasados varios años, no tenía dinero ni para pagar aquella tontería, iba apuradísima y mi madre cada vez se encontraba peor, estaba muy cansada y limpiaba muy despacio, tanto que al final la echaron, suerte que le quedó lo que nunca había dejado, la costura, así que ella cosía y yo tocaba y así íbamos tirando, eso sí, se me había acabado tocar en la playa, tocaba toda la mañana en casa, pero ya no desafinaba y no volvía locos a los vecinos si tenía que repetir una y otra vez los mismos pasajes que tenían que salirme perfectos, y a mi madre, con la máquina de coser, parecía que no le molestaba, y mira que me hacía pesada y además

era un día y el otro y el otro también, solo iba a la playa si se me hacía tarde y tenía que repasar por la noche alguna cosa para el día siguiente.

No pudimos cambiar de casa, de barrio y de situación hasta que conseguí graduarme, hasta que fui violinista de verdad después de pasar por clases de instrumento y de armonía y de composición y de todas aquellas cosas que se hacían en aquel momento y que ahora se han multiplicado por mil. Entonces, el día que me gradué, salí a celebrarlo con mi madre y gastamos más de lo que podíamos permitirnos en la cena, nunca habíamos ido a un restaurante y aquel día fuimos, quisimos que nos sirvieran, que era lo que siempre hacíamos nosotras en las casas donde trabajábamos, al fin y al cabo, se había acabado buscar becas para mis clases, a partir de aquel momento se trataba de buscar a alguien que me pagara a mí.

En el primer movimiento, Anna intenta ganarme como sea, pero ahora que hemos comenzado el segundo, gano yo. En el segundo, en este *largo ma non tanto*, lento y arrastrado, es donde hay que tener alma y es donde mi mirada se atreve a sostener la suya, pero Anna cierra los ojos y se le forma esa arruga entre las cejas que le he visto toda la vida, una arruga que ayudé a crear. Y mira que la quise, me daba pena, era una criatura desgraciada a la que nunca habían querido, aunque parecía que su padre quería cambiar la situación. Anna era al revés que yo, bañada en oro y sin amor, pero yo, puestos a elegir, me quedaba con mi vida, la del amor sin el oro.

Encontré trabajo enseguida, en el conservatorio buscaban profesores nuevos, eran tiempos de cambios, cayó el régimen del dictador, todo cambiaba y todos protestaban por todo, y yo solo quería un empleo. Lo conseguí y ya no me moví de allí hasta que tuve que pedir una excedencia para salir de gira con Karl. Después empezaron a pedirme que tocara con diversos directores. Mi vida volvió a dar un giro con el cambio de siglo. Todo son cambios, como el de este Berlín de Karl, que pese a todo sigue atravesado por unas cuantas cicatrices, rastros de un muro que separó a las personas sin ningún criterio, solo porque unas vivían aquí y otras allí tenían prohibido pasar al otro lado. Mark lo sabe muy bien, Mark también tiene esa cicatriz, en los ojos. Y Karl también la tenía.

Mi madre, en los ojos, la última vez que los vi, tenía generosidad. Ahora que vivimos bien, dijo, resignada. Fueron sus últimas palabras, y tenía razón, ya vivíamos en el piso nuevo, hacía años que era profesora y tal vez uno que tenía a Anna de alumna. Falté dos días a clase y, a la vuelta, les conté lo ocurrido a los estudiantes y todos me dieron el pésame, pero Anna no, Anna no dijo nada. La miré y me di cuenta de que tenía una mirada hostil, que me recriminaba que no hubiera ido a clase, que hubiera faltado a mi cita de maestra-alumna con ella, que no le parecía correcto que no hubiera acudido. La verdad es que en aquel momento me extrañó, pero después no le di importancia y lo olvidé cuando la vida volvió a la normalidad y nuestra relación maestra-alumna, también.

Sin embargo aquella mirada reapareció cuando Maties y yo empezamos a salir. Nos habíamos encontrado un día los tres en el Palau de la Música y allí comenzó

todo, estuvimos charlando, habían pasado años y Anna llevaba los estudios muy avanzados, era una chica que, poco a poco, había ido conociendo la alegría y la sensibilidad al lado de su padre, había cambiado mucho y, también musicalmente, había evolucionado mucho, se había soltado y había conseguido dar lo que hay que dar para hacer música, música de verdad.

Pero duró poco porque entonces todo acabó. Salimos a cenar los tres juntos y Anna parecía contenta, pero después Maties y yo intercambiamos números de teléfono y eso ya no le gustó tanto. Cuando se dio cuenta de que entre nosotros había nacido algo especial, volvió a cambiar y, de pronto, vi en ella a la niña que me recibió con hostilidad el día que volví a dar clases después de enterrar a mi madre. Aquel día Anna tenía miedo de quedarse sin la única persona que se preocupaba por ella. Y entonces, con Maties, pensó que le arrancaba a su padre de su lado.

Quizá deberíamos dejarlo, le dije un día a Maties con tristeza, cuando me pareció que la situación era insostenible. Ni hablar, ya lo entenderá, tiene que entenderlo, me replicó. Al fin y al cabo tenía razón, no podía ser que una chica que ya era mayor de edad condicionara de aquella manera la vida de su padre. Pero a mí me dolía y, de repente, todo lo que Anna había dado a la música y al violín, dejó de darlo. Como si todo estuviera entrelazado, su personalidad, su estado de ánimo y, sobre todo, de alma. De repente dejó de tener alma otra vez y ya podía darle indicaciones, que no había forma de que volviese a ser la Anna de antes, la Anna de los últimos cuatro años. Intenté hablar con ella, le pregunté si le molestaba que su padre y yo nos viéramos. Me contestó que era nuestra vida y que no se metería evitando mirarme, y me pidió que volviéramos a la música, siempre tenía poco tiempo, siempre iba con prisas, siempre tenía que marcharse.

La relación con Maties fue fortaleciéndose a medida que la relación con Anna se desmoronaba. Cuando iba a su casa, Anna nunca estaba o desaparecía en cuanto me oía. Se había vuelto invisible. Entonces me comunicaron en el conservatorio que había pedido cambiar de profesor. Me quedé de piedra.

E hice lo que no había hecho jamás, pero era el último intento de conseguir ponerla de mi parte, de conseguir que me tuviera un mínimo de simpatía. Por el bien de los tres, le regalé mi Stainer. Anna lo había visto en más de una ocasión y yo sabía que me lo envidiaba. Nunca le había contado de dónde lo había sacado, normalmente daba clase con otro violín y aquel solo lo llevaba de vez en cuando. Y se lo regalé. Pensé que así lo arreglaría, que merecía la pena desprenderse de una joya como aquella para ganarse a una persona que necesitaba hacerme mía. También pensé que las cosas con Maties iban adelante y que al final seguramente acabaríamos viviendo en la misma casa, seríamos familia y el violín permanecería cerca de mí. No sé qué pensé, pero el caso es que se lo regalé.

Aquel día que perdí la cabeza, también perdí lo que me salvó la vida cuando tenía siete años. Y no gané nada, salvo las gracias y una sonrisa irónica. En la última clase, le puse suavemente el instrumento en las manos. Como era un violín mágico, pensé

que conseguiría que Anna encontrase el alma en la música. Pero no fue así, en sus manos, el Stainer se convirtió en un instrumento para tocar, solo eso, ya no hacía música mágica, se desprendió de la aureola encantada que había visto en el vertedero. Eso sí, Anna no lo rechazó, se lo llevó inmediatamente. Y yo me quedé sin Anna, sin violín y, a los pocos años, también sin Maties.

Ahora Anna me pasa el Stainer por delante de las narices siempre que tiene ocasión y yo estoy convencida de que nunca más encontraré otro igual. Fui una imbécil al regalárselo. Pero, eso sí, con Stainer o sin él, Anna lo que no tiene es la música. Y yo sí.

Anna

Este segundo movimiento es para las personas pánfilas y sentimentales como Teresa. Me parece demasiado fácil. De acuerdo, es muy bonito, pero a Teresa eso le hace perder el sentido, se le nota, si parece que vaya a echarse a llorar en cualquier momento. Aquí no la miro, ya volveré a mirarla después, en el último movimiento, cuando vuelvan las prisas, cuando pueda volver a volar y ella se limite a dar saltitos intentando atraparme. No entiendo qué le veía Karl, no entiendo qué le ven tantos directores. Tocar el violín es como una carrera de velocidad desde los tiempos de Vivaldi y el que no se lo crea es que no está hecho para este instrumento.

Teresa no estaba hecha para papá y papá no estaba hecho para Teresa. Por eso su unión acabó así, de pronto. Las cosas que no funcionan se acaban, está claro. Y a veces, las que funcionan, también, porque lo que sí funcionaba era la unión entre mi padre y yo. Durante una época cándida, durante una parte de mi vida, durante unos años, fue como si yo no fuese yo porque vivía en una nube, era como si el cielo se hubiera abierto solo para mí después de tanto tiempo viviendo sin madre y sin nada, sin nadie, solo con Clara. Papá me había contado con lágrimas en los ojos que no había podido cuidar de mí, que mamá le había dicho o tú o yo y que no quería ni que me viera. Y, como ya me había dicho otras veces, él lo prefería así, no verme, porque entonces no habría soportado dejarme con ella. Me lo había repetido tanto y me había pedido perdón tantas veces que al final un día me brotó un chorro de agua de dentro, un trago que me subió garganta arriba sin poder pararlo. Y me deshice en lágrimas, y fue cuando me abracé a él y le dije que con mamá nunca había podido hacerlo. No sé por qué me enamoré, me contó, si no estaba bien de la cabeza, si no hacía más que ir de fiesta en fiesta y de amante en amante. Yo fui uno más, pero quise pensar que no, durante un tiempo me lo creí. Y volvió a mirarme con los ojos llorosos y me dijo, perdóname, por favor.

Aquella época se parecía al primer movimiento de este concierto, una sensación de alegría me recorría el cuerpo todos los días al despertar y me hacía ir al colegio y a violín y a armonía con una sonrisa en los labios, una sonrisa que nunca había tenido. Caramba, decía Teresa, tienes una sonrisa muy bonita. Tienes una sonrisa preciosa.

Mañana, sin falta, tengo que ver el Spree. Quizá mi alma haya venido a parar aquí. Hace diez años me pareció ver que se me escapaba en este mismo río. Mark dice que no tiene tiempo para nada, siempre ensaya, es lo que tiene ser director. Y yo no puedo evitar que el agua me absorba como no me absorbe nada más, nada en absoluto, solo la sensación de vértigo que me embarga cuando toco a los barrocos tan rápido, no puedo resistirme. Pero, por lo demás, nada me absorbe como el agua y dondequiera que voy, si hay agua, tengo que ir a verla, es como una visita de cortesía a mi alma porque la siento, noto que está allí y pienso, quizá hoy regrese conmigo, y entonces la saludo y le digo, hola, cómo estás, guapa, y ella, la muy pícara, calla, se vuelve silenciosa y no me permite saber dónde está exactamente para que no pueda

llevármela en un despiste. Y mientras la busco me molesta mucho que se acerque alguien a jugar con el agua, con la misma agua, que tire piedritas o se entretenga con un barco de juguete, es solo mía, vete a jugar con la tuya, si es que tienes. Pero no puedo decir nada, alguna vez me he topado con gente que me miraba extrañada porque sin darme cuenta me he pasado diez minutos con la vista en el mismo punto del estanque, el río o el lago. Del mar no, al mar no voy, ese ir y venir de las olas me aturde, y seguro que mi alma no está en el mar.

El caso es que necesito encontrarla porque sin alma no se puede vivir.

El día que me di cuenta de que entre Teresa y papá había algo se me cayó el mundo encima. Me habría gustado ir por Teresa y gritarle que papá era mío, que se fuera con su Stainer, que desapareciera para no volver nunca más. No podía soportar aquella mirada entre tierna y compasiva, es decir, durante unos años Teresa fue un consuelo, no digo que no, no era solo la profesora de violín, era un punto de apoyo y aunque nunca hablamos demasiado rato de cosas que no tuvieran que ver con el violín, yo sabía que era su alumna predilecta e incluso creía que me quería.

Y entonces, cuando me quitó a papá, se mostró tal cual era. Empezaron a quedar, empezaron a verse dentro y fuera de casa y no quise saber nada más, estaba al tanto de cuando venía a casa y me iba antes de que llegara. De repente papá ya no me prestaba la atención de antes, no estaba, desaparecía fines de semana enteros y, al volver, estaba pendiente de las citas con Teresa y del teléfono, y suerte que todavía no existían las redes sociales porque, si no, se habría pasado las noches chateando como los adolescentes de ahora. Y cuando estaba conmigo, parecía vivir en otro mundo y a veces se despistaba cuando le hablaba y me daba cuenta de que no me escuchaba.

Se me cayó el mundo encima, sí. Le había dado lo que no le había dado a nadie y él lo había aceptado y me había hecho creer que también me lo daba todo. Y resulta que no, que no me había dado nada, solo me había tomado el pelo. Me sentía como si me hubiera desgarrado por la mitad, mi padre se había quedado conmigo mientras no había tenido a nadie, pero ahora que había encontrado a Teresa yo ya no le importaba, no era más que una molestia que se veía obligado a aguantar, estaba clarísimo.

Me pasaba los días tocando el violín y contemplando el estanque. Me pasaba horas mirando fijamente el estanque. Y pedí que me cambiaran de profesora en el conservatorio porque no soportaba acercarme a Teresa y no soportaba que me corrigiera ni que me dijera lo que tenía que hacer. Lo que me gustaba era darle la espalda cuando fingía que le interesaba y ponía aquella cara de pena, de dar lástima, como si no pudiera vivir sin aquella sonrisa mía que tanto le había gustado en el pasado. Disfrutaba haciéndola sufrir, su sufrimiento era la única satisfacción que tenía y me encantaba pensar que Teresa, en cuanto se quedaba sola, se echaba a llorar. Tanto la desesperé que, el último día que di clase con ella, me regaló el Stainer, el que desde entonces le paseo cuanto puedo por delante de las narices. Huelga decir que fue la confirmación de mi victoria sobre el enemigo. Me preocupé de no decirle nada salvo un educado gracias. Había vencido del todo, la había dejado sin nada, solo con

papá, eso sí, no tenía manera de arrancárselo y pensaba, si tanto me quieres, por qué no le dejas, ¿no te das cuenta de que me has quitado lo único que tenía? Pero no, Teresa no se daba cuenta de nada, lo daba todo menos lo único que realmente quería, mi padre.

Al cabo de un tiempo, cuando yo ya no veía a Teresa, papá reaccionó. Me refiero a que se le pasó la pasión inicial por aquella mujer y se acordó de mi existencia. Me pidió que me sentara y habló conmigo. Me dijo que me notaba rara, que creía que no aprobaba la relación con Teresa y quería saber el porqué, pensaba que me llevaba bien con mi exprofesora. Primero intenté salirme por la tangente, le di respuestas evasivas. Pero después, como insistía, estallé y acabé gritando y llorando, le dije que no me hacía caso, que no me escuchaba, que no me prestaba atención, que solo hablaba de ella y que solo quería estar con ella. Lo dije todo de golpe, del tirón, y creo que se quedó un poco pasmado. Tal vez no se lo esperaba. Se me acercó, me dijo algo así como que una cosa no quitaba la otra, que me quería mucho, y me abrazó como antes. Me moría por un abrazo suyo, pero no quería que me abrazara porque, si lo hacía, me desharía en lágrimas entre sus brazos y él me consolaría y al día siguiente regresaría con Teresa y volveríamos a lo mismo y me habría hecho daño, porque estas cosas duelen mucho y a veces parece que nadie lo ve. De modo que le pedí que me dejara en paz y me fui dejándolo boquiabierto.

Cada vez que miro a la criada, allí sentada, en el patio de butacas, tengo la impresión de que me agujerea el cerebro. Y eso que es solo una criada que, encima, se muere de vieja, pero no sé qué tiene que cuando me mira me pone nerviosa.

Papá se mantuvo alejado un par de días. Al final, al tercer día, se me acercó con unos billetes de avión en la mano y los ojos brillantes. Mira, me dijo, salimos de viaje los dos solos toda una semana, qué te parece. Entonces la sorpresa me la llevé yo, no me lo esperaba. Era una propuesta muy tentadora, tenía la posibilidad de disfrutar de mi padre una semana para mí sola. Por otro lado, si aceptaba, a la vuelta volvería a sufrir, volveríamos a empezar, yo ya no me fiaba de él ni de nadie. Adónde, pregunté para ganar tiempo y pensar. A Montecarlo. ¿Ves?, tengo los billetes, alquilaremos un coche cuando lleguemos, qué te parece.

Fuimos. Me dominaba una mezcla de sentimientos contradictorios como el odio y el amor desesperado que empezaban y terminaban en aquel hombre que lo era todo para mí. No era como antes ni mucho menos, pero podría haberlo sido con el tiempo, si hubiéramos continuado así, él se mostraba tierno y afectuoso conmigo y no vi que telefonara a Teresa ni una sola vez.

Pero no me fiaba y sabía perfectamente que aquello acabaría al volver a Barcelona. Papá solo quería arreglar las cosas conmigo seguramente para acallar su conciencia. Y volvería a quedarme sola. Y ya no podría soportar quedarme sola. La vida había acabado para mí, nada me llenaba, ni siquiera el violín y los pasajes vertiginosos de Vivaldi, Bach, Veracini. Todo había acabado, todo.

Una noche de esa semana, en el casino, bebí más de la cuenta a propósito. Papá

no se fijó, estaba entretenido jugando. Cuando salimos le pedí con aparente serenidad que me dejara conducir hasta el hotel. Acababa de sacarme el carné y siempre le pedía el coche para practicar, de modo que no le extrañó. Se sentó a mi lado y se puso a charlar del juego, sobre cómo le había ido. Pisé el acelerador. Recuerdo que me advirtió en contra del exceso de velocidad en una carretera de curvas que bordeaba el mar. También recuerdo que me quería lanzar por el acantilado y que los dos muriésemos ahogados en el mar, que mi padre no pudiera volver nunca más con Teresa. Y basta, no recuerdo más.

Mark

Tercer movimiento. Miro a la orquesta y miro a mis violinistas. Con Anna tengo una compenetración total. Sé que a Teresa le pasaba con mi padre. Él siempre mantenía las distancias excepto si se trataba de música. Creo que, para él, cada concierto o cada ópera era como una historia de amor con su instrumentista solista o con su cantante protagonista. Trabajaba a gusto con mujeres, resultaba curioso ver cómo conseguía que una obra sonara mejor cuando colaboraba con mujeres.

A veces me pregunto si tocó a María, me refiero a si intentó liarse con ella. No creo que mi padre fuera así y ahora me resulta imposible imaginarlo, con mi padre muerto y esta mujer tan mayor que no sé si sobrevivirá al viaje de vuelta y encima sola, porque se ha obcecado en viajar por su cuenta, por lo visto tiene familia aquí aunque no se ha presentado nadie. Le dará vergüenza, le parecerá que no tienen nada que ver con nosotros.

María y mi padre estuvieron muchos años juntos y solos en aquella casa, hasta que llegué yo. Quizá hubo algo entre ellos, no lo sé. En cualquier caso, cuando llegué a Barcelona, suerte tuve de que estuviese María para las cosas del día a día porque, si es por mi padre, que siempre estaba en las nubes, me habrían dado por todos lados en aquella ciudad desconocida, cosmopolita y plagada de peligros para un hombre como yo, acostumbrado a una rutina que incluía por el mismo precio la seguridad y la tranquilidad de saber que todo estaba en orden. Porque eso sí, al otro lado del muro no sufrías por nada, no se daban situaciones complicadas ni diferentes, todo era siempre igual, era como un viaje *tout compris*, siempre tenía para comer y ropa que ponerme. Si quería elegir la comida o la ropa ya era otro cantar, eso sí que era complicado. Un primo de mi madre que vivía en Berlín oeste de vez en cuando conseguía mandarnos alguna prenda como las que veíamos en la televisión. A mí me daba igual vestirme de un modo o de otro, pero alegraba a mi madre. Y también estaba el televisor, el televisor en color que nos trajo el mismo primo por Navidad, uno de mis últimos años allí. Teníamos a los vecinos estupefactos y muertos de envidia.

Es curioso porque ahora estoy en Berlín y, en cambio, cuando pienso en la ciudad de mi juventud pienso en otra ciudad, cuando, en realidad, está aquí mismo, al otro lado de un muro que ya no existe. Allí, en la Staatsoper ahora en obras, había actuado en conciertos de juventud, conservo recuerdos de un patio de butacas lleno de militares en las primeras filas. Pero es que este lugar ya no es aquel, no tiene nada que ver.

Dónde va con eso, señor Mark, me reñía María porque llevaba un radiocasete en la mano, se lo van a robar, si anda por los barrios más conflictivos de la ciudad lo atracarán. Yo me sorprendía y ella se apresuraba a darme una bolsa para meter el aparato. Después, cuando no venía el autobús, no sabía lo que tenía que hacer y llegaba tarde a los ensayos, pero es que en el Este, cuando no venía el autobús, todo

el mundo llegaba tarde a todas partes y, en Barcelona, cuando explicaba que había llegado tarde porque no venía el autobús me reñían por no haber cogido un taxi y yo les contestaba que no se me había ocurrido. Un día me atracaron y otro me robaron en plena Rambla mientras contemplaba la actuación de unos malabaristas. Es usted un poco ingenuo, se reía María, está usted en la higuera, parece una criatura que no sabe por dónde navega, señor Mark.

No me llame señor Mark, por favor, le suplicaba por enésima vez. Ay, sí, respondía ella dándose un golpecito en la cabeza, es la costumbre, Mark. Entonces, cuando ella volvía a equivocarse, le decía, sí, señora María, y así caía en la cuenta de que había vuelto a colársele el *señor* delante.

María se las apañaba para mantener la casa limpia y ordenada, siempre a su gusto, claro, porque mi padre, para los temas domésticos, era como si no existiera. Pero María era algo más, no sé qué, tenía una sensibilidad especial que después no he sabido identificar con exactitud. Será la misma sensibilidad que la lleva a permanecer sentada en medio del patio de butacas con una atención casi sagrada. María es una mujer especial.

Teresa

Cada vez que miro los ojos de Anna recuerdo su mirada y sus últimas palabras en el hospital. Me afectó tan profundamente que tardé mucho tiempo en recuperarme.

Siempre tardamos en recuperarnos de lo que nos hiere de verdad. Y yo no estaba preparada para aquello. Cuando me telefonearon para informarme, creí que el mundo se iba al garete. El modo en que lo hicieron, lamentamos comunicarle las malas noticias, por lo visto Maties llevaba mi teléfono en algún lugar muy visible, la chica está muy grave y él no se ha salvado. Te dicen, no se ha salvado, y no sabes dónde meterte. Preguntas qué ha ocurrido y te contestan que han sufrido un accidente, que no se cayeron al mar de milagro porque debajo quedaba un poco de playa y que de momento han conseguido salvar a la chica, porque se curan en salud, no quieren dar nada por hecho, no sea que también la chica termine por desaparecer del mundo de los vivos cuando te habían dicho que se salvaría. Que conducía ella, que iba bebida. Y entonces piensas, pobre chica, con tantos conflictos internos, no te extrañas, qué sé yo lo que piensas mientras coges la chaqueta y sales volando de casa en dirección al hospital. La chica tiene madre, me preguntan. Sí, pero la abandonó, se marchó, explicas sin saber si hablas de más. Y piensas que ahora te tocará ejercer de madre.

Con el dolor en el corazón por el amor perdido de manera tan trágica, me presenté en el hospital. Anna estaba en la UCI, hay horarios de visita, me dijeron, y si no es familia... No tiene a nadie más, expliqué algo seca, salvo las criadas, y su padre y yo teníamos una relación. Ah, bien. Entonces bajaron la voz para añadir, lo siento mucho, se referían a Maties, y me enternecí por dentro y sentí que flotaba en un mar de lágrimas, luego me acompañaron hasta la cama monitorizada donde yacía inconsciente, rodeada de enfermeras y medidas de seguridad por si le fallaba el corazón o algún otro órgano y tenían que actuar de prisa. Tiene diez minutos, me dijeron, y le cogí la mano, ella no abrió los ojos el primer día, los abrió después, pero no podía hablar, tenía tubos por todos lados, también en la boca, y solo se le escapaban las lágrimas porque ningún invento hospitalario se lo impedía. Yo le decía, no llores, y le daba la mano y notaba que ella apretaba, así que creía que las cosas cambiarían entre nosotras, tristemente, a cambio de la muerte del hombre al que más queríamos las dos.

La idea del viaje de padre e hija había sido mía. Creo que tiene la impresión de que ya no te interesa, le había dicho a Maties, preocupado por la actitud de su hija. Y había continuado, a lo mejor es buena ida que paséis unos días juntos en algún sitio, así vería que no ha cambiado nada y que la quieres igual que antes. A Maties le pareció bien y se fueron juntos. No sé cómo les fue, le dije que no hacía falta que telefoneara, que mejor que no nos viera hablando, que mejor que lo tuviera solo para ella. Y esperé, confiada en que todo se arreglaría.

Nos confiamos demasiado. Ha pasado el tiempo y Anna no ha cambiado. Afortunadamente yo sí. Ahora es adulta, tiene a Mark y no necesita nada más. Tal vez

al final haya encontrado lo que buscaba.

Allí, en la UCI, yo le secaba las lágrimas con la punta del pañuelo, con la punta del pañuelo que quedaba seca después de secarme yo mis lágrimas por haber perdido al amor de mi vida, había flirteado con algún compañero profesor, pero nunca había pasado de ahí, de flirteo. Y ahora que había encontrado a Maties, lo perdía. Mientras pasaba las horas muertas en el pasillo del hospital esperando a que tocaran en punto para entrar a ver a Anna, porque no quería saltarme ninguna visita, no quería que la chica estuviera sola pudiendo estar acompañada, me preguntaba cómo le diría que se había quedado sin padre el día que hubiera que contárselo. Yo lo haré, les dije a las enfermeras. Pero ahora no, respondieron, tiene que esperar a que esté en planta, ahora no conviene por su estado de salud. Obedecí, cuando estás en un hospital siempre obedeces a las enfermeras y así tienes la sensación de que alguien sabe de qué va la cosa y se preocupa por tu pena. Después, cuando estás fuera, echas de menos aquella amabilidad que, lo quieras o no, crea hábito, porque te sientes entre algodones, eso sí, rodeada siempre de aquel tufo a mezclas de farmacia que no hay forma de sacarse de la nariz pero que inexplicablemente también termina creando tal hábito que los primeros días se diría incluso que lo añoras.

Esperé a que Anna estuviera en planta. Lo de pasar a planta en un hospital es como pasar de curso, como obtener el graduado escolar, digamos, hala, ya puedes cursar bachillerato. No has terminado de estudiar, pero ya tienes el primer título para ir por el mundo y conseguir un trabajo o demostrar que sirves para algo.

El día que me dijeron que Anna estaba en planta me llevé un alegrón. Subí corriendo las escaleras, era una gran novedad, aunque ahora tocaba la peor parte, la de comunicarle la muerte de su padre. Entré en la habitación. Anna, un poco rota por todos lados y una vez superado el peligro de hemorragia interna que la había mantenido en la UCI todo ese tiempo, yacía en una cama blanca de una habitación doble. Ya no llevaba tubos, solo el suero que le infiltraban en vena mediante una aguja que le habían clavado en la mano. Y tenía una pierna en alto y un brazo escayolado. En la otra cama, otra chica también con la pierna escayolada hojeaba una revista.

Me acerqué a la cama de Anna dándole la espalda a la otra chica para tener algo de intimidad. Anna me miró como si no me hubiera visto nunca. Su mirada transmitía una mezcla de incredulidad y odio. Qué haces aquí, me preguntó. Me desconcertó un poco y al final respondí, he estado contigo en la UCI todo este tiempo, ¿no te acuerdas? No, contestó, seca. Primero me sorprendió, pero después caí en que en curas intensivas nadie se acuerda nunca de nada, a saber qué te meten en la sangre para que lo olvides todo. Entonces me armé de valor para decirle, tan delicadamente como supe y reprimiendo las lágrimas, Anna, tu padre no ha sobrevivido.

No fue aquella mirada, sino la de después, la que no olvidaría jamás. La primera, esta, la mirada de reacción a la información que acababa de darle, estaba vacía, no transmitía nada. Se quedó así unos instantes y luego giró la cabeza hacia el otro lado,

como si estuviese saturada de malas noticias y se hubiera hartado de todo. La toqué con suavidad mientras murmuraba su nombre. Fue entonces cuando saltó, cuando se giró de pronto, tan de repente como le permitieron el brazo y la pierna, y me escupió el veneno, vete, puta, no quiero verte nunca más. Y también fue entonces cuando me clavó aquella mirada cargada de todo el odio del mundo. Aquella mirada que no olvidaré jamás y que ha derivado en esta cara, una mirada entre hostil y burlona que nunca la abandona.

Me levanté y me marché con paso vacilante. Me sentía como si me hubieran disparado al corazón, a los pulmones, no podía respirar, me costaba coger aire.

Al día siguiente intenté volver, pero el médico me dijo que le había prohibido las visitas. Me quedó claro que, efectivamente, no quería verme más. Se había acabado y yo tenía que recuperarme como fuera.

Tenía que olvidar aquel adiós definitivo y taxativo, trágico y heridor de Anna, pero también tenía que olvidar a Maties. Los primeros tiempos fueron terribles, lo veía en todas partes, me lo encontraba en cada esquina, me imaginaba que lo veía por la calle y eso que tenía clarísimo que había muerto porque había tenido que organizar yo su entierro, no había nadie más puesto que Anna seguía en la UCI. Desprenderse de la presencia constante de una persona en tu vida es una prueba de una dureza aterradora, últimamente Maties estaba siempre a mi lado y, si no estaba, nos llamábamos y nos consultábamos los problemas y las inquietudes. Llevábamos un año juntos y, de no haber sido por Anna, seguro que estaríamos conviviendo. Y siempre que veía a Maties en mi cabeza, al lado veía a Anna mirándome de aquel modo y diciéndome, vete, puta. Durante los primeros días, eso me dolía más que haber perdido a Maties, la chica sabía exactamente dónde tirar el dardo y con qué fuerza para herirme profundamente y para siempre.

Así pues olvidarlo todo fue un proceso largo y muy difícil. A decir verdad, no he olvidado nada, pero al menos después del primer año comencé a poder mirar al futuro y pensar que tenía que salir adelante sola. En cambio, al principio no había manera de caminar sin arrastrar conmigo una herida que se mantenía abierta, que se abría de nuevo con cada movimiento y que dolía muchísimo. Mezclaba la imagen de Maties con la de Anna, me decía que algún día, con el tiempo, volvería a hablar con ella porque no podía soportar creer que todo había terminado de aquel modo. A veces, en mitad de clase, dejaba al alumno solo y, con la excusa del lavabo, salía a llorar porque no aguantaba más. Después el alumno o la alumna me miraba con una cara de lástima que lo decía todo, es decir, que sabían perfectamente que había salido a desahogarme en un mar de lágrimas.

Después decidí olvidar el problema con Anna. No podía hacer nada, era un tema perdido para siempre y tenía que entender que se había acabado. Y creo que lo entendí. Las heridas empezaron a sanar. Todavía tardé mucho tiempo en encontrarme bien del todo, pero aprendí a mirar adelante, a ver lo que tenía al lado y a escuchar a los pájaros, a oler las flores, a tocar música otra vez, pero música de verdad. Me

propusieron formar parte de un cuarteto con unos compañeros del conservatorio y acepté. Empezamos a dar conciertos por Cataluña y después, alguno fuera. Estuvimos así unos años, lo pasamos bien, y fue una medicina bastante definitiva para el dolor. Entre eso y las clases, volví a ser yo. No volví a ver a Anna, imagino que me evitaba, que pedía tener clase en horas en que estuviese segura de que yo no estaba. Y, de todos modos, Anna estaba a punto de acabar los estudios, suponiendo, claro, que los hubiera continuado después del accidente.

Y al cabo de unos años, me llamó Karl. Llamó un día al conservatorio y dijo que quería hablar conmigo. Le devolví la llamada y, en aquel catalán con acento tan germánico, me explicó que me había escuchado en un par de conciertos y le gustaba mucho cómo tocaba. Que, si me interesaba, podíamos hacer una prueba para diversas piezas que preparaban para una serie de conciertos. No era la gira del doble concierto de Bach, todavía no, pero claro, respondí que estaría encantada de probar. Lo comenté con los compañeros del cuarteto. Cuidado, me advirtió la violonchelista sonriendo, que ese hombre lo prueba todo. Qué quiere decir lo prueba todo. Pues eso, que ha roto el corazón de todas las instrumentistas que han tocado con él. Venga ya, no será para tanto, apunté. Tú misma, repuso ella, misteriosamente.

Después del comentario de mi compañera, me picaba la curiosidad. Pero eso era lo de menos. Que Karl T. me hubiera llamado me llenaba de orgullo, era un alemán que había pedido asilo político en tiempos del telón de acero y que se convirtió en la voz de la verdad musical de este país. Yo había contemplado toda la operación con cierto recelo, la verdad es que no me fío nada de esas categorizaciones y, cuando alguien suena demasiado, siempre pienso que lo han aupado por intereses particulares y políticos. Pero callé cuando escuché su orquesta, la que había creado aquí con gente que yo sabía que tocaba lo que podía en grupos desastrosos y que él supo unir y canalizar de manera que los barrocos, y muy especialmente Bach, empezaron a sonar como se imagina una que sonaban en otros tiempos, bajo la batuta de su compositor. Salí de aquel concierto convencida de que, en adelante, consideraría a Karl T. una garantía de calidad. Y por eso corrí a su encuentro cuando me llamó.

Dimos varios conciertos por todo el país, íbamos y veníamos, a Karl no le gustaba demasiado pasar días fuera de casa. Pero antes me hizo una prueba, aquella prueba del alma, tiene usted que echarle más dedos y dejar el alma un poco de lado, me dijo para que lo entendiera. Y entonces toqué de otro modo, de una manera que me parecía rígida, más como habría tocado Anna. Y le gusté, está contratada, me dijo con una sonrisa que para mí fue como si de pronto se pusiera a llover en el más seco de los veranos. Y pensé en el vertedero, en el Stainer, en Maties, en Anna, y me dije que lo que estaba pasando lo daba todo por superado.

Karl no hablaba mucho, pero exigía ensayos y más ensayos. Ensayaremos aquí, primero usted y yo, y luego lo juntaremos con la orquesta. Y cuando decía aquí se refería a su casa, una casa en la que no había nadie, solo la criada, María, y un hijo también alemán, Mark, que nunca estaba porque siempre andaba estudiando o

tocando fuera, según me informaron los compañeros del conservatorio que todo lo sabían.

Empezamos a ensayar. Karl era duro, lo quería todo perfecto, repetíamos y repetíamos, decía, otra vez, cuando yo pensaba que ya podía darse por bueno, pero él tenía una manera de interpretar que quería que captara con exactitud. Trabajamos muchas, muchísimas horas y comenzamos a compenetrarnos, Karl tenía una mirada que me llegaba al fondo del cerebro, empezó a parecerme que comprendía perfectamente lo que quería y que nos entendíamos magníficamente, empecé a sentirme absorbida por aquella mirada y al mismo tiempo era la Música en mayúsculas, la que buscaba, la que quería, y a la que Mark, que me perdone, no llega ni remotamente.

Habría hecho cualquier cosa con Karl. Me había borrado a Maties de la memoria y también las palabras hirientes de Anna. Solo quedaban la música y él. Hasta que un día quedó algo más porque, al terminar de tocar, se levantó y me pidió permiso para tutearme. Por supuesto, dije. Entonces se acercó cada vez más y me quedé hipnotizada, incapaz de moverme. Me besó suavemente primero y después con rabia, cuando yo le devolví el beso también con rabia. Acabamos en el sofá, como si fuéramos dos adolescentes que no tuviéramos una cama para hacer el amor.

María

Cuando oí tocar a la señora Teresa pensé que aquella mujer sí que se merecía un Stainer como el que yo había tirado a la basura, que habría hecho maravillas con él porque aquella señora sí que tenía alma. Pero cuando las cosas acababan en el sofá, el señor no me llamaba para que escuchara, por lo visto no necesitaba público.

Un día que el señor Mark andaba por casa, o sea, que sería Navidad o alguna fiesta especial porque, si no, nunca estaba en casa, vino a verme a la cocina aprovechando que su padre no estaba y porque tendría ganas de hablar con alguien. Yo no le entendía demasiado bien, la verdad, hablaba un castellano rebuscado que parece ser que había aprendido en el colegio y no sabía nada de catalán. Todo ello mezclado con palabras alemanas, como hacía al principio el señor Karl. Pues el señor Mark se sentó y me contó toda su vida. No se lo pedí, pero el hombre tenía ganas de hablar y me dijo, ay, María, si supiera usted cómo eran allí las cosas y cómo han cambiado, yo mismo voy a menudo y no me lo acabo de creer. Y me dijo, piense que podían matarte por pasar de un lado al otro de la ciudad. Abrí los ojos como platos y no pregunté el porqué porque ya sabía eso de que los de un lado mataban a los del otro, pero el señor Mark me contó una ristra de anécdotas desgraciadas que no terminaban nunca, de vecinos, amigos, conocidos, que habían intentado cruzar el muro porque, imagínese, era un muro como los de las casas en construcción pero a un lado no había nada, lo habían derribado todo, solo quedaba terreno yermo o ventanas tapiadas para que no se escapara nadie, y los del otro lado a veces se asomaban por las ventanas a ver qué pasaba en el nuestro, los veías de lejos y eran el símbolo de la libertad. Me miró como si de pronto cayese en la cuenta de con quién estaba hablando y me dijo, perdone, no sabe de lo que le hablo, ¿verdad? Ah, sí, no se preocupe, señor Mark. De acuerdo, señora María, respondió con una sonrisa. Y entonces reaccioné, ay, Mark, perdone.

El señor Mark estaba sentado en una de las cuatro sillas de la mesita de la cocina y apoyaba los pies en otra, no he conocido a mi padre hasta ahora porque se separaron antes de nacer yo y mi madre no quiso hablarle de mi existencia, nunca se lo dijo, solo le dejó la carta, y el señor Mark se refería a la carta que le había traído a su padre de parte de su exmujer cuando se plantó en Barcelona. No sé si mi madre no quería ayuda o si le daba miedo que mi padre moviera influencias para verme y entonces habría sido peor, sabe, porque los que mandaban pensaban que mi padre no tenía familia en el Este y, por tanto, cuando huyó, no pudieron tomar represalias. El señor Mark bostezó, era tarde y los dos estábamos cansados, yo pensé que estaría bien que se fuera a dormir y me dejara con mis cosas y por lo visto me había leído el pensamiento porque se levantó mientras continuaba su historia, mi madre siempre le criticaba, decía que se iba con todas, nunca le entendió. Llegados a este punto, el señor Mark me miró y me sonrojé de pronto sin saber del todo por qué. Suerte que no se dio cuenta y, antes de irse, concluyó, ya ve, María, lo conoce usted mejor que mi

madre, mi padre es célibe, una especie de monje de la música. No pude reprimirme y contesté, su padre llega hasta el fondo con la música. Se giró cuando ya estaba junto a la puerta, eso es, es justo lo que quería decir, buenas noches.

Me quedé con la boca abierta, mirándole irse a la cama, sin entender cómo podía estar tan ciego y diciéndome que a veces creemos saberlo todo de alguien y en realidad no sabemos nada o muy poco. Y el señor Mark no sabía nada de su padre igual que ahora no tiene ni idea de quién es su mujer, la señora Anna. Tal vez sea mejor así, quizá sea mejor vivir en un mar de inocencia, trae menos problemas.

Se acabó el pensar, acaban de tocar la última nota del concierto de Bach. El señor Mark da algunas indicaciones. La señora Anna le escucha y también, la señora Teresa. Después, cada una se va por su lado sin ni siquiera mirarse. El señor Mark se vuelve y me busca con la mirada:

—Vamos, María —me ordena.

Vamos, vamos. Me levanto con pesadez, me duelen las piernas y me arde el estómago. La señora Teresa también me ha visto y viene a ayudarme, la tengo al lado:

—Venga, María, ya estamos. Mañana toca concierto de verdad, ¿eh? Tiene que ponerse aquel vestido tan bonito que me enseñó...

Me río. El señor Mark y ella me tratan como a una niña. Anna, como a una desgraciada.

A la señora Teresa el señor Karl la trató con guantes de seda, la verdad. La tumbaba en el sofá y la acariciaba por todos lados, y ella parecía extasiada, no era como las otras mujeres, no era como aquella primera cantante de ópera que no hacía más que reír y dar grititos de loca, y eso que la señora Teresa era muy joven, tendría unos quince años menos que el señor, pero estaba claro que se había quedado prendada de su director y me supo mal pensar que aquello acabaría, porque siempre acababa. Eso sí, me quedé de piedra porque el primer día que ensayaron en casa, le dijo que tenía demasiada alma. Que, más o menos, era lo que me había dicho a mí.

También me había explicado un día que no solo las personas tienen alma, los violines también. Y me pidió que mirase por el agujero alargado de la caja del instrumento, de la caja de resonancia, dijo él. Ve el palito, me preguntó. Sí, lo veo, contesté, veía un palito que iba de arriba abajo por debajo del puente de las cuerdas. Pues eso es el alma del violín. Miré al señor pensando que me tomaba el pelo, pero estaba muy serio, así que comprendí que no, que no me tomaba el pelo. Ah, me limité a exclamar como una tonta. Y me quedé con aquella imagen del alma en forma de palito. Quién me lo iba a decir, que el alma fuera así, aunque fuera la de un instrumento. Si lo llega a saber el cura de mi pueblo...

Ensayábamos canciones alemanas. Había una que me robó el corazón. La partitura tenía la letra pero, claro, yo no la entendía. Qué dice, le pregunté un día al señor Karl. Pues habla del amor de un pastor por una granjera, y de su rebaño, que es blanco como la piel de la granjera, la canción trata de eso, concluyó. Le di las gracias, y en adelante la interpreté con conocimiento de causa y así, ah, era mucho más

sencillo hacer música porque sabías a quién estabas hablando y de qué. Cerré los ojos y la toqué como nunca, el señor me la había mandado repetir muchas veces, la habíamos corregido mucho. Y cuando terminé, abrí los ojos y descubrí, sorprendida, que el señor había llorado. Muy bien, María, gracias. Supe que quería que me fuera, como siempre que me daba las gracias. Dejé el violín encima de una silla con suavidad y me retiré, y pasé tan silenciosamente como pude por delante de Beethoven de camino a la cocina y mi cuarto. Me preguntaba por qué lloraba el señor, quizá porque después de tantos años no había conseguido enseñarme lo que quería enseñarme. Pero daba igual, me había emocionado, que era lo importante.

Después de aquel día estuvimos mucho tiempo sin dar clase. Añoraba tocar el violín y, cuando el señor no estaba, aprovechaba para cogerlo y practicar un rato. A veces tocaba las canciones alemanas y otras intentaba interpretar las notas que el señor había escrito en alguna partitura que se había dejado encima del piano o alguna otra cosa, que, en aquella casa, por partituras no era, había para dar y regalar, se podía elegir. Entre aquellas partituras se escondían auténticas yincanas, carreras desenfrenadas de notas y más notas y llegar al final habiendo mantenido un ritmo que me veía incapaz de alcanzar. Lo intenté en secreto, me dediqué toda una semana que el señor estuvo de viaje, pero no lo conseguí. Y cuando comprendí que no me salía ni me saldría nunca, me eché a llorar. Lloré suavemente mucho rato, estaba claro que le echaba sentimiento y alma y lo que fuera, pero no podía imprimirle velocidad, no llegaba, era imposible, para eso tendría que haberme pasado toda una vida haciendo ejercicios como los que habían practicado el señor Karl y la señora Teresa y todos los violinistas que pasaban por casa. Claro que el señor Karl me comentó un día que él ya no iba tan rápido porque ya no tocaba el violín y que sería incapaz de hacer un *presto*, así me lo dijo, *presto*, tal como suena, y yo todavía no sabía lo que era un *presto*, pero asentí porque me sonaba a apresurado, de modo que pensé que, mira por dónde, había acertado. Bravo, María, me dije.

Esta sala acolchada no tiene nada que ver con mi pisito ni con la casa donde viví tantos años, ni tan siquiera con la sala donde tocaba para el señor Karl y donde, con su ayuda, conseguía hacer música, o al menos a mí me lo parecía. Nada que ver. Esta sala es bonita, es de señores y señoras sensibles, de señores y señoras que vienen a escuchar música. Y mañana vendré a escuchar música y me han dicho que me guardarán un asiento en medio de la tercera fila porque la primera queda demasiado cerca y no se ve nada.

Con la señora Teresa, la música a fondo duró bastante. El señor Karl vino un día a verme a la cocina, yo sabía que quería chocolate y se lo preparé, nunca había tomado chocolate en el comedor, como nunca se había llevado a ninguna mujer a la cama. El comedor era para almorzar y cenar y la cama, para dormir y punto. Los extras, en el sofá y en la cocina. Aquel día volvió a hablarme de la música y las mujeres, espero que al final lo entienda, me dijo tosiendo un poco y mirándome de reojo para ver qué impresión me causaban sus palabras. Yo no decía nada, trabajaba, no sabía si me

preguntaba si lo entendía o si tenía que acabar por entenderlo algún día, de hecho, para mí aquel comportamiento del señor ya era algo tan natural que no me planteaba entenderlo o no, como no nos planteamos el hecho de si respirar está bien o no, respiramos y punto, verdad, pues lo mismo con aquello del señor Karl, era asunto suyo y yo empezaba a preguntarme si pasaba con todos los músicos, si todos querían hacer música a fondo, hasta que conocí al señor Mark y comprendí que no, que no lo hacían todos los músicos, solo el señor Karl. Otra cosa era que yo empezaba a deducir que no hacía música de verdad porque él no quería nada conmigo y, de haber tocado como aquellas violinistas que venían a casa, el señor ya lo habría intentado. Por las noches, cuando cerraba los ojos, trataba de imaginarme en aquel sofá con el señor haciendo las cosas que entonces hacía con la señora Teresa pero que había hecho con muchas otras y, como aquel primer día que no pude despegarme del ojo de la cerradura, pues como aquel primer día, se me pegaba el pensamiento a una escena protagonizada por mí y pensaba en el señor besándome, acariciándome, desnudándome, pidiéndome que dejara el violín a un lado, un violín que ni siquiera era mío, y que me tumbara en aquel sofá de piel negra para hacer música a fondo. Y yo no tenía vergüenza ni nada, le dejaba hacer, y tanto se me pegaba la idea que notaba que me crecía un fuego dentro, un fuego que me quemaba el alma y el pensamiento e incluso el cuerpo, y las llamas calentaban tanto que al final, cuando abría los ojos, descubría con horror y desconcierto que realmente me habría gustado, y mucho, que aquello me pasara a mí. Pero no me pasaría nunca, yo era una criada y él un señor. Hay cosas que no se olvidan por mucho violín que haya por medio.

Le parece que toca bien, me preguntó el día del chocolate para cambiar de tema. Yo ya sabía que se refería a la señora Teresa, pero por despistar dije, de quién habla, señor. De ella, me aclaró, y no pude escaquearme porque los dos teníamos muy claro quién era ella en aquel momento, la mujer que se arrastraba por el sofá de la sala desde hacía unos meses, más de los que habían durado las otras, seguramente porque estaban preparando varios conciertos en lugar de uno y, claro, la relación se alargaba. El señor, con la boca llena de chocolate con nata, esperaba mi respuesta y yo me hacía de rogar porque siempre pensaba, y si meto la pata, qué, porque claro, él venga a preguntarme qué me parecía cómo tocaba este o aquel o el otro, pero podía pifiarla. Con la señora Teresa no me atreví a la primera, yo no entiendo, señor, no soy como ustedes, no soy música, debería preguntarle a... Aquí se acabó la frase porque él me interrumpió con un golpe de cuchara en la taza y casi se atraganta al decirme, pero, María, por qué dice eso, tiene usted un oído excepcional y es una pena que no haya nacido en una familia de músicos. Entonces salté, muy dignamente, perdone, señor, pero he nacido en una familia de músicos. Él dio un brinco, ah, ¿sí? Sí, contesté, mis padres eran cantaores en mi tierra. Como le vi estupefacto, terminé de explicarme, tocaban y cantaban música popular en Andalucía, música flamenca, y mi madre también bailaba, querían que yo también cantara y bailara, pero me marché muy jovencita y solo canté en mi Primera Comuni3n.

Vi al señor muy sorprendido, y no aprendió solfeo, me preguntó. No, señor, respondí, todo era de oído, allí va distinto. No sabía qué más decirle y tampoco sabía por qué me había complicado contándoselo. Entonces dijo, como hablando para sí, ah, ahora entiendo por qué cantaba al principio. Me sentí vengativa y, en tono ofendido, repliqué, sí, pero al señor no le gustaba y tuve que dejarlo. Él se había acabado el chocolate y le retiré la taza y el plato. Esperaba que se fuera, pero no se marchó, vaya, María, me duele que diga eso, pero era imposible tocar ni componer con usted cantando de aquella manera.

No intenté adivinar qué quería decir cantar de aquella manera, lo dejé pasar. En su lugar, solté un momento el estropajo para mirarle y decirle, señor Karl, usted me ha enseñado a hacer música de verdad y nunca podré agradecerérselo lo bastante. No sabía de qué otro modo decirle que se lo agradecía de corazón, me salió así. Él musitó algo y se marchó. Recuerdo que por entonces los días eran cortos, que se acercaba Navidad, porque había lucecitas en las calles, alegría, pero todavía era muy pronto y ya estaba oscuro. Recuerdo que, cuando ya me iba hacia mi cuarto, sonó la campanilla de la sala y pensé, qué querrá ahora, qué pesado. Aquel día estaba cansada, no recuerdo por qué, tenía ganas de acostarme.

Me esperaba junto al piano. Primero me dijo, perdone, pero no me ha dicho qué le parece cómo toca. No la llamaba Teresa, solo ella, siempre. Seré clara, señor, es la mejor que ha traído. El señor Karl se quedó quieto un momento y después asintió levemente. Entonces, sin mediar palabra, me dio el violín, ya está afinado, me dijo, toque la canción del pastor y la granjera, por favor. Tenía una expresión rara y me lo pidió como si le fuera la vida en ello. No me atreví a replicar y cogí el violín, aquel instrumento de estudio que, a pesar de todo, yo sabía que también tenía alma y emitía unos sonidos tan tristes que dolía intentar reproducirlos. Me preparé para tocar y entonces me dijo, un momento, y empezó al piano una introducción que no sé de dónde había salido pero que yo nunca había oído. En un momento dado, alzó la barbilla para darme la entrada, y me la dio, me la dio como se la daba a todas aquellas mujeres, quería que tocara con él como tocaban ellas y se ofrecía a acompañarme como a ellas. Comencé, el primer deslizamiento me salió tembloroso, pero después ya sonó bien. Con el piano, aquello era como entrar en el paraíso. La sala, la casa, todo había dejado de existir, solo estábamos el señor y yo y la música, y la historia de un pastor y una granjera que, según me había contado el señor, acababa mal. Los sonidos que yo misma emitía me transportaban a otro mundo. Entendí por qué dicen que la música amansa a las fieras, entendí por qué dicen que la música tiene poderes curativos, entendí por qué dicen todo eso de la música. Lo entendí aquel día, de repente, tocando con el señor una canción alemana que hablaba de una granjera y un pastor.

Cuando acabó la canción, abrí los ojos y el señor se levantó de pronto, estaba muy exaltado, como si algo no le permitiera respirar bien, como si la experiencia le hubiera afectado muchísimo. Se me acercó y me quedé quieta, y pensé, Virgen de la

Macarena, acabaremos en el sofá. Lo tenía a un palmo de la cara, balanceándose ligeramente adelante y atrás como si estuviera mareado. Después me pareció que se decidía y durante unos instantes me miró con una expresión que no olvidaré nunca y solo dijo, quítese el uniforme, por favor. No esperé a que lo repitiera y me llevé las manos a la espalda para soltarme el delantal. Él me lanzó una última mirada de esas que se te quedan clavadas para siempre en el alma, y se fue. Salió de la sala y, al poco, oí que abría la puerta de la calle y la cerraba al salir.

El concierto

Mark

La sala está llena de público. Cuando he salido, la orquesta se ha levantado y todos han aplaudido. Me giro y miro al patio de butacas y me deslumbro porque todos los focos se dirigen a mí. Noto en el estómago las cosquillas previas a un concierto, las de siempre, la adrenalina que sube y baja y acaba instalándose donde debe instalarse para causar esa mezcla de emoción y miedo, ese miedo que después sustituye la satisfacción y que debe de ser lo que todos buscamos cuando hacemos cosas que se salen de la rutina diaria, cosas que nos ponen nerviosos, que nos alteran y que, pese a todo, hacemos. Será eso.

No se me ha ocurrido pedir un micrófono. Me aclaro la garganta y me arranco a hablar alto y fuerte para que todos me oigan. Enseguida se hace un silencio absoluto.

—Buenas noches. Como todos saben, mi padre murió hace diez años de camino a Viena después de un concierto idéntico al que daremos hoy aquí, en Berlín. Mi padre era hijo del lado oriental, pero huyó y se refugió en Barcelona. Entonces ya era un director conocido y los catalanes le ofrecieron asilo político, una casa y las facilidades para trabajar que necesitaba. Pero siempre había querido volver y lo hizo con un concierto en la Staatsoper, donde había tocado y dirigido en tiempos difíciles. Ahora el teatro está cerrado y por eso estamos aquí, en el Schiller...

He cogido aire antes de continuar:

—Bien, este concierto, como habrán visto en el programa, es una selección de música barroca que incluye algunas *canzonettas* de Monteverdi, unas arias de Purcell y de Haendel y unas cuantas piezas cortas de diferentes autores en la primera parte. La segunda está dedicada íntegramente a Bach y acaba con el *Concierto para dos violines*, una pieza que para mi padre significaba mucho y que hoy hemos querido interpretar con las mismas violinistas con las que él la tocó hace diez años. Muchas gracias a todos por su apoyo.

Vuelven a aplaudir y después se impone el silencio, ese silencio previo a empezar un concierto, ese aguantarse el aire dentro antes de lanzarte al ataque, al ataque musical. Hacía días que me preguntaba si debía hablarles a los espectadores de mí y de mi experiencia en Berlín este, pero al final no lo he hecho. Para mí también resultaba emocionante venir, aunque a causa de las obras esto sea el Schiller del oeste y no la Staatsoper del este, la Staatsoper donde había asistido a tantos conciertos y donde también había tocado el violonchelo con la orquesta, pero si lo cuento, no entenderán por qué mi padre vivía en Barcelona y yo no, es demasiado difícil de explicar y no querría hacerle quedar mal, si el hombre no sabía nada de mí.

Espero que no supiera nada, siempre te quedas con la duda de lo que pasó, de si supo que mi madre estaba embarazada y si realmente los dos me contaron la verdad. Espero que así fuera y creo que la cara de estupefacción de mi padre era sincera cuando leyó la carta de mi madre en Barcelona y me miró con desconfianza como si no terminara de creer que fuera hijo suyo.

Pero Mark, por qué piensas ahora en estas cosas sin sentido. Siempre dudamos, siempre. También dudo de Anna a veces, sé que hay cosas que nunca ha querido contarme, solo sé que no me deja huir de su lado, es como si me necesitara constantemente, algo que a veces llega a ahogar porque no sé vivir así, necesito tener mis espacios y necesito trabajar solo, soy músico. Al principio pensé que se le pasaría, pero después me di cuenta de que no, no se le pasaría porque ya duraba demasiado. Y ahora ya hace tiempo que rezonga porque quiere un hijo y yo no me hago a la idea, no tengo tiempo de cuidar niños y seguro que ella tampoco porque también vive pegada al Stainer. Cuando ensaya aprovecho para escaparme porque no puedo hacerlo en ningún otro momento. Y, como necesita ensayar durante horas, todo va bien. También va bien cuando trabaja con otro, cada vez la llaman más porque dicen que es la violinista con los dedos más ágiles de Europa. No sé si es cierto, pero lo que sí puedo asegurar es que es ágil y capaz de tocar pasajes rápidos a velocidades supersónicas. Habría dejado pasmados a los barrocos, no creo que en la época alguien corriera tanto. Ahora corremos para todo y también para conseguir encajarlo todo a tiempo, en un tiempo que se acaba, y para Anna también, porque a veces llega apurada para preparar los conciertos y las giras.

Cómo va a tener un crío en semejantes condiciones. Es imposible. Y, para contratar a una institutriz, más vale no tener hijos, los niños tienen que estar con los padres. Además, sospecho que quiere un hijo para atraparme. Y, como ya es mayor, debe de pensar que se le acaba el tiempo. Y realmente se le acaba, realmente tendría que ponerse manos a la obra. Pero no conmigo, de ninguna manera, conmigo no.

Anna

Esta mañana me he hecho la prueba del embarazo y ha dado positivo. O sea que, si siempre me pone nerviosa tocar, hoy todavía más. Mark y yo seremos padres. Sé que a él no le apetece, pero me da igual. Y yo, cuando vuelva a Barcelona, iré al médico para que me diga lo que debo hacer porque tengo una edad en que una embarazada tiene que cuidarse más de lo normal. Hoy gritaría de alegría, hoy todo es diferente porque sé que tendré un hijo y que Mark no se irá de mi lado.

Siempre me pongo nerviosa mientras espero para tocar, es verdad, aunque no me pase lo que me pasa hoy, y todavía me pongo más nerviosa si tengo que tocar el doble concierto de Bach, la obra de Karl, que se la sabía tan bien como si la hubiera compuesto él mismo. Me he quedado en el camerino para no esperar en la boca del escenario con Teresa y aguantar todo el concierto a su lado. Mira, así estaremos las dos más tranquilas. Así también puedo repasar mi parte de la pieza, aunque es ella quien tendría que repasar y, en lugar de repasar, está tan tranquila junto al escenario. Cuántos años tendrá, no lo sé. Rondará los sesenta porque cuando era mi profesora ya me llevaba bastantes. No tocará mucho más, no podrá. Y no puede conmigo, no es lo bastante rápida. Pero Mark no me hizo caso y la convocó, decía que si su padre lo había querido así sería por algo. Y yo pienso, la verdad, que no nos parecemos en nada, tampoco musicalmente. Teresa y yo no tenemos nada que ver.

El pequeño está dentro de mi barriga, seguro que empieza a moverse aunque sea pequeñito como la nada, minúsculo como un guisante o incluso menos, no lo sé porque estas cosas no las sé, pero mi pequeño existe y un día será un niño y quizá toque el violín o tal vez el violonchelo como su padre o el piano o quizá sea cantante de ópera. O quizá no sea músico, no sé qué será mi hijo, pero será hijo mío y me quedaré a su lado toda la vida, y Mark también se quedará con nosotros, se quedará conmigo y los dos ejerceremos de padres y tendremos una familia como no hay otra en el mundo. Una familia como la que yo no he tenido, que no tenga nada que ver con mi madre ni con mi padre ni con Teresa.

La muy bruja no vino a verme cuando salí del hospital. Le pedí al médico que me prohibiera las visitas. Lo hice para que tuviera más ganas de verme, para que me necesitara y para que me prestara atención cuando saliera del hospital. Y no pasó nada de eso. No tenía a nadie, la necesitaba y no vino. La odié tanto como la odio ahora. Se desentendió de mí, me dejó, me abandonó, como todos. Se merece que me haya quedado para siempre con su Stainer.

También se merece haberse quedado sin su Maties. Pero yo no. Cuando me dijo que papá había muerto, pensé que era el fin del mundo. Qué sentido tenía que papá hubiera muerto y yo no, si yo lo había hecho para que los dos muriéramos juntos, para que nos fuésemos de este mundo unidos para siempre. Y para que después llegara a oídos de Teresa que habíamos tenido un accidente y habíamos muerto los dos y ella se quedaba sin nadie. Y algún día también llegaría a oídos de mamá, si es

que mi madre todavía seguía en este mundo, si es que no había muerto, por entonces no sabía si estaba viva, solo sabía que, aquel día de hacía muchos años se había marchado de pronto a un paraíso sin niños que le manchasen los vestidos de mocos y donde seguro que la esperaban muchos hombres para salir, con alguien como Clara que estuviese pendiente de escuchar, hacia las siete de la tarde, hoy no vendré a cenar.

Y yo habría dejado de sufrir. Habría dejado de habitar un mundo que no estaba previsto para una chica como yo, se habría acabado el corazón roto porque no tenía madre y porque, cuando conseguía tener un padre que no sabía de mi existencia, resultaba que dejaba de ser mío para ser de una oportunista que, haciéndose pasar por mi amiga, conseguía arrancarme de aquel modo mi única vida. Una oportunista que, si hubiese sido mi amiga de verdad, me habría visitado cuando salí del hospital y acabé en casa, sola con las criadas, que se quedaron conmigo día y noche, después, claro está, de que decidiera pagarles la parte correspondiente a todas las horas extra porque, ay, señor, de repente me había quedado a cargo de la administración de todo el dinero de papá que, francamente, era mucho, y, encamada, poca cosa podía organizar. Lloraba pensando en él y me decía que también debía ocuparme de los temas económicos, y todo a la vez era una carga demasiado pesada.

Estuve sola muchos días, sola con aquellas tres mujeres, dos de día y una de noche. Me quedaba en el cuarto mirando por la ventana y veía el estanque de aguas inmóviles que retenía mi alma y la retendría para siempre.

Ayer, después del ensayo, conseguí que Mark viniera a dar un paseo conmigo por la orilla del Spree. Estaba oscuro, era una noche negra y húmeda. Pero bastó asomarme para ver con claridad mi alma prisionera. Por qué sonríes, me preguntó Mark, mirándome intrigado y girando la cabeza hacia el otro lado. Oh, por nada, respondí reteniéndolo con fuerza, por el agua, ya sabes que me gusta. Siempre le digo a todos que me gusta el agua porque si no, acaban no entendiendo por qué me detengo siempre allí donde la veo. Y, además de gustarme el agua, los ríos emiten una música que silabea y se te mete en los oídos y en algún rincón del cerebro donde se guarda el recuerdo de los muertos y de los vivos que ya han pasado a la historia.

He terminado de repasar pasajes. Dejo a un lado el Stainer y me siento en la butaca del camerino. A media parte iré para allá, al escenario, y esperaré a que me llegue la hora de tocar el concierto de Bach y de hacer lo que más me gusta en el mundo, que es exhibirme ante una Teresa que, como violinista, va de capa caída, pero también como ser humano porque el tiempo pasa y también para ella, no puede evitarlo por mucho que se arregle, por mucho que se pinte. Unos cuantos años más y ya no me la encontraré en ningún lado porque ya no será capaz de tocar las notas ni despacio ni rápido. Un poco de paciencia, Anna.

María

Hoy, precisamente hoy, no me habría movido de la cama, ya no sé cómo me las apaño para aguantar aquí sentada todo un concierto, la cosa pasa de castaño oscuro, cuando vuelva a Barcelona tendré que ir al médico. Pero ahora no puedo desfallecer, ahora no, porque tengo trabajo, porque tengo que acabar lo que he venido a hacer aquí.

La señora Anna se presentó en casa medio año antes de la muerte del señor Karl. Oh, no era que hubiera acabado con la señora Teresa, no, en absoluto, porque entonces eran las dos las que pasaban por el sofá, al menos hasta que comenzaron a tocar las dos juntas. Mientras duró la señora Teresa y antes de que viniera la señora Anna, no hubo nadie más, y eso que estoy hablando de dos o tres años como poco. Pensé que el señor Karl estaba envejeciendo y que lo de mandarme que me quitara el uniforme de algún modo había sido un punto de inflexión en su forma de entender las cosas.

Me quité el uniforme, por supuesto, y lo guardé en el armario. Entonces me tocó la difícil tarea de comprar ropa porque, claro, si no iba uniformada por casa, de alguna manera tenía que vestirme y solo tenía ropa para salir los jueves y los domingos por la mañana y poca cosa más, no necesitaba nada más. Cuando me quité el uniforme, me di cuenta de que me hacía mayor. Intenté ponerme el vestido que llevaba cuando salía con aquel chico que quería que me dejara tocar y resultó que no me cabía. Me miré en el espejo y, de pronto, me descubrí un rostro marcado por unas rayas que se hundían y que ahora se han convertido en arrugas, algunas grandes y muchas pequeñas. Y me miré el pelo y vi que era gris. Ya no llevaba la coleta de cuando salía con el chico de misa, pero me peinaba siempre con moño para que no me molestaran los pelos en la cara. De repente me pregunté si tendría que haberme dejado tocar la entrepierna, si habría cambiado mi vida, tal vez habría cambiado y quizá habría tenido marido e hijos y quizá habría vivido en otra casa más pequeña, pero para mí sola, como el piso de ahora, o en la otra punta de la ciudad, a saber. Pero seguro, seguro, que no habría aprendido a tocar el violín y seguro que no habría tenido al señor Karl de maestro. También es seguro que no me habría sentido como me sentía en casa del señor Karl, haciendo lo que quería y disponiéndolo todo a mi manera, igualito que si fuera mi casa. Y seguro que no habría tenido un Beethoven para limpiarlo y decirle *gut'n tag*.

Me gusta más así, sin uniforme, a usted no, me preguntó cuando vio que me lo había quitado. Me miré un poco, no sabía qué decirle, yo no me fijaba en esas cosas, pues supongo que sí. Venga, toque, me dijo, cerrando los ojos.

Me extrañaba que me hiciera tocar con la señora Teresa en activo, es decir, con la señora Teresa pasando por el sofá cada vez que venía. Normalmente, mientras había mujeres en activo, se olvidaba de darme clase. Pero a partir de lo del uniforme y de la señora Teresa todo fue distinto y el señor Karl no interrumpió las sesiones conmigo. Así que continué tocando y yendo a clase, y el señor ya no lloraba, pero estaba

distante y tan serio que a veces pensaba que se había enfadado conmigo. Yo tocaba y tocaba todas aquellas canciones que arañaban el corazón del que las escuchaba, el señor me había regalado un disco para que supiera cómo se cantaban. Ahora tiene que hacer usted lo mismo con el violín, me dijo. Y yo iba a replicarle, el violín no canta, señor, pero me mordí la lengua porque de pronto pensé que no era cierto, que el violín cantaba, pues claro que sí, y podía sonar más melancólico que si se añadía letra, y eso era a lo que se refería el señor.

Cuando él no estaba, tocaba todavía más. Tocaba cuanto podía y cada día más, me dejaba llevar por aquellas canciones que hablaban de tierras extrañas muy lejanas pero con una tristeza universal, la misma que me parecía que sentían los hombres y las mujeres de todo el mundo. A veces después tenía que apresurarme para cumplir con las tareas de la casa que tenía estipuladas para cada día de la semana porque me despistaba tocando y, cuando empezaba, no podía parar. Me sabía de memoria todas aquellas canciones, el señor Karl me felicitaba cada vez que me escuchaba tocarlas y me dijo que me traería otra partitura porque aquella ya me la sabía. En el tono distante de los últimos tiempos, me sonreía y me daba las gracias, y yo me retiraba no sin un leve movimiento de la cabeza, como un intento de reverencia que hacía desde el primer día que puse los pies en aquella casa y que me había enseñado mi madre que había que hacer con los señores que tenían más dinero que nosotras. Y a mí, desde el primer día, me había parecido que el señor Karl tenía mucho más dinero que yo.

Es bonito todo esto que escucho, es música de la que llega al fondo del corazón, y los cantantes no son como aquella primera del sofá de casa, no, son mucho más discretos y parece que hablen en lugar de gritar tanto como para romper la cristalería. Da un poco la impresión de que tocan el violín. Porque pasa justo al revés y parece que el violín sea la voz humana.

La señora Anna, que también tocaba el violín, apareció por casa como la gran revelación. Hoy vendrá una de las mejores violinistas del país, me dijo el señor Karl de buena mañana, esté atenta y la escuchará tocar, María. Sí, señor, respondí, obediente. Ya sabía que el señor saldría de gira por Europa con la orquesta, un cantante y dos violinistas para poder tocar el concierto de Bach de los domingos por la mañana. Una de las violinistas era la señora Teresa y a mí me alegraba porque, aunque pasara por el sofá con el señor Karl, se la veía buena persona, siempre me sonreía y era amable, no como las otras, que parecía que no me vieran y se iban directamente a la sala sin mi permiso cuando era yo quien se suponía que tenía que permitirles entrar o no según me hubiera indicado el señor.

La señora Anna era de esas personas. Y, cuando acabó la primera sesión estrictamente musical con el señor Karl, el señor vino a verme a la cocina y me pidió mi opinión. No sabía qué decirle porque él, de buena mañana, me había dicho aquello de que era la mejor violinista del país y a mí me había parecido otra cosa, pero al final me animé y le dije, toca notas. Él bajó la cabeza, sí, tiene razón, toca notas,

muchas y muy rápidas, pero nada más, le falta alma, al contrario que a Teresa, y resulta que tengo que juntarlas para salir de gira, me parece que me he equivocado con esta chica. Aquel día no tomó chocolate, solo un vaso de agua, y se marchó. Necesito pensar, murmuró, y vi que no estaba de muy buen humor. Cuando pasó al lado de Beethoven oí que en lugar de decir *gut'n tag* le daba un golpe con la mano, como si aquel día el músico tuviera la culpa de todos los males del mundo.

El señor Karl acabó llevándose a las dos. Creo que decidió encontrar el punto medio, unificarlas de alguna manera. Es lo que deduje a fuerza de escuchar cómo las aleccionaba. A la señora Anna solo le había hecho una prueba, pero le dio otra oportunidad, le dijo que pusiera un poco de sí misma y entonces recuerdo que sí, que la señora Anna puso más de sí misma y que el señor Karl quedó satisfecho. Ahora creo que no es que pusiera más, pienso que fue pura comedia, sabía cómo fingir, musicalmente hablando, una sensibilidad que no tenía. Y esa comedia es la que la ha llevado hasta donde está, y también a los brazos del señor Mark, que parece que no puede vivir sin ella.

La señora Anna pasó por el sofá cuando pareció que sí, que era la violinista que él necesitaba. Fue el día que trajo el Stainer. Aquel día yo también pensé que lo había hecho muy bien a pesar de que ella no me gustaba nada, no solo por no verme cuando entraba por la puerta, sino por aquella pose suya que adoptaba siempre, tanto cuando caminaba, como cuando estaba quieta, como cuando tocaba el violín. Era alta y delgada, muy morena de piel y de pelo, parecía más de mi tierra que de Cataluña, y caminaba con aplomo sobre unos tacones de aguja que a mí me habrían tirado al suelo sin remedio. En cuanto el señor le dijo, ok, está contratada, se hizo el silencio y entonces pegué el ojo a la cerradura y vi que pasaba lo que tenía que pasar. Recuerdo que pensé, otra mujer en activo, y esta vez todavía no ha despedido a la señora Teresa. Ni pensaba despedirla, por lo visto, el señor montaba un concierto con dos violines protagonistas y, por tanto, también aquellas mujeres, las dos, tenían que ser protagonistas de su vida. Toda una novedad, nunca había ocurrido y no tenía claro cómo lo llevaría el señor. Espero que no coincidan nunca, pensé.

Por supuesto que coincidieron. Aquel encuentro no lo olvidaré jamás. Se ve que el señor Karl no le había dicho a una que vendría la otra ni al revés, y se ve que se encontraron por primera vez allí mismo, un día que ensayaron juntas. Y, Virgen de la Macarena, se ve que se conocían y no se caían demasiado bien. Todavía recuerdo cuando abrí la puerta de la sala para que pasara la señora Anna estando dentro la señora Teresa. No vi la cara de la señora Anna, pero la de la señora Teresa sí, y fue una mezcla de estupor, incredulidad y exasperación. No sonrió ni nada. Recuerdo que el señor Karl dijo, es ella, y recuerdo que la señora Anna soltó, ya nos conocemos. Ni siquiera se estrecharon la mano, y solo la señora Teresa dijo, vaya, hacía años que no nos veíamos. Entonces, el señor Karl, que era muy espabilado y notó que algo pasaba, se puso a hablar de música y los tres empezaron a tocar. Eso sí lo hacían bien, y me dejó asombrada cómo el señor había conseguido unificar, converger aquellas

dos maneras tan diferentes de hacer música, una que salía del alma y la otra, desde la agilidad y la técnica.

Pero antes, más o menos un mes antes de todo eso, unos días antes de que se produjera ese encuentro extraño y curioso, ocurrió lo del Stainer. Ocurrió que la señora Anna vino con el Stainer a casa. Seguro que quería impresionar al señor Karl, y lo consiguió, pero no por lo que ella creía. El señor le pidió un momento el violín y vino a verme con el instrumento en la mano. Y yo, que fingía estar limpiando a Beethoven, casi me caigo cuando intenté escapar precipitadamente. María, me llamó suavemente cuando me encontró en la entrada de la casa. O no se había fijado en mi presencia o no le dio importancia, solo le importaba el violín. Me miró con los ojos brillantes, es el nuestro, me interrogó muy flojito, y me plantó delante de las narices uno de los agujeros alargados del instrumento donde se leían unas letras que decían algo de Stainer, y entonces dentro de mí se encendió una luz después de tantos años y entendí por qué al violín le llamaba Stainer. Y esto, me señaló de repente el señor Karl. Miré, era la marca de una fisura en una esquina que alguien había arreglado. Lo comprendí, quizá cuando se cayó del carro o en el vertedero..., sugerí, sonrojándome, pero no lo sé, han pasado muchos años. Sí, dijo él mirando el violín, y repitió, han pasado muchos años.

A mí me había desconcertado lo de nuestro, porque el señor había dicho, es el nuestro. Con todo, lo observé con la profesionalidad requerida. La verdad era que cuando estaba en casa nunca lo había mirado así, solo aquel día, cuando lo tiré. No estoy segura, señor, contesté. Yo sí, replicó, es el nuestro, es el de Salz... no sé qué más. Y regresó a la sala no sin antes murmurar, mira por dónde, alguien ha hecho negocio con la basura.

Callé para escuchar lo que le decía a la señora Anna, pero no le preguntó de dónde lo había sacado. Quizá no quería dejarla en ridículo por haber conseguido un violín en el vertedero. O tal vez la señora Anna se lo había comprado a un trapero, y eso que la chica aparentaba tener dinero. En cualquier caso, y conociendo al señor Karl, seguro que pensó que si le preguntaba de dónde lo había sacado la haría quedar mal. El señor era así. Sin embargo, ella debió de pensar que debía darle una explicación y soltó en voz lo bastante alta para que yo la oyera, bueno, hace muchos años que lo tengo, me lo regaló mi padre. Lo compró aquí, preguntó entonces el señor Karl. No lo sé, pero ha muerto y no puedo preguntárselo. Y ahí se acabó. No oí nada más, hablaban en voz baja, muy deprisa y, además, llamaron al teléfono y tuve que marcharme. Y después volví justo a tiempo para ver que empezaba otra escena de sofá. Pero del violín no oí nada más. Lo que sí sé es que, más adelante, la señora Anna acabó dándole el instrumento a cambio de una cosa que en aquel momento no supe lo que era. Y así fue como el Stainer rajado, aquel violín valiosísimo que había tirado a la basura por error volvió a casa al cabo de un montón de años. Y un día, el señor Karl me mandó ir a la sala y me dijo, toque una de aquellas canciones, y me dio el Stainer para que lo hiciera. Fue un momento emotivo, lo había tirado a la basura

cuando todavía no sabía que aquello sonaba y ahora resultaba que era capaz de tocarlo.

Con manos temblorosas cogí el instrumento y empecé. Sabía que cuando el señor decía, una de aquellas canciones, se refería a las de su tierra y, a ser posible, a la de la granjera y el pastor. Así que me puse a tocar esta última. Y entonces me quedé maravillada porque aquel violín hacía magia, era como si llevara el sol dentro o algo así. Dios mío, exclamé deteniéndome después de unos cuantos compases. Oh, continúe tocando, por favor, me dijo el señor, exasperado, como si le hubiera cortado el éxtasis en el que parecía sumergido. Sí, dije, sí, poco a poco y suavemente. Y seguí. Tocaba sola, sin piano. Cerré los ojos y dejé que el Stainer lo hiciera todo. Y llegué al final como si hubiera estado viajando en una nave encantada. Al final, abrí los ojos y dije, este violín es mágico. El señor asintió sin ni siquiera mirarme y se me encogió un poco el corazón porque últimamente estaba muy raro.

Consideré llegado el momento de retirarme y pensé en algo todavía más raro, que la señora Anna cuando lo tocaba no hacía magia. Cuando la señora Anna tocaba el Stainer sonaba como un violín normal. Así pues, quedaba claro que, según quién lo tocara, el Stainer no era mágico, no hacía nada. Desconcertada, me dirigí a la cocina, dejando la sala en un silencio sepulcral, donde el señor, que miraba fijamente el piano, ni siquiera me dio las buenas noches.

A partir de entonces pude tocar el Stainer, pero solo de vez en cuando, cuando el señor no estaba, porque ya no me lo permitió más estando él. No, toque el de estudio, me decía, que para eso está. Y me daba el otro y yo tocaba como siempre, pasaba las lecciones que me encargaba aprenderme y lo hacía todo lo bien que sabía, pero claro, notaba una gran diferencia con el sonido que emitía el Stainer, no tenía nada que ver.

Fue una temporada insólita. El señor no era el señor y el Stainer estaba en casa, pero empezaba a pensar que, por mucha magia que hiciera el violín, quizá habría sido mejor que se quedase donde estaba y que no lo tuviésemos nosotros porque parecía que nos hubiera echado un maleficio, como los que echaban las gitanas de mi tierra cuando no les caías bien o se lo pedía alguien que te quería algún mal. Todo había cambiado de color y nosotros, él y yo, también nos habíamos hecho mayores. Me entristecí porque pensé que quizá el señor esperaba más de mí tocando el Stainer y le había decepcionado porque, al fin y al cabo, no era más que una criada, y las criadas no son violinistas, ni con uniforme ni sin él.

Y llegó el día que se conocieron la señora Anna y la señora Teresa y se pusieron a ensayar. Y se acabó el sofá cuando estaban las dos y no sé si el señor había pensado en hacerlas pasar por allí a las dos a la vez, pero si ese era el plan iba a quedarse con las ganas porque era evidente que ellas no se soportaban. Y, claro, para hacer determinadas cosas con otra persona necesitas soportarte, y mucho.

Así que con aquellas dos mujeres, con estas que hoy tocarán al final del concierto, a partir de aquel momento solo escuché música, y una música muy concreta. Me acostumbré a escuchar ensayos del doble concierto de Bach, también en vivo, además

de la grabación de los domingos por la mañana. Entraba primero la señora Teresa, era una entrada dulce pero decidida, empujada por una fuerza que, pese a todo, se veía que llevaba dentro. Y, al poco, entraba la señora Anna, y parecía que jugase a ganarla cuando realmente sabía que las dos llegarían al final a un tiempo. Y así iban tirando, el señor Karl las interrumpía de vez en cuando y les mandaba repetir compases y pasajes, todo muy serio, todo muy estricto. Y después, cuando terminaban, se iba cada una por su lado y el señor se quedaba en la sala mirando el piano y yo pensaba que a aquel hombre le pasaba algo.

Fue entonces cuando me dijo, la semana que viene nos vamos. Estaré fuera quince días.

Teresa

Oigo a Anna practicar escalas encerrada en el camerino. Ella y yo hacemos lo contrario, yo lo dejo todo para el último momento, caliento un poco los dedos, y en cambio ella, en el último momento, sale de paseo, ya lo hacía en la gira de hace diez años. Hoy no sé qué hará, me he asomado fuera y llueve y todas las hojas que había en el suelo se han convertido en una pista de patinaje. Además, ya no se ve nada. Este país es tan oscuro... No sé si el concierto ha sido buena idea, qué ganas de reabrir heridas que costó mucho cerrar, al menos a mí me costó mucho. Cada vez que la veía me venía a la cabeza toda aquella historia turbia y dolorosa, cada vez tenía que sobreponerme y contenerme para no decirle un disparate.

Aunque nada como la primera vez. Karl se había hecho el misterioso, ni siquiera me había dicho si el otro violinista era hombre o mujer, solo pude sacarle, te gustará. Al principio no quería decírmelo porque según él estaba considerando dos o tres opciones, pero después, cuando se decidió, me dijo, mañana te presento a tu rival en el doble concierto. Rival o complemento, según se mire, claro, creo que las dos melodías se entrelazan y se complementan, sí, pero también juegan a ver cuál llama más la atención hasta que llegan al final exactamente al mismo tiempo. Sin embargo, en el caso de Anna, el juego era pura rivalidad, no había complemento posible. Cuando la vi allí, cuando entró en la sala acompañada de María, solo pensé, Dios mío, para el mundo que me bajo. Pero Dios no paró el mundo. Fue como si la tierra se hundiera, como si me pillara de lleno una catapulta. En aquel momento me maldije por no haber supeditado la participación en aquella gira a la identidad del segundo violín, pero es que, hasta que no vi a Anna, me daba absolutamente igual quién fuera, sabía que Karl sacaría lo que había que sacar, sabía que conseguiría el sonido perfecto, que acercaría los dos violines a Bach, solo él podía hacerlo. Pero de ninguna manera se me había ocurrido que la escogida fuera Anna, en los últimos años se había dado a conocer como una violinista de primera línea, cierto, estaba un poco de moda, era capaz de tocar los pasajes rápidos de forma vertiginosa, pero no sé, no me imaginaba que fuera el tipo de instrumentista que buscaba Karl. Y sin embargo, lo fue.

Ella también se sorprendió, es más, me pareció que se quedaba cortada, ninguna de las dos sabía qué decir ni qué hacer, en eso estábamos igual, acababan de juntar agua y aceite y no lo sabían, y Anna murmuró que ya nos conocíamos y yo musité algo así como que hacía mucho que no nos veíamos, por romper el hielo, y María se dio cuenta de que pasaba algo porque María, aunque finja lo contrario, es muy, muy espabilada, pero Karl, si notó algo, le dio lo mismo, venga, ensayemos, y nos puso a ensayar sin decir nada más. Pero resultaba raro y bastante desagradable tocar con Anna y aquel día me distraje, toqué un poco sin pensar y creía que quizá tendría que abandonar el proyecto, pero claro, no podía ser, faltaba poco para salir de gira y habría sido un feo.

Lo que me sorprendió fue que Anna, ni aquel día ni durante la gira, trajo el Stainer. Me pareció realmente insólito, si en algún sitio tenía que lucirse era en una gira como aquella, teníamos que pasar por Viena, Roma, Madrid y París. Pero primero íbamos a Berlín. Dónde iba a tocar el Stainer si no en esas capitales europeas. Puede que ya no lo tenga, pensé en aquel momento, pero habría sido tonta si se hubiera desecho de él, tan tonta como lo había sido yo en el pasado. También me pareció detectar que entre Karl y ella había algo, pero francamente, eso no me extrañó, contaba con ello porque Karl tenía fama de liarse con cualquiera con faldas con quien colaborase, aunque fuera una mujer mucho más joven que él, como Anna. Lo di por hecho desde el primer día que nos liamos en aquel sofá negro, lo tenía clarísimo y, como lo tenía clarísimo, me apunté al juego de las necesidades. Me conformaba con tocar con él, no le exigí nada más, aparte de aprender a tocar el cielo con la punta de los dedos gracias a su genialidad. Lo que no sabía y me habría gustado saber era si Anna era consciente de que Karl actuaba así, porque Anna siempre ha buscado personas que puedan ser suyas y solo suyas. Y Karl, de exclusividad, nada.

La verdad es que, cuando volví a casa después de aquel primer encuentro con Anna en casa de Karl, pensé que es verdad que existen las jugadas del destino, pero aquella era de las que hacen historia.

Anna

Media parte. El público está entregado y aplaude con pasión. Aquí es raro, porque esto no es Barcelona, donde el público es de los que realmente demuestran sus sentimientos. Es muy curioso, al principio te sorprende la diferencia de reacción del público en un sitio o en otro cuando prácticamente has tocado igual en los dos. Después te das cuenta de que los mediterráneos le echan más sentimiento que los nórdicos. Será cosa de la sangre, nosotros la tenemos más caliente y nos emocionamos más fácilmente, y también nos enfadamos antes y toleramos menos que nos tomen el pelo. Aquí, en cambio, suenan cuatro aplausos y basta, pase lo que pase. Bueno, normalmente, porque hoy, por lo que oigo, esto está animadísimo.

También estaban animados los ensayos con Teresa y Karl. Por fortuna, solo hubo dos antes de empezar a ensayar con toda la orquesta. Y en esta ocasión solo hemos hecho uno, justo antes del primer ensayo con la orquesta.

Cojo el violín y salgo del camerino. Veo a Teresa de lejos y vuelvo a pensar que ya no es la que era, recuerdo que tenía una presencia física impactante y que hace unos años la envidiaba. Yo era flaca y frágil y ella, alta y fuerte. Ahora, sin embargo, le pesan los años. Y además no puede tener hijos, se le ha pasado la ocasión, quizá creyera que mi padre podía darle un hijo, yo podría haber tenido un hermano. De esta mujer, nunca, qué asco.

Mark abandona el escenario secándose el sudor de la frente con un pañuelo blanco, uno de aquellos pañuelos que tiene que llevar siempre en el bolsillo, que siempre pregunta si están limpios, y le tengo dicho a la asistenta que priorice los pañuelos de Mark por encima de todo, incluso de sus camisas. Está obsesionado. Le sonrío y le pregunto si ha ido bien. Él no contesta, solo dice que sí con la cabeza. Corro a su lado, lo acompaño al camerino. No me hace mucho caso, estará cansado.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunto en el último momento cuando veo que quiere encerrarse en el camerino.

—No, gracias —responde con media sonrisa. Y me echa con delicadeza—: Hasta luego, bonita.

La puerta se cierra y me quedo fuera. Siento como si acabaran de herirme profundamente, como si me hubieran dañado los pulmones y, de pronto, me costara respirar. Me acuerdo del hospital y cuando salí de allí porque me pasaba lo mismo, me costaba respirar hondo y la criada tenía que acompañarme a todos lados porque me daba miedo ir sola. Pero aquello se acabó, y ahora me ha vuelto a pasar. No es la primera vez, Mark a veces suelta cada una que me siento así, como si volvieran a herirme profundamente en los pulmones. Me vuelvo poco a poco y me aseguro de que nadie ha presenciado la escena. Dejo el violín en una silla, bien colocado, bien protegido de posibles golpes, y salgo poniendo un pie delante del otro como una autómatas. Hay músicos que han salido a fumar aprovechando el descanso, y eso que llueve. Sí, llueve, caen unas gotas pequeñas pero constantes, de esas que no suenan

pero van mojándolo todo lentamente y sacan brillo a las hojas caídas. En realidad, es mi alma, que se hace añicos, la veo alargarse y deshacerse al tocar el suelo, y se mezcla con las hojas de colores que han oscurecido porque ya no hay luz.

Ayer, en el Spree, mi alma bajaba con fuerza. Ahora no, ahora se ha roto.

Me gustaba que Karl viviera tan cerca de casa, pero él no debía de tener el estanque dibujado en el techo de la habitación porque no le quedaba tan cerca como a mí. No estoy segura, no lo supe nunca porque nunca me enseñó su habitación, insistía en que nos quedáramos en la sala del piano. Karl me devoraba con la mirada cada vez que acabábamos de tocar, todo él desprendía fuego y yo me encendía. No tenía nada que ver con Mark, que no sabe ni sabrá nunca lo que es sentirse dentro de otra persona como yo me sentía dentro de Karl y él dentro de mí, éramos uno solo, ya no necesitaba a nadie más en el mundo y no importaba que él fuera bastante mayor que yo. Solo sufría por si aparecía la criada en cualquier momento, pero, aunque es una bruja, tengo que admitir que nunca entró ni por equivocación y nunca se la oyó.

Entonces tuvo lugar el episodio del violín. Me presenté con el Stainer para impresionar a Karl y le impresioné, sí, pero de otro modo. Me cogió el instrumento, lo inspeccionó y me pidió permiso para llevárselo un momento. Se lo di y salió. Pensé que estaría comprobando algo que quería ver a solas porque en la casa, aparte de María, no había nadie. Nunca he sabido qué analizó exactamente, pero cuando volvió me miró de una manera tan extraña que me sentí enrojecer y me dio la impresión de que me acusaba de algo con la mirada. Así que dije lo primero que me pasó por la cabeza, que fue que me lo había regalado mi padre y que no sabía de dónde lo había sacado. Y entonces saltó, cuánto quieres por el violín. Me quedé de piedra y, tras unos instantes de silencio, contesté, nada, no está en venta. Karl, sin inmutarse, dio una cifra. No, no, no está en venta, repetí moviendo la cabeza y pensando que el pobre no sabía que yo lo único que tenía era dinero, mucho dinero, que me había quedado sin padre y sin madre, pero nadaba en la abundancia. Pareció que desistía y nos pusimos a tocar. Y, después de tocar, se acercó y me besó. A mí no me había besado ningún hombre porque no dejaba que se me acercaran, no quería que nadie me tocara, no quería que nadie profanara mi soledad física y eso que tenía casi treinta años. Pero a él no pude decirle que no, me hipnotizó, todavía seguíamos bajo los efectos de un montón de efluvios musicales, de aquello que solo puede conseguirse con la música, y algo me retuvo donde estaba y entonces experimenté lo que era dejarse besar por un hombre, y no por uno cualquiera, sino por él. Un hombre que, por edad, pensé en un instante, podría ser mi padre y que, una vez muerto, descubrí que podría ser mi abuelo. Pero en aquel momento me dio igual: Karl besaba con furia y, con lo alto y grande que era, parecía que quisiera devorarme entera. Me tiró al sofá, al principio me resistí un poco, pero él me apartó suavemente las manos y al final cedí, había sucumbido y me gustaba, y me gustó aquel día y los que vinieron después. Me gustó hasta que todo se estropeó con quien tenía que estropearse, es decir, con Teresa.

Pero sería más adelante. De momento, Karl era solo para mí a pesar de que, a veces, no se acordaba de mi presencia, no me hacía caso, o tocábamos y era yo quien tenía que perseguirlo. Fue entonces cuando se me ocurrió la gran idea, cuando supe qué hacer para que solo me prestara atención a mí. Y un día fui y se lo dije, te doy el Stainer si te casas conmigo.

Mark

A mi padre le recomendaron que no viajara porque tenía problemas de corazón. Unos días antes de salir para Roma nos dio un susto. Suerte que yo estaba en casa porque María se aturulló, se asustó cuando vio que mi padre no podía ni hablar del dolor que sentía en el pecho. Me lancé al teléfono, vino una ambulancia y fuimos al Clínic. Al cabo de dos días volvía a estar en casa, pero con unas órdenes muy concretas del médico que mi padre, claro, no cumplió porque pasaban por no salir de gira. El médico le dijo que bebiera. Unos sorbitos de *whisky* en los momentos de más estrés le irán bien. El *whisky* no me gusta, repuso mi padre con una mueca de asco. El médico se enfadó un poco, pues usted mismo, me dice que saldrá igualmente de gira y que no beberá *whisky*, pues muy bien, yo no puedo hacer nada más. Mi padre cerró la boca y no dijo nada, parecía que el médico lo hubiera mandado directamente a la tumba con sus últimas palabras, parecía que le hubiera dicho, hala, vaya encargando la caja a medida, que es usted muy grande y no cabrá en una normal. Ojalá la hubiera encargado porque después es verdad que tuvimos problemas con las medidas.

Hacía días que estaba preocupado y, como por fuera su actitud era la de siempre, María y yo no le habíamos dado importancia. Pero cuando tuvo la angina de pecho, María vino a verme y, sin poder contener el llanto, me preguntó, qué vamos a hacer, Mark, cómo vamos a conseguir que no salga de gira. No lo conseguiremos, María, respondí moviendo la cabeza de un lado a otro con resignación. María rompió a llorar, qué fidelidad la de esta mujer, por eso insistí en que asistiera a este concierto en Berlín, era muy importante que ella viniera para recordar precisamente el concierto de hace diez años aquí, en el lado oriental de esta ciudad tan dolida con su pasado, era el *leit motif* de toda aquella gira, Karl T. se había labrado la reputación en Berlín este y era muy importante que volviera a dirigir un concierto en la ciudad ahora que el muro llevaba años derribado. Intenté explicárselo y terminé por decirle, para él toda la gira es muy importante, pero sobre todo el concierto en Berlín, si no lo hace se morirá de pena. Nos miramos y nos entendimos sin mediar palabra. María se secó las lágrimas, quedaba claro que era preferible que muriese haciendo lo que quería hacer en lugar de quedándose en casa.

Y así fue. Mi padre dio el concierto en Berlín y, cuando volaba solo hacia Viena porque el resto de la orquesta, cantantes y solistas cogieron otro avión, murió. Nadie pudo hacer nada, fue un instante de sufrimiento fugaz y cuando las azafatas se dieron cuenta ya era tarde.

Cuando me avisaron me sentí perdido durante muchos años. Me refiero a perdido en el sentido literal, porque mi padre era mi referente, la estela que seguía para llegar no sé dónde con la música y con todo lo demás desde que le había conocido. Me habría gustado llevar su vida austera, alcanzar aquel misticismo que impregnaba su vocación y el resto de su vida, si es que tenía vida, porque mi padre vivía por y para la música.

Pero yo soy diferente, necesito vivir también fuera de este mundo y necesito tener amigos y una mujer. Otra que no sea esta, que me ahoga. Creo que hoy, cuando termine el concierto, cuando Anna haya tocado, le diré que se ha acabado. Estoy hartos.

María me oyó dar un grito cuando contesté al teléfono y acudió corriendo. Después me vio llorar y preguntar por los detalles de lo sucedido. Con los ojos llorosos, aparté un momento el auricular para decirle, ha muerto. Ella no hizo nada. Durante unos segundos, mientras al otro lado del hilo telefónico el mánager de la orquesta me explicaba cómo había pasado, María no se movió ni cambió la expresión ni lloró ni nada. Después dio media vuelta y desapareció.

María

Cuando el señor Mark me dijo que su padre había muerto pensé que todo el aire a mi alrededor se había congelado de golpe. El cura de la última misa de domingo había estado hablando precisamente del apocalipsis y nos había contado que, cuando llegara, el cielo caería y la tierra se hundiría y, si todavía quedaba alguien vivo, los ángeles bajarían y rodarían cabezas, así se asegurarían de que moríamos todos porque por algo era el apocalipsis. Pues yo, cuando supe que el señor Karl había muerto, pensé que el cielo se caía y la tierra se hundía. Y antes de que bajaran los ángeles a cortar cabezas, me fui a mi cuarto, cerré la puerta y abracé el Stainer y la carta y me quedé seca, mirando el techo, acostada en la cama, durante un buen rato. Quería llorar y no podía, dentro tenía un pedrusco gordo y frío que me llenaba por completo, un pedrusco helado que me insensibilizaba por dentro. Pero no conseguía insensibilizarlo todo, no, porque en un rincón quedaba una gota caliente y esa gota, poco a poco, iba multiplicándose por mil y deshacía el hielo y creaba más gotas, tantas que se convirtieron en un mar y salieron todas al exterior. Me costó llorar, pero cuando me arranqué, no paré en horas. Y mientras lloraba, me pasaban por la cabeza todos aquellos años, tantas cosas, el señor tocando, el señor en el sofá, yo tirando el violín a la basura, preparándole chocolate caliente, haciéndole de todo. Y así, al cabo de un rato seca y muchas horas mojada, fue como llegué al día siguiente, cuando ya había pasado la noche entera y se había roto el silencio porque allí siempre había gente, al lado de aquel parque que tanto se transformaba de mañana, tarde o noche.

Resultaba que había llegado un nuevo día, pero el señor ya no estaba.

Al cabo de mucho tiempo, el señor Mark vino a verme, llamó a la puerta y pensé que debía abrirle. Me sequé las lágrimas y abrí después de esconder el Stainer en el armario. Fuera esperaba un chico que también lloraba, un chico que había perdido a su padre, y yo no me atrevía a abrazarlo, no sabía qué hacer, pero quería abrazarlo, yo también lo necesitaba. Se me adelantó, y los dos nos quedamos así, abrazados y llorando, durante un buen rato. No recordaba haber sentido el calor de una persona tan de cerca desde hacía muchos años, no recordaba lo cálidos que podían llegar a ser los abrazos, y aquel con el señor Mark me recordó a los que me daba mi madre cuando era pequeña, que conseguían que me sintiera a salvo de todas las maldades del mundo. Me voy para organizarlo todo, me dijo luego, secándose las lágrimas, la telefonaré para que me ayude, ¿de acuerdo?, porque tendremos que preparar el funeral. Dije que sí con la cabeza, tragando lágrimas. Si él se las había secado, yo también debía hacerlo.

Cuando el señor Mark se marchó, me acerqué a la iglesia a hablar con Dios. Dios, le pregunté, por qué cuando me lo das todo, me lo quitas. Y Dios me miró desde la cruz donde lo habían clavado al otro lado del altar y me dijo, hija mía, la felicidad completa no existe. Bueno, no sé si me lo dijo Dios, no me acuerdo, puede que me lo dijera yo misma, pero el caso es que me resonó en los oídos y me eché a llorar otra

vez, con unos hipos que se escuchaban por toda la casa del Señor.

Regresé a casa y abrí el armario de mi cuarto. Cogí el Stainer y lo miré. Después cogí la carta que tantas veces había leído y también la miré, pero sin leerla porque quien la había escrito estaba muerto y me sentía incapaz de releerla, y eso que, cuando me la entregó, la leí no cien, sino mil veces como poco. Lo vi de nuevo viniendo a verme el mismo día que partió hacia Berlín. Me miraba de un modo especial cuando me dijo, venga, María, prepáreme un chocolate con nata. Y le preparé chocolate con nata, y eso que hacía tiempo que no me lo pedía. Yo también me serví un poco y nos lo tomamos juntos en la cocina, y él me habló del concierto que iba a dar y me dijo que le ilusionaba mucho dirigir la obra de los domingos por la mañana porque ya lo había hecho hacía muchos años en su país, pero nunca más.

Después se secó los labios y me dijo que no me moviera de donde estaba. Regresó al cabo de un rato vestido para el viaje, con el Stainer en la mano izquierda y el arco y un sobre en la derecha. Me miró de un modo especial, como cuando yo tocaba la canción de la granjera y el pastor, y depositó suavemente el violín en mis manos. Lo he recuperado para usted, me dijo. No podía creerme lo que me decía, al principio enmudecí, pero luego espeté sin dudarle, el señor se ha vuelto loco. Pero él me mandó callar y me tendió el sobre cerrado, esto también es para usted. Cogí la carta y me dispuse a abrirla. No, me interrumpió, ábrala cuando me haya marchado, por favor, hay cosas que tienen que decirse por escrito. Le miré y me pareció que, por primera vez desde que le conocía, el señor se había sonrojado.

La última vez que le vi salía por la puerta a contraluz, con la maleta en dirección al taxi que le esperaba. Habría querido abrazarlo, no sé qué habría querido hacerle, tenía un Stainer en la mano y no terminaba de creerme que fuera mío y tampoco sabía lo que decía aquella carta misteriosa, pero seguro que era algo importante porque el señor no era aficionado a escribir, no escribía nunca, solo las notas de los pentagramas. Tal vez me haya escrito una partitura, pensé. Y entré en mi habitación para desvelar el misterio que tanto me intrigaba temblando de emoción, con el violín en una mano y un sobre blanco en la otra.

Teresa

La primera parte ha ido bastante bien y les han aplaudido mucho. Mark sale secándose la frente y se dirige al camerino seguido de Anna. Tengo la impresión de que preferiría no tenerla siempre tan cerca. Sé por qué pasa, sé que en realidad Anna es un alma desgraciada que busca a alguien que esté pendiente de ella porque no tuvo madre y piensa que tampoco tuvo padre, pero no es verdad, sí que tuvo padre. No obstante, a Anna no le bastaba con la relación normal entre padre e hija, necesitaba tenerlo solo para ella, como necesita tener a todo el mundo solo para ella y, de momento, lo único que tiene para ella sola es el Stainer. Aún tendré que considerar mi donación como una obra de caridad. No sé qué pensar con esta chica, no sé qué pensar.

Mark insistió en que viniera al concierto. Hace diez años de su muerte, es un homenaje y nos han pedido que, a poder ser, vinieran los que tocaron entonces. Me había telefoneado. Vendrá Anna, le pregunté al final. Sí, respondió con un hilo de voz. Contesté con un ya distante mientras pensaba. Al final le pregunté si ella estaba de acuerdo con que yo fuera. Mark respondió al instante, bueno, Anna quiere que salga bien, como yo, como todos. O sea, que no quiere que vaya, pensé. Pero sabía que habían pedido que el homenaje se celebrase con nosotras y que si no iba pondría a Mark en un aprieto. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa. De acuerdo, iré, cedí al final. Y al otro lado de la línea telefónica se oyó un suspiro de alivio y un gracias que me arrancó una sonrisa. Si tocaba aguantar a Anna, la aguantaríamos, tampoco tenía que casarme con ella, solo era un concierto puntual.

Los ensayos de hace diez años se convirtieron en auténticas partidas de ajedrez. Como Anna y yo no nos hablábamos, un silencio sepulcral invadía aquellos ratos en la sala del piano de casa de Karl. Solo le escuchábamos a él, estábamos las dos muy atentas y, una vez dicho lo que tenía que decirnos, empezábamos a tocar. Anna agarraba el arco nerviosa, se le arrugaba la frente, igual que cuando era niña, y también tocaba nerviosa, como si quisiera ganarme a fuerza de notas, y la verdad, no necesitaba preocuparse tanto, yo nunca tocaría tan rápido como ella. Mis virtudes eran otras, pero no la velocidad. Continúo sin ser rápida y ella lo sabe, y me mira desafiante antes de empezar el primer y el tercer movimiento, siempre igual, no le hago caso, a ver qué si no, si después llega el segundo movimiento y allí soy la reina porque a la hora de poner el alma Anna no sabe cómo hacerlo, no tiene.

Yo miraba el sofá negro de la sala y pensaba en épocas pasadas, en Karl y yo abrazándonos y besándonos, en Karl y yo fingiendo que nos queríamos. Cuando Karl me hipnotizó por primera vez, me dije que era algo bueno, una buena solución. Sabía que él tampoco tenía a nadie, que pasaba de una a otra y que en todas partes había mujeres que le recriminaban haberlas abandonado. Karl no hacía caso, creo que era incapaz de comprender el dolor que provocaba con sus abandonos. Si no concedía la menor importancia a las escenas de sofá, cómo iba a dársela a dejar de practicarlas

con alguien de un día para otro.

Cuando intuí que Anna había pasado por lo mismo, me dije, Teresa, se acabó lo que se daba. Se me encogió un poco el corazón, pero solo un poco, creí que me recuperaría puesto que siempre lo había entendido como una necesidad cubierta por ambas partes y nada más. Pero sabía que Anna no se lo tomaría así y que el día que acabara con ella sería la debacle. Ese día yo procuraría no estar presente. A ella se le veía en los ojos la posesión de Karl, aquel sentimiento les otorgaba un brillo especial, se notaba que en aquel momento vivía por y para aquello, que a su modo era feliz, al modo cruel que le habían enseñado la vida y las circunstancias. Anna no creía en el ser humano y sigue sin creer en él.

Querría no tener ninguna culpa de lo que ocurrió aquel día de la gira, pero debo admitir que un poco sí tengo.

Todos los músicos partimos en el mismo avión menos Karl, que había salido dos días antes para poder encerrarse en la habitación del hotel a ensayar. Evidentemente, durante el vuelo, Anna y yo nos sentamos tan alejadas como pudimos. Mark no estaba, Mark no era nadie e hizo carrera al morir su padre, son cosas que pasan, los humanos buscamos referentes y, cuando nuestro referente desaparece, consultamos la cola de los que están esperando y decimos, que pase el siguiente.

Al llegar a Berlín no vimos a Karl. Ignorábamos si se alojaba en el mismo hotel que nosotros, debíamos reunirnos veinticuatro horas antes del concierto para una prueba de sonido de la sala y así fue. Ensayamos, no llegó a media hora, y después cada uno se retiró por su lado a descansar. Cuando estaba guardando el violín en el estuche, Karl se acercó y me dijo, ven conmigo, por favor. Me volví y lo que vi en sus ojos no me gustó nada, era una necesidad, sí, pero no como las otras, no como las de antes, me pareció que no se encontraba bien y me apresuré a aceptar, lo acompañé y subí con él a su habitación. Yo no sabía que estaba enfermo, no quiso decir nada a ninguno de los músicos que lo acompañaban y yo, hasta ese momento, había formado parte del paquete de silencios. Por lo visto los días antes de salir de viaje había pasado dos noches en el hospital por culpa del corazón. De repente bebía *whisky* cada vez que tenía que hacer un sobreesfuerzo, es decir, cada vez que dirigía un concierto. Y ponía aquella cara que yo todavía no había identificado y que después entendí que era la cara de quien se encuentra mal y necesita una medicina para recuperarse y poder ir tirando a trancas y barrancas. Una cara que, en aquel momento, me asustó aunque no supe por qué.

Lo seguí a la habitación. Sabía que entre él y yo, tras un par de años trabajando juntos, se había creado un lazo irrompible, distinto del que lo ligaba a las otras mujeres, un lazo que nos permitía tener un mínimo de intimidad, entendernos con una mirada, sabía que en aquel viaje, por mucho que se hubiera liado con Anna, con quien tenía más confianza era conmigo, toda la confianza que Karl T. podía tener en alguien, claro, que no era mucha.

Entramos en la habitación y cerró la puerta. Qué te pasa, pregunté de inmediato.

Nada, respondió mientras se dirigía a la cama con pasos vacilantes. Me alarmé, pues para no pasarte nada, hay que ver cómo estás. Lo ayudé a acostarse. Karl respiraba despacio, como si temiera no encontrar suficiente aire si no lo hacía así. Cuando estuvo acostado, se giró y me miró. Solo necesito que me abracés, no te importa, ¿verdad?, me dijo. Me miró como si me pidiera desesperadamente un caramelo. Y yo en aquel momento me pregunté si el gran Karl T. tenía miedo escénico y quería el apoyo de una mujer que le hiciera de madre. Me pregunté muchas cosas en pocos segundos, me acerqué y le abracé tal como me había pedido. Y cuando lo tenía con la cabeza apoyada en el hombro, oí que me decía, este concierto es muy importante. Si me pasa algo, lo dirigiré él. Me quedé estupefacta al escuchar sus palabras, pero Karl se refería a un nombre y un teléfono apuntados en un papel que depositó en mi mano. Correspondían a un reputado director de orquesta berlinés que yo conocía bien. Pero por qué dices eso, no te encuentras bien, quieres que retrasemos el concierto, pregunté, asustada. No, no quiero nada, me contestó alzando una mano, solo quiero que se haga el concierto, por favor, prométemelo. Me miró como si me pidiera que le prometiera que viviría. Se lo prometí, pero luego le pregunté qué pasaba, si no se encontraba bien. No estoy fino, respondió, y ya tengo una edad. Sonrió un poco al decirlo, bromeaba. Le miré y me di cuenta, en aquel preciso instante, de que Karl T. era mayor. No solo eso, parecía estar en las últimas. No pregunté nada más, se le veía cansado.

Entonces llamaron a la puerta. Y qué quieren ahora, rezongó Karl pensando que sería alguien del personal del hotel. Me pidió con la mirada que abriera y me dirigí a la puerta. Pero no era un camarero, no. Anna estaba allí, al otro lado, con una expresión de aquellas que hablan por sí solas. Oh, no, pensé, cerrando un instante los ojos. Además, era inútil esconderse, claro. Perdón, me he equivocado, dijo ella. Y desapareció.

Cerré la puerta con suavidad y me encaminé hacia Karl después de dejar escapar un suspiro. Él me miró un instante con miedo, pero después me preguntó, por dónde íbamos. Volví a abrazarlo, no sin un punto de preocupación porque me preguntaba qué podía hacer aquella muchacha tan retorcida.

De todos modos, qué curioso, Anna nos pilló el único día que estuvimos a solas y no hicimos el amor. Cosas que pasan. Me marché en cuanto me aseguré de que Karl se encontraba bien y solo quería dormir. Me preocupaba que le ocurriera algo de noche y me ofrecí para quedarme, pero me garantizó que no hacía falta. Le dejé una nota con el número de mi habitación escrito muy grande al lado del teléfono. Después me fui.

Al día siguiente, nuestro director estaba como una rosa. Como si no hubiese pasado nada. Y dimos el concierto en Berlín y se marchó al otro día, temprano, hacia Viena. Nosotros, los instrumentistas, todavía nos quedamos un día más en la capital alemana.

Anna

Llueve. Llueve y las hojas del suelo parecen platos que almacenan agua. Y el agua almacena más trozos de mi alma. La tengo aquí, en el río y en el estanque de Barcelona. Tengo trozos de alma por todas partes, es curioso cómo una cosa tan intangible puede llegar a fraccionarse. Pero los trozos no se dejan atrapar, ya lo intento, ya, pero no hay manera. De todas formas no es culpa del agua. Es culpa de todos, de todos los que me rompieron el alma y la lanzaron al estanque de al lado de casa y me dijeron, hala, preciosa, ve a buscarla y, si está rota, recomponla. Nunca la recompuse. Al principio lo intenté y luego, cuando ya no dolía, desistí, si mi alma quería seguir en el agua dividida en trocitos, que se quedara allí. La culpa no era mía, sino de todos, de todos. También de Mark, que ni siquiera me deja acompañarlo al camerino. De todos.

Está muy oscuro. Cuando hemos venido ya había oscurecido, aquí los días son cortos y el sol escaso, se acaba enseguida. Pero continúa lloviendo. Ahora me pondría a caminar arrastrando los pies, metiéndolos en los charcos, permitiendo que se mojaran. Lo haría, pero tengo que salir a tocar y los zapatos tienen que estar en condiciones. Todo el mundo ha entrado otra vez porque empieza la segunda parte. Se trata, sí, de una segunda parte a todos los efectos. La segunda parte de la comedia de mi vida, con un ser vivo en las entrañas y el agua que continúa cayendo, constante, pero sin hacer ruido, como si no quisiera hacerse notar. Los berlineses, acostumbrados a este tiempo, pasan con prisas debajo de paraguas de todos los colores. Y yo pienso en cuando me enteré de que Teresa y Karl eran amantes.

Creo que fue la última vez que se me partió el alma. Fue entonces cuando me di cuenta de que Teresa, que había sido un referente en mi vida, en realidad vivía para hacerme daño. Seguramente no tenía ningún otro objetivo en este mundo. Cuando los pillé en aquel hotel de esta misma ciudad, hice un gran esfuerzo para que creyeran que me importaba un comino. Pero no era verdad. La mirada de Teresa, como disculpándose, como si fuera la santa inocencia, como si estuvieran jugando a los malentendidos, me encendió todavía más. Mientras me alejaba rápidamente de allí, todo lo rápido que pude, me preguntaba cómo puede uno llegar a ser tan malnacido, cómo se puede llegar a ser tan retorcido, cómo podía haber creído en Teresa. Realmente, de niños, nos creemos cualquier cosa.

Aquel día llegué al Spree sin aliento. El agua bajaba tranquila, pero yo me ahogaba. Grité asomada a una barandilla sobre las aguas caudalosas y entonces empecé a respirar deprisa, mezclando inspiraciones con hipos, que me salieron todos a un tiempo, los hipos de toda una vida, los hipos de la verdad, de aquella mujer que quería acabar conmigo, de esta mujer que tocará conmigo el *Concierto para dos violines* de Bach. Seguro que la mala puta había seducido a Karl, seguro que se lo había llevado a la habitación con engaños, seguro que se había percatado de que entre nosotros había algo y había dicho, pues este también me lo quedará yo y Anna se

quedará sin nada, sin nada en absoluto.

El mundo es difícil para algunas personas y para mí lo era, el profesor de la nariz aguileña tenía razón, mi destino era vivir *en souffrant*, al menos hasta que decidí que se había acabado, haré diez años, hipando junto al río Spree. Me preguntaba cómo se las habría apañado Teresa para conseguir ser el otro violín del concierto de Bach, cómo se las habría apañado para acercarse de nuevo a mí y buscar así la manera de hacerme daño. Claro que, en el momento que la vi, pensé que era casualidad, una casualidad endemoniada, de acuerdo, pero casualidad. Pero, evidentemente, después de tantas cosas he dejado de creer en casualidades, no puede ser, hubo trampa, y la trampa es ella y su manera de intentar fastidiarme al máximo. Lo vi claro el día del Spree. Y fue entonces cuando me dije que se había acabado, que no volvería a hacer el primo nunca más, que nunca más sería tan cándida. Ojalá hubiese tenido el Stainer en aquel momento, pero no lo tenía, acababa de dárselo a Karl. A Karl, que había prometido casarse conmigo a la vuelta, a Karl, a quien creía mío.

Creí míos a mamá, Teresa, papá y Karl. Y ninguno lo era, todos me engañaron. Pero ahora Mark sí que será mío gracias a la criatura que llevo dentro. Y ahora tengo el violín para pasárselo por delante de las narices a Teresa. Ella ni siquiera lo mira, parece que le importe un pepino que me pasee por el mundo con aquel instrumento que, según me contó, tenía desde niña. Una vez le pregunté quién se lo había regalado porque me extrañaba mucho que regalasen un Stainer a una niña y me contestó que se lo había encontrado. Di un respingo, cómo, ¿y no lo devolviste? Estaba en un sitio donde nadie lo quería, se apresuró a responder, y cambió de tema. No sé a qué se referiría, pero tiempo después, cuando me hizo todo aquello, cuando acabó llevándose a mi Karl, pensé que quizá fuera buena idea averiguar dónde lo había encontrado y, por tanto, a quién se lo había robado, porque es obvio que un Stainer no se abandona en un banco como quien se olvida el jersey. Puede que al principio casi me creyera la historia del violín abandonado, pero con los años, cuando se me cayó la venda de los ojos, también vi la verdad y comprendí que Teresa había robado el violín. Con todo, después de darle un par de vueltas a la idea de averiguar a quién pertenecía el violín, la desestimé porque entonces el violín volvió a mí y podía quedarme sin él si aparecía el propietario legítimo.

Recuerdo que, cuando pasó aquello, cuando pillé a Karl con la mala pécora, faltaba poco para el concierto, solo un día. Y lo necesité para recuperarme allí, a orillas del río Spree. Quería aparecer en el concierto sin una sola lágrima y con la cara limpia, y me costó conseguirlo. Tampoco puede decirse que aquel día tocase muy bien, me costaba concentrarme y notaba como si hubiera un cable eléctrico entre Teresa y yo, un cable que podía acabar destruyéndome y que me esforzaba en desviar hacia otro lado, hacia Karl, hacia el hombre que había prometido casarse conmigo. Y entonces, a medio concierto, cuando sonaba el segundo movimiento, me dije que se casaría conmigo, que me lo había prometido y era lo único que podía dolerle a Teresa. Era la mejor manera de vengarme.

Pero no me casé con él. Karl cogió el avión al día siguiente mientras nosotros todavía estábamos de visita turística por la ciudad que le había visto nacer. Nos encontrábamos escuchando el discurso de un guía en la Puerta de Brandeburgo cuando sonó el móvil del mánager. Se quedó atrás mientras los demás avanzábamos y luego nos llamó y nos volvimos. Todavía recuerdo la imagen de aquel hombre menudo a contraluz, con el teléfono móvil en la mano, cuando nos dijo, ha muerto. Nadie preguntó quién, todos lo sabíamos, no sé por qué, todos teníamos clarísimo que se refería a Karl.

Se acabó el paseo turístico, se acabó la gira artística y se acabó también mi futuro. Pero pensaba que había perdido el violín y no, eso sí que no lo perdí.

María

Vino mucha gente al entierro del señor Karl. Hicieron una ceremonia con un hombre que no era cura pero que decía casi lo mismo que si lo fuera, vamos, que se despedía del difunto. Y tocaron una música preciosa. La señora Teresa estaba delante y lloraba. A la señora Anna no la vi. Y el señor Mark también lloraba, sentado en primera fila. Me pidió que me sentara con él y al principio le dije que no, pero lloraba mucho y al final me pidió, no me deje solo, María, y entendí que me necesitaba, así que me senté con él, un poco avergonzada, lo admito.

Yo tenía el corazón roto en mil pedazos. Aquella muerte me había destrozado la vida y sabía que me costaría mucho recuperarme. Había subido poco a poco una montaña, una montaña altísima, y cuando parecía que había alcanzado la cima, no se me permitía coronarla del todo. No quería mirar el ataúd, cerraba los ojos y se me aparecía la imagen del señor Karl que tan bien conocía, la del que tomaba chocolate y se reía, la del que me miraba como me miraba cuando tocaba la canción de la granjera y el pastor, la del que me había escrito aquella carta e, incluso, la del señor que entretenía a señoras en el sofá. Y entonces abría los ojos y veía aquella caja cuadrada. No podía ser, el que estaba dentro no era el que yo recordaba.

La señora Anna no había asistido al entierro, pero sí que vino a casa al cabo de cuatro días. Era la misma señora Anna de hoy, diez años más joven. Era guapa, y todavía lo es, pero le están saliendo demasiados surcos en la cara y en la frente se le marcan dos arrugas que ya se le han quedado para siempre de tanto poner cara de preocupada cuando toca. La señora Anna se ha convertido en una auténtica señora, de esas que dan miedo, un poco como la madrastra del cuento de Blancanieves que a veces escuchaba contar a los niños a alguna niñera del parque. Sin embargo hoy, pese al miedo que da, pese a ser la bruja mala, va muy elegante. Lleva un vestido negro, largo, con un escote considerable, y me he fijado en que todos los hombres la miran para ver hasta dónde consiguen atisbarle los pechos. Es curioso, la mera idea me habría escandalizado hace unos años. Ahora, en cambio, me da risa.

Yo no llevo un vestido escotado, pero voy elegante. Es una pena que me duela tanto el estómago, que no me encuentre bien, porque hoy sería un día de esos para pasear con la cara bien alta y sintiéndome admirada pese a arrastrar un poco los pies porque estoy cansada y ya no tengo edad para calzar tacones. Con lo bien que se camina tocando el suelo con todo el pie, tienes la sensación de saber lo que haces, de regir tu propio destino. En cambio, con esto de los taconcitos, con esta aguja que, por baja que sea, te obliga a tocar el suelo solo por un punto, no sabes si estás en esta galaxia o en otra. Eso por no hablar de la incomodidad. El vestido sí me gusta, salí un día de tiendas para ver qué podía comprarme y encontré un vestido marrón que me sienta bastante bien. Ya me ha dicho el señor Mark, caramba, qué elegante, María, y yo me he hinchado como un pavo. Me lo ha dicho cuando la señora Anna no estaba, claro, porque con ella delante no se dicen estas cosas.

Hace diez años la señora Anna me dijo, hola, vengo a buscar el violín que me dejé la última vez que ensayé con Karl. La miré y un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo: el señor Karl, al principio de venir por casa la señora Anna, me había dicho que aquella mujer llevaba el demonio dentro, y a fe que era verdad.

Ahora debería levantarme y hacer mi trabajo. El trabajo que he venido a hacer.

Teresa

A cabo de ver a María allí, en un rincón. Me parece que se ha escabullido cuando ha visto que la miraba. Pero qué diantre hace aquí. ¿No debería estar sentada en el patio de butacas escuchando el concierto? Ay, no quiero saberlo. Quizá busca a alguien, pero quienquiera que sea seguro que no soy yo porque, si no, no se habría escapado al verme.

Qué hartón de pensar en Karl con esta música. Me parece que, en los tiempos previos a su muerte, para él me había convertido en una especie de madre o hermana mayor. Hacía mucho que no nos tocábamos, diría que porque con Anna tenía bastante y, sin embargo, como quizá yo fuera la única que no se había molestado con él por dejarme, seguramente me tenía un aprecio especial. La verdad es que estaba curada de espantos, había querido demasiado a Maties para poder volver a querer a otro hombre con la misma intensidad. Así, desde el primer momento, me tomé el asunto de Karl como un simple vivir la vida y punto. El caso es que, cuando Anna nos descubrió ya no pasaba nada. De hecho, al día siguiente por la mañana, a la luz del día y antes del concierto en Berlín, pensé que simplemente Karl necesitaba un poco de calor antes del concierto. Después supe que, aparte de calor, habría necesitado un médico. Pero, claro, qué podía saber yo. Los problemas de su corazón únicamente los conocían su hijo y María, y los dos se habían quedado en Barcelona. Y para Karl, la música iba primero, la salud ocupaba un discreto segundo plano.

Me enteré tarde de su muerte. No había salido con la visita turística que nos habían propuesto porque pensaba que Anna iría y no me apetecía coincidir con ella. Pensé que ya hablaríamos más adelante, si es que teníamos que hablar, o quizá no, quizá no nos hablaríamos nunca más porque ella también se frenaría, como me había frenado yo el día antes en aquel hotel y no la había perseguido porque no quería recibir otro portazo en las narices como el del hospital, no quería que volviera a pasarme nunca eso. Y también porque, es verdad, empezaba a pensar que quizá la chica se mereciera todo aquello, quizá Anna había comenzado a darse cuenta de que, por muchos palos que hubiera recibido en la vida, los demás también podíamos tener problemas y nos merecíamos otro trato.

El caso es que nadie me avisó hasta la hora de coger el avión rumbo a Viena. Allí, en el vestíbulo del hotel, nos encontramos los inocentes, los que no sabíamos que el vuelo quedaba anulado y a la mañana siguiente volvíamos a Barcelona. Qué extraño, qué pocos somos, comentó una chica de la orquesta. Sí, comentó otro músico, pero, claro, ninguno sabía que solo estábamos los que no habíamos salido a hacer turismo porque los que habían ido sí estaban al corriente. Recuerdo estas impresiones y pensamientos previos al golpe de efecto del mánager como si fuera ahora mismo. Entonces bajó él y nos lo dijo. Y me quedé helada. Los otros también, Karl era su director, hacía tiempo que pertenecían a la orquesta que él había creado, pero a mí, claro, me afectó de un modo especial. Sin poder evitarlo rompí a llorar mientras el

mánager explicaba cómo había sucedido. Alguna chica derramó alguna lagrimita y todos, en general, nos quedamos sin saber qué hacer ni qué decir. El mánager anunció la hora de partida del día siguiente y desapareció, y volví a la habitación del hotel con la maleta. Allí lloré un buen rato. Desde el fondo del corazón, pero una vocecita me decía, qué bien que no te lanzaras como con Maties, Teresa, porque, si no, esto te habría hundido para siempre. Eso sí, me dije que en adelante iría con mucho cuidado con los hombres porque parecía evidente que, cuando me liaba con uno, le adjudicaba un destino trágico.

Fue un regreso triste y silencioso. No miré a Anna, no quería saber nada de ella, no estaba para juegos irónicos ni miradas burlonas. Me aparté cuanto pude y, una vez en Barcelona, un pensamiento me alivió el dolor que sentía, y era que quizá la viese en el entierro, pero después no tendría que volver a verla. Nunca más.

Y no la vi ni siquiera en el entierro, creo que no fue. No estoy segura porque había muchísima gente, pero diría que no. Además, curiosamente, a la ceremonia solo asistieron las mujeres de su orquesta. Ninguna otra, solo yo. El resto, todo hombres. Pensé que seguramente todas habían terminado peleadas con él. Aunque la sorpresa fue descubrir que era mucho mayor de lo que yo creía. Te conservabas muy bien, Karl, pensé mientras se me escapaba una lágrima silenciosa, y yo que creía que solo nos llevábamos ocho o nueve años. Y también en un instante establecí la relación entre Anna y Karl. Dios mío, sedujiste a una cría, le recriminé al ataúd silencioso. Y, por unos instantes, ella, la chica desgraciada, abandonada, frágil, volvió a darme lástima. Solo por unos instantes.

A veces pienso en la forma de ser de Karl. No se tomaba sus relaciones como aventuras sentimentales, qué va, Karl vivía en otro mundo y no sabía lo que pasaba en este. Para Karl, una instrumentista que tocaba con él tenía que hacer música hasta el final, y el final implicaba liarse con él. Suena raro, pero estoy segura de que lo hacía como la cosa más normal y natural del mundo y sin ninguna intención de herir a nadie. Vivía en su mundo.

Quien no vivía ni vive en su mundo es Anna. Ella es de nuestro mundo y sí que busca la manera de causar el máximo daño allá donde pisa. Cuando pasados los años fui a ver a Mark, descubrí que Anna se había adelantado, y no solo eso, sino que Mark parecía muy enamorado de ella. Recuerdo que pensé con resignación, esta chica no cambiará nunca. Mark vivía en un piso cerca de donde había vivido Karl, la casa era del gobierno, me explicó, que se la había cedido a su padre al concederle asilo político, no era suya. Pero viendo el piso de Mark pensé que el dinero que Karl había ganado a lo largo de toda una vida no era del gobierno ni mucho menos. Saltaba a la vista que a su hijo le había quedado un buen pellizco.

Yo volví al conservatorio y a mi cuarteto. Teníamos trabajo y tocábamos en diferentes sitios, casi todas las semanas salíamos y lo pasábamos bien haciendo música. Qué más podía querer. Era la vida que había elegido desde el día aquel en que me encontré el violín mágico en la basura.

De hecho, todavía toco con el mismo cuarteto, aunque menos a menudo, hubo un momento en que dije basta a tanto ir de un lado para otro, un momento en que noté que la edad o algo parecido me pesaba demasiado sobre los hombros. Tampoco tenía ganas de trabajar junto a ningún director concreto como me había pasado con Karl, y rechacé la oportunidad cuando me la ofrecieron. Uno de los que vinieron a buscarme fue Mark, que había empezado a labrarse un nombre, aunque siempre he creído que en realidad ha mantenido el de su padre porque Mark era un violonchelista excelente, pero como director, nunca lo consideraría de los mejores. El caso es que me alegró mucho volver a verle, pero no sé con qué excusa enseguida le dije que no. Seguro que trabajar con Mark implicaba encontrarse con Anna por todos lados. Y no tenía ganas.

Vivía sola y me bastaba para vivir bien porque no me había instalado precisamente en el barrio del parque, sino en otro distrito de la ciudad donde el alquiler de un piso no suponía dejarse un riñón al mes. Y un día me encontré con María.

Y otro día vi en televisión un reportaje sobre Anna y su Stainer, el violín que había perdido las facultades mágicas al caer en manos de aquella máquina de hacer notas. Válgame Dios, y pensar que había sido su maestra y no había sido capaz de enseñarle a imprimir en la música algo más que simple velocidad. Anna mostraba su trofeo al mundo y explicaba que había poquísimos ejemplares y que le había costado mucho conseguir uno. Y yo, que comía almendras mientras veía la tele, dejé de comer para exclamar sin poder evitarlo, Madre de Dios, qué morro.

Mark

La primera parte ha quedado bien. Y la segunda no está quedando nada mal. Tantos ensayos han valido la pena. El público guarda silencio y me seco el sudor de la frente con un pañuelo blanco, como hacía mi padre. Tiene que ser blanco, siempre, queda más elegante. Eso decía el gran Karl T. y, por genética o por simpatía, también lo dice Mark T.

Cuídese el corazón, que estas cosas son hereditarias, me dijo María antes de despedirnos hace diez años. Me lo dijo con lágrimas en los ojos, a la pobre le sabía muy mal tener que irse, pero en mi nuevo piso, aunque grande, nos habríamos chocado constantemente. Le diría que viniera a planchar y a arreglar la casa, pero ahora ya tiene dinero y, claro, no estará para limpiar pisos, ¿no? Oh, sí, señor Mark, saltó ella, claro que iré. Mark, la corregí con una sonrisa, y rectificó, perdón, Mark. María era entrañable y todavía lo es, me recuerda mucho a mi padre, vivieron juntos cuarenta años y se conocían perfectamente las manías. Vivir con mi padre no era fácil, era un hombre extraño, entregado solo a la música, y nadie le entendía. Ni yo mismo estuve seguro de llegar a entenderlo en los años que pasé a su lado.

Cuando nos leyeron el testamento me quedó claro que con María se había entendido bien. Era un testamento corregido hacía pocos años, a mi llegada a Barcelona, y que por tanto también me tenía en cuenta. De no ser por mí, se lo habría dejado todo a María. Como mi padre tenía los gastos pagados, había podido ahorrar todo lo que ganaba, que era mucho, muchísimo. Sí, María pudo comprarse un piso y dejar de trabajar. Yo también me compré un piso, pero no dejé de trabajar, al contrario, porque entonces me vino la mayor carga de trabajo, que era sobre todo lo que mi padre no había podido hacer. De repente me solicitaban de todos lados, me vi viajando muchísimo, como antes, pero ahora ya no viajaba para estudiar o tocar, sino para dirigir, con la orquesta de mi padre, que se había quedado huérfana.

Cuando conocí a Anna y le hablé de María y de lo que mi padre le había dejado, no lo entendió. Pero cómo es posible que hayas permitido que tu padre no te lo deje todo a ti, su hijo, y cómo es posible que no te importe que deje la mitad de su fortuna a una criada. Su apreciación me dejó de piedra, y más con el énfasis que le puso. Le centellaban los ojos, estaba molesta y enfadada como si se tratara de su propio padre. La miré con atención, seguro que en el caso de Anna no era cuestión de dinero porque tenía de sobra, mucho. Entonces qué, no lo sé. Lo que sé es que a mí no me molestaba en absoluto lo que había pasado, es decir, consideraba que lo más adecuado era que María heredara buena parte del dinero de mi padre. Hombre, si yo no hubiera recibido nada, me habría molestado, sí, le contesté a Anna, pero me basta con lo que me ha dejado, me parece mucho. Además, lo más importante de todo era la herencia del apellido, el hecho de que por llamarme como mi padre de pronto se me abriesen muchas puertas que me permitían dedicarme a la música, a mi música.

Anna apareció en mi vida hará cosa de cinco años. No la conocía, solo la había

visto una vez en casa antes de la gira de mi padre porque se había dado la circunstancia, extrañísima, de que yo estaba. En aquel momento su presencia me impactó, es cierto, pero no le dije nada. Y hace cinco años le avisé para un concierto y ella me demostró cómo es capaz de tocar. Me volvió loco, por cómo tocaba y por cómo era. Cuando la vi entrar en la sala donde ensayábamos, moviendo las nalgas de aquel modo y con aquella mirada tan profunda y oscura, me di por perdido y necesité un esfuerzo sobrehumano para concentrarme en lo que estaba haciendo. Creo que ella lo notó porque la vi predisposta. En ese momento y más adelante.

Y ahora no sé cómo quitármela de encima. Ya sé que queda muy mal pensarlo, pero es que esta mujer me ahoga. Me siento obligado a pedirle todos los solos de violín y es cierto que toca muy bien, pero también me gustaría probar otros violinistas. Y no me deja caminar solo, no hay forma de que dé dos pasos sin tenerla a mi lado. Así parece que siempre arrastre un lastre difícil de gestionar. Y cada vez que hay gente cerca, viene a cogerme de la mano. Todo el amor, toda la ternura que había querido dedicarle en los primeros tiempos ha desaparecido. No queda nada, ni de aquellos primeros días en su casa, cuando la acompañaba después de los ensayos y me decía, pasa, que no te comeré. Pero era mentira, sí que se me comía, y a mí me gustaba que lo hiciera, me hacía perder la cabeza. No sé qué me hizo esta mujer, pero me cegó. Y ahora saldrá y tocará Bach con Teresa, a quien detesta y a la que no quiere ver triunfar bajo ningún concepto. Qué te pasa con Teresa, le pregunté un día. No me pasa nada, replicó. Pues estás siempre cargando contra ella y parece muy buena persona. Entonces se levantó de pronto, como si hubiera presionado el botón que accionaba un resorte interno que la volvía tan terrorífica que incluso me daba miedo. No te fíes nunca de las apariencias, me dijo apuntando al cielo con su naricilla pequeña y decidida. Y me reí un poco, todavía me hacía gracia, todavía la quería, todavía le creía.

Hoy, después del concierto, le diré que se ha acabado. Está decidido.

Anna

Ahora que estoy a punto de entrar, con el olor de la lluvia que me ha llegado al cerebro, ahora que siento cómo me sube la adrenalina, me acuerdo del día que volví a verla, igual que ahora, justo antes de salir a actuar. En aquella sala veías al público antes de entrar y miré al patio de butacas y la vi, esperando a que saliera. Me quedé boquiabierta. Ella no sabía que la había visto, en aquel momento no me miraba.

Ahora que tengo cerca a Teresa con su violín, ahora que noto su presencia callada y resignada, su presencia detestada, me acuerdo de la impresión que supuso la presencia de la otra mujer hace ya tiempo, cuando la descubrí allí en medio, entre el público, antes de salir a tocar. Tuve que hacer un esfuerzo titánico para sobreponerme, tuve que aferrarme con fuerza al Stainer, al Stainer que tenía porque había ido a recuperarlo de manos de la criada que parecía querer quedárselo. Pues me aferré a él y cerré los ojos y me dije, no puede ser. Y volví a abrirlos y sí que podía ser, estaba allí, continuaba entre el público, siguiendo atentamente la actuación. Y entonces nuestras miradas se encontraron y creí que no podría tocar. Me he enfrentado a muchas cosas en la vida, pero aquello era excesivo.

Mark entra bajo una lluvia de aplausos. Se seca el sudor de la frente con su pañuelito blanco y nos mira con una media sonrisa.

—Vamos, chicas, el escenario es vuestro.

Veo que Teresa me cede el paso, así que me pinto una sonrisa en los labios y salgo. La orquesta se levanta, la gente aplaude. Los aplausos me sirven de bálsamo para la piel, demasiado fina y delicada. Suerte tengo de los focos y el calor del público, suerte he tenido todos estos años porque hay cosas difíciles de superar.

Qué haces aquí, le pregunté cuando entró renqueante en el camerino después de un toc toc en la puerta que me hizo temer lo peor. Me sonrió, he visto que me has visto, dijo. La suya era una sonrisa contrahecha, una sonrisa plagada de arrugas que había perdido el encanto de otras épocas. Has envejecido, le solté sin la menor piedad. No se dejó impresionar, todos envejecemos, replicó. Y añadió, me dolió lo que pasó, no quería irme de aquel modo, pero tu padre me obligó. Arqueeé las cejas, en esta historia cada uno cuenta lo que mejor le parece, dije. Tu padre ha muerto, verdad, me preguntó. Sí, hace ya años, respondí. Y después le pregunté qué quería. Ella hizo una pequeña pausa antes de responder, nada, solo quería verte. Y añadió, tocas muy bien, y eso que no te gustaba el violín. Era lo único que tenía, grité por dentro. Pues ya me has visto, contesté en voz alta, seca. Aún me preguntó, estás casada, tienes hijos. Yo no sabía si responder a la pregunta y al final dije, vivo con un hombre. No le dije que era el director del concierto al que acababa de asistir. Entonces, parece que encontró la manera de decirme lo que quería decirme, mira, tu padre no te llevaba con él porque opinaba que los niños tienen que estar con su madre. Calló, y yo cada vez entendía menos aquel juego cruel de los disparates que se me clavaba como un puñetazo en algún lugar del estómago, ahora que me había

recuperado, venía ella y me contaba barbaridades. La miré y solté, y por qué no me teníais a medias, entre los dos, qué estupidez me cuentas, mamá.

Había dicho mamá. Cuántos años hacía que no decía mamá. Ella suspiró, tu padre no quería porque decía que habrías querido quedarte a vivir solo con él. Yo, que estaba pintándome los labios, pensé que tal vez tuviera razón. Mi madre terminó su discurso, me marché a vivir al extranjero con un hombre y, ahora que he vuelto, intento asistir a todos tus conciertos. También he ido a alguno que has dado fuera, en París, Madrid o Lyon. Continué pintándome los labios y después los lamí antes de decirle, vete, por favor. Lo dije suavemente, muy suavemente. Ella dio media vuelta y la vi vieja, viejísima, acercándose lentamente a la puerta y abriéndola. Antes de desaparecer solo añadió, perdóname.

En cuanto me quedé sola me puse a temblar como una hoja. Solo me faltaba sufrir por si me encontraba a mamá en todos los conciertos que hiciera en adelante. Entonces entró Mark y me vio sentada, mirando al suelo, y me preguntó qué ocurría. No me encuentro bien, no sé, estoy mareada. Se me pasará. Hacía tiempo que Mark y yo vivíamos en el mejor de los mundos, él, el Stainer y yo, en aquel piso de la parte alta de la ciudad, allí donde las plantas de los jardines besan con delicadeza las bases de unos edificios muy bien diseñados. A veces, me acercaba paseando al estanque para ver si estaba mi alma y decirle que ya no la necesitaba. Pero después de ver a mamá, por primera vez volví a necesitarla y, cuando fui a buscarla, mi alma se había marchado de nuevo. De repente, había perdido la paz y la calma. Tenía a Mark y el Stainer, pero no me bastaba. Y vino una época de mucho, de muchísimo trabajo, y en cada concierto buscaba a mi madre y sabía que estaba allí, pero luego nunca venía a verme. Después cogí una neumonía y me arrancaron el violín de los brazos y me obligaron a guardar cama. Mark tuvo que contratar a una sustituta para los conciertos y yo no soportaba ver cómo otra ocupaba mi lugar y le pedía a mi hombre que me dejara volver, que lo haría bien, que podía hacerlo aunque estuviera enferma, y comencé a practicar por las tardes cuando él no estaba y cogía el Stainer y tocaba, tocaba con toda mi rabia. Me imaginaba a mamá viendo el concierto y a la otra violinista, que según Mark tocaba tan bien y que quizá a mi madre hasta le gustara más que su propia hija, quizá a aquella sí le hiciera caso.

Y una tarde esperé a Mark en pijama con el Stainer en la mano. Ardía, pero no soportaba pensar que estaba ensayando con otra violinista. Esperé sentada hasta que se abrió la puerta y entonces me apoyé el violín en el hombro y comencé a tocar. Toqué *Il trillo del diavolo* de Tartini. Lo toqué con más sentimiento que nunca, y más cuando vi que Mark se me acercaba y, sorprendido, se quedaba a mi lado mirándome. Le puse una pasión que no era alma, pero pasión al fin y al cabo. Toqué dos minutos largos llevada por la fiebre o el diablo en persona, no sé muy bien. En el último momento, antes de caerme al suelo, pensé que saber que mi madre me seguía los pasos me había trastocado.

Me ingresaron en el hospital y después Mark me llevó unos días a un balneario.

Diez días sin violín. No lo añoré porque no tenía el instrumento pero tenía a mi hombre, que vivía solo para hacerme feliz.

Ahora está aquí delante a punto para darnos la entrada. Comienza Teresa y después, en el quinto compás, entro yo. De hecho, cuando termine este concierto, ya no la veré más. Se habrá acabado Teresa para siempre. Me coloco el violín en el hombro y, cuando me toca, inicio la melodía. Y entonces, por alguna misteriosa razón, un sonido extraño y contrahecho emerge de las entrañas del Stainer y, de pronto, todo se tambalea.

María

No me he quedado a ver lo que pasaba a la hora del concierto. Cuando han sonado los aplausos de la pieza anterior y antes de que salieran las dos señoras a tocar Bach, me he levantado y me he ido. Bueno, me he levantado como he podido y he recorrido toda la fila también como he podido diciendo, perdone, perdone, y todo el mundo me miraba extrañado porque no entendían lo que decía ni por qué me tropezaba con todos con este vestido tan largo que casi me llega a los pies. Ya estoy fuera, he bajado las escaleras y me he dirigido a la entrada lateral del teatro. Fuera está oscuro. Y aquí reina el silencio, el público está en la sala grande, donde la señora Anna debe de estar desesperándose porque el violín no le suena como debería. Miro a la mujer del guardarropa, como antes, que no me entiende, pero lanza una pequeña exclamación al verme y me señala el estuche que tiene al lado, medio escondido entre los abrigos.

—Sí, sí, exacto... Me llevo el abrigo y el instrumento... Gracias.

Me ha entendido perfectamente y me lo da todo. Se quedará descansada, pensará, esta mujer ya no me pedirá más ahora deme el estuche que me lo quedo y ahora se lo vuelvo a dar... Sonrío y con una inclinación de la cabeza le doy las gracias y me despido.

No me aguanto de pie, el estómago parece una olla a presión, pero no por ganas de ir al lavabo, si no he comido nada en todo el día. Solo sé que me duele un horror. Pero da igual, sonrío, a mi edad, hasta los dolores me hacen sonreír. Me tapo y salgo a la calle. Miro atrás y veo el cartel luminoso donde se lee *Staatsoper im Schiller Theatre*. Aguanto la respiración y pienso que no sé qué significan exactamente, pero las letras impactan por el tamaño y el brillo. Ayer no me fijé y hoy tampoco me he fijado cuando hemos llegado. Ah, todavía era de día y hemos llegado en taxi, me digo a mí misma. No veo demasiado bien, pero noto que el suelo está mojado. Sin embargo, ha parado de llover.

El día que me encontré a la señora Teresa paseando por la calle de casa llovía. Era la casa nueva, el apartamento que compré en un barrio más discreto que el del señor Karl. El señor Mark, en cambio, se había quedado a vivir por los alrededores y yo iba a arreglarle el piso una vez por semana a cambio de un pequeño sueldo y de la posibilidad de charlar un rato con alguien a quien apreciaba. Pero a veces el señor Mark no estaba porque cada vez lo solicitaban más, cada vez tenía más conciertos, en eso empezaba a parecerse al señor Karl, pero solo en eso, porque el hijo nunca sería como el padre y nunca haría música como la que hacía el padre, nunca la hará.

Cuando supe que me había dejado tanto dinero, me dio lo mismo. Todo me daba igual, todo, salvo el hecho de que el señor Karl hubiera desaparecido de pronto de mi vida, de mi entorno, de todo. Al principio me pareció una injusticia y después me sentí sola. Tras cuarenta años acompañada, no tenía a nadie. Solo tenía dinero, eso sí, pero a mí lo del dinero me daba completamente igual. Terminé haciéndolo todo, yendo a todas partes, con los ojos continuamente anegados en lágrimas. No había

forma de que las lágrimas desaparecieran, se me habían pegado a los ojos, no querían entrar, solo querían salir. Me sentía triste, triste, triste. De vez en cuando besaba la carta que me él me había dejado y también, cuando no había nadie, aquellos primeros días, tocaba con el Stainer las canciones alemanas y, sobre todo, la de la granjera y el pastor. Y pensaba, ay, si el señor me hubiera dicho antes lo que me decía en la carta.

Hasta que llegó la señora Anna y se llevó el violín. No pude impedirle que entrara en la sala del piano, como no había podido impedirselo nunca en todo el tiempo que estuvo viniendo por casa. Tuve la mala suerte de que en aquel momento el Stainer estaba en la sala, encima de una silla, porque había estado tocando y la sala era el lugar mejor insonorizado de toda la casa, el señor había mandado levantar unas paredes especiales para que los vecinos no se quejaran. De modo que la señora Anna se dirigió a la sala sin cortarse un pelo, agarró el Stainer y me preguntó dónde estaba el estuche con el tono de voz más estirado que he escuchado en la vida. El violín no es suyo, señora, le solté. Pues claro que es mío, cualquiera que me conozca le dirá que toco este violín, se lo demuestro cuando quiera. Pero se lo dio al señor Karl, él me lo dijo, exclamé. La señora Anna me miró un momento con la duda dibujada en los ojos, pero después se echó a reír y replicó, no diga disparates, cómo quiere que le diera el Stainer a Karl, no me haga reír.

Yo estaba desesperada y no sabía qué hacer. Habría querido ir por la carta y mostrarle la prueba de que el violín no es que fuera del señor Karl, sino que era mío, pero me frenó el resto del contenido que me había escrito el señor porque, si le enseñaba a la señora Anna la parte de la carta que decía que me daba el violín y que lo había obtenido de la antigua propietaria a cambio de una promesa de matrimonio, tenía que enseñarle el resto del papel y eso sí que no podía hacerlo, al menos en aquel momento. De modo que lo pensé unos instantes y me dije que era mejor no hacer nada, dejarlo correr. Ella vio que dejaba de pelear por el instrumento y aprovechó para insistir, qué, me da el estuche o tengo que ir con el instrumento así por la calle.

De repente sentí que la odiaba. Nunca había albergado un sentimiento así por una persona y no me gustaba, pero en aquel momento no pude evitarlo. Fui a mi habitación, cogí el estuche y se lo llevé reprimiendo las lágrimas, que entonces ya no eran de tristeza, sino de rabia. Ella guardó el instrumento y, sin darme ni las gracias, dijo, que le vaya bonito, y desapareció. Entonces sí que lloré.

Aunque las lágrimas no duraron mucho. Al menos las lágrimas por el violín. Y las otras, las del señor Karl, por fuera tampoco, pero por dentro las tuve mucho tiempo, me brotaban una y otra vez y no había forma de detenerlas. Eso de llorar por dentro tampoco me había pasado nunca, era como lo de odiar a la señora Anna, que poco a poco se me pasó porque entendí que aquel sentimiento tan negativo solo me perjudicaba a mí y, por tanto, habría sido una estupidez mantenerlo. Pero las lágrimas por el señor Karl, ay, eso era más complicado superarlo y me mojaba todo por dentro, como si fuera vinagre, porque me horadaban las paredes del estómago y de todo, y no como ahora, que también tengo la impresión de tener vinagre en el estómago, sino de

otra manera que no sabía curarme ningún médico.

Cuando el señor Mark y yo dejamos la casa de junto al estanque, me preguntó si quería llevarme algo. Le pedí permiso para llevarme el violín, el otro, el de estudio. Él siempre lo tocaba, mentí. Ah, sí, creía que ya no tocaba, que había abandonado el violín. Usted paraba muy poco por casa, señor Mark, o sea, Mark. Tiene razón, concedió él con una sonrisa triste. No quiere conservar nada más, me preguntó. Dudé un instante, hombre, sí, me gustaría llevarme una cosa, pero no sé si podrá ser porque creo que pesa mucho. El señor Mark arqueó las cejas a la espera. A Beethoven, dije deprisa. Entonces el señor Mark se echó a reír, esta sí que es buena, María, tiene usted cada una, no sé si nos dejarán, pero lo intentaremos, no creo que nos pongan problemas por un busto de escayola.

No nos pusieron ningún problema. De hecho, habían colocado a Beethoven allí, en la entrada, por hacer una gracia al señor Karl, pero seguro que si querían vender o alquilar la casa era mejor que lo quitaran porque ocupaba un lugar que cualquier familia normal preferiría llenar con una mesilla o una lámpara de las que ponen los señores en el recibidor. Y así fue como Beethoven vino a mi nueva casa, a mi pisito. En la entrada no cabía, en la cocina tampoco, de modo que le asigné una habitación, la otra, porque solo había dos. Y estaba allí en medio y yo le limpiaba el polvo a diario y al principio le decía *gut'n tag*, pero después empecé a decirle más cosas y a hablar con él, y empecé a hablarle del señor Karl y le leí la carta que me había dado y que ahora llevo en el bolsillo, y no solo una vez, sino que se la leí mil veces y, cada vez que la leía, lloraba. Yo, no Beethoven, porque él era de escayola, y yo que creía que era de piedra, pues no, no llegaba a tanto, pero de todos modos estaba frío y me miraba mal y debía de ser sordo porque dicen que el de verdad no hubiese oído ni un terremoto. Después cogía el violín, lo afinaba como buenamente podía, sin piano, pero descubrí que si escuchaba cualquier radio donde sonase música clásica podía afinar el instrumento, me salía solo, encontraba el *la* enseguida, y después podía tocar las canciones alemanas y así lo hacía, sobre todo la de la granjera y el pastor, pero lloraba tanto al tocarla que decidía dejarlo y no tocarla más, al menos durante un tiempo.

Al principio todo estaba triste y oscuro. El piso era muy pequeño y yo sentía que se me cortaba la respiración. Iba una vez por semana a casa del señor Mark a limpiar. Algún día coincidíamos y charlábamos un rato, pero normalmente no estaba y yo le ordenaba igualmente las cosas y él siempre me dejaba la cantidad que habíamos pactado que me pagaría aunque, gracias a la herencia del señor Karl, no la necesitaba. El señor Karl nunca había gastado nada, ni siquiera había pagado el Stainer porque se lo había dado su padre, y yo no tenía gastos porque vivía sola, de modo que, con lo que me había dejado, me bastaba para vivir eternamente si quería.

Cuando salía de casa del señor Mark pasaba siempre por el parque y el estanque de aguas tranquilas donde flotaban los nenúfares o las hojas que les servían de lecho. Y cerraba un momento los ojos para captar el olor a verde y me dejaba acunar por el

tintineo de las hojas de los chopos y los gritos de los niños que jugaban por la tarde, como aquellos otros niños que la señora Teresa cuidaba en otros tiempos y que siempre se le escapaban.

La señora Teresa vino un día a mi piso porque me la encontré delante de casa y llovía. Me sonrió y me preguntó cómo estaba. Nos pusimos a hablar del señor Karl. Afortunadamente ya había pasado tiempo desde su muerte y podía hablar del tema con normalidad, sin echarme a llorar. La invité a subir al piso, me salió así, de pronto, porque quedaba muy mal no hacerlo y que después me viera entrar en la portería. La señora Teresa llevaba una botella de cava que acababan de regalarle. Nos la beberemos, propuso alegremente. Y subimos, la hice pasar de largo por delante de la habitación de Beethoven y el violín para no tener que dar explicaciones y la acompañé al rinconcito de comedor que tenía, y ella exclamó, qué bonito, y me preguntó si todavía veía al señor Mark. Entonces le dije que no, que ya no, porque era verdad, hacía dos días que me había despedido.

La señora Teresa y yo nos servimos un par de copas de cava. Yo había aprendido muchas cosas en casa del señor Karl y en las que había servido antes, y una de ellas era que había que quedar bien con las visitas y que siempre había que tener copas a punto porque nunca se sabía qué podía pasar ni quién podía presentarse en casa. Entonces pensé que me faltaba el cava que, afortunadamente, esa vez había traído la señora Teresa. Y eso, me preguntó cuando le respondí que ya no veía al señor Mark. Suspiré, es que ahora la señora Anna va mucho por ahí y yo no le gusto demasiado, sabe. No le conté que de todos modos el señor Mark me había dado un teléfono para contactar con él si lo necesitaba y me había pedido que me quedara con las llaves de su casa y me había repetido mil veces que lo sentía muchísimo.

La señora Teresa bebió un sorbo de cava y tosió un poco. Anna es complicada, dijo en un tono inconcreto. Acabó la copa y se sirvió más. La dejé beber, yo solo me tomé dos copas y ella, el resto. Y, con todo aquel cava en la cabeza, me resolvió el misterio del Stainer.

Ay, acabo de quedarme clavada, sin respiración. No puedo moverme. Está oscuro y no me ve nadie, en esta plaza de adoquines mojados y resbaladizos de delante del teatro. Al final, con mucho esfuerzo, consigo poner un pie delante del otro, pero está claro que no daré muchos pasos más. Virgen de la Macarena, ahora veo claramente que no volveré a Barcelona.

Teresa

Dios mío, ha sido horrible. Sin embargo, el público no ha notado que el Stainer no era el Stainer, aunque sí que se ha dado cuenta de que pasaba algo porque los tres, Anna, Mark y yo, nos hemos quedado en estado de *shock* al escuchar el instrumento. Hemos tocado dos compases y Anna se ha parado. Se veía que quería continuar pero no podía, no ha entrado cuando debía, parecía que algo le impedía tocar, que los dedos no se le movían, que no podía apretar las cuerdas, que no podía mover el arco. Parecía que no podía hacer nada si no despertaba de aquel estupor. Entonces Mark ha tenido que pararlo todo. Se ha hecho un silencio sepulcral en la sala. Los de la orquesta, si han notado lo que pasaba, no lo han demostrado, pero nosotros tres estábamos petrificados. Mark ha mirado a Anna. Anna, roja como un tomate, ha mirado el violín, que es igual, igual que el Stainer, pero que no es el Stainer. Yo también he mirado el instrumento, pero disimulando un poco, porque he comprendido que había que salvar la situación de algún modo. Y, por fortuna, a mi *partenaire* no se le ha ocurrido ponerse allí mismo a mirar por la efe para comprobar si la firma era realmente la del Stainer porque eso sí que habría quedado mal, pero que muy mal. Simplemente se ha quedado quieta, desconcertada. En total ha sido cosa de segundos y luego Mark lo ha arreglado, se ha vuelto de cara al público y, con una sonrisa, ha dicho, para los que no lo sepáis, él siempre lo hacía así, una entrada falsa como la del Danubio Azul del concierto de Año Nuevo. El público ha respondido con risas y aplausos. Después Mark se ha girado y nos ha lanzado una mirada a las dos que quería decir, con Stainer o sin él, daremos el mejor de los conciertos. Y hemos arrancado y así lo hemos hecho, olvidándonos de que Anna no tocaba el Stainer. En honor a la verdad, debo admitir que Anna ha respondido al contratiempo de manera excepcional. En esta ocasión, el hecho de dejarse llevar tan poco por las emociones la ha ayudado a controlarse y a tocar con un violín nuevo, desconocido, como habría hecho con el mismo Stainer u otro que conociera de toda la vida. Me ha dejado admirada. Cuando hemos terminado, nos han devorado los aplausos y he pensado que era Anna quien los merecía. Hoy sí se ha ganado sobradamente el reconocimiento del público. Hemos saludado, nos han traído unas flores y ahora acabamos de entrar mientras la orquesta toma asiento.

—¿Qué ha pasado? —pregunto una vez fuera de escena mirando el violín de Anna.

—No lo sé... —responde ella, mirándolo.

Me parece sincera, completamente sincera. No sabe qué ha pasado, igual que Mark, igual que yo. Pero él continúa con la batuta y dice:

—Venga, salgamos de nuevo antes de que se acaben los aplausos.

Nos pintamos una sonrisa en los labios y salimos a escena. A veces en la vida es necesario pintarse una sonrisa y salir. Aquí hay focos que calientan, pero fuera hace frío. Y entonces te sientes muy solo o muy sola, como me sentí tras la muerte de Karl,

por mucho que volviera al conservatorio y al cuarteto. Y es que Karl para mí había sido algo más que el desahogo sexual de los primeros tiempos. No era como Maties, no se daba aquella pasión desenfadada ni una visión conjunta de la vida, aquella sensación de haber encontrado a tu media naranja. No, era sencillamente que aquel hombre, aquel gran director de orquesta, me había robado el alma, aquella alma que siempre me decía que ponía al tocar el violín. Y eso que no me oyó tocar el violín mágico, un violín mágico que a saber adónde habrá ido a parar, quizá a manos de alguien que sepa sacarle el encanto. Mi violín, que brillaba en el vertedero, quién sabe si estará ahora mismo en otro vertedero.

Nunca imaginaría dónde encontré el violín, dije. Qué violín, preguntó María. Ah, pues el que ahora tiene Anna, el Stainer. La miré un momento y, aunque prácticamente había vaciado yo sola la botella de cava, de pronto me di cuenta de que estaba hablando con María de lo que ella nunca podría entender. Que, por mucho que la apreciara y que fuera una mujer encantadora, a ella le daba igual un Stainer que un Olivera. Perdone, me disculpé apurando la última gota de la copa, es una historia un tanto extraña, verá, el violín de Anna antes era mío. Ella me miró como si nunca me hubiera visto. Diga, diga, pidió con avidez, como si le interesara muchísimo. Estábamos en su casa, nos habíamos encontrado en la calle y yo iba con una botella de cava y pensé que mejor compartirla con ella que tomármela sola porque últimamente tenía que hacerlo todo sola. Y María y yo siempre nos habíamos entendido, era muy amable, así que lo pasamos bien recordando a Karl y charlando de cómo había cambiado Barcelona, y entonces me dijo que no volvería a casa de Mark porque Anna estaba medio instalada con él y por eso me salió contarle la historia del vertedero. Nunca se la había contado a nadie, pero María venía de donde venía y, por tanto, era la candidata perfecta para entender que en los vertederos pueden encontrarse cosas fascinantes. Aunque no supiera lo que era un Stainer. Así que comencé explicándole lo que era un Stainer y por qué tenía tanto valor aquel violín. Le hice un resumen de lo que sabía del lutier, que era tirolés y que había vivido en el siglo XVII, y también le expliqué con palabras sencillas que los instrumentos que había fabricado eran especiales, que sonaban de una manera especial y que a través de la efe podía leerse la firma del autor, Jacobus Stainer, y la fecha de fabricación del violín. En el caso del nuestro es 1672, añadí. Iba dando datos sueltos, cosas que recordaba del fabricante del instrumento, ah, y resulta que a principios del siglo XIX sus instrumentos se consideraban mejores que los italianos. Que los italianos, repitió ella. Me miraba con los ojos muy abiertos. Sí, que los de Cremona. Stradivarius, Amati, ya sabe. Pero no debía de saberlo, no, porque puso cara de no entender nada y me expliqué mejor, sí, bueno, Cremona es una ciudad italiana donde fabricaban los mejores violines del mundo, los más prestigiosos. Ah, se limitó a responder María. Uy, están todos bien localizados, exclamé, pero los Stainer no tanto. Sonrió, pero la veía ausente. No debía de importarle lo más mínimo lo que le contaba. A mí me daba vueltas la cabeza y para acabar dije, bueno, la

mayoría de los Stainer terminaron primero en monasterios austriacos y después se vendieron a particulares. Tosí un poco, las burbujas del cava me cosquilleaban en la garganta. Ella me incitó, pero me ha dicho que el de la señora Anna en realidad era suyo. Asentí, luego le conté lo ocurrido, le expliqué que no lo había comprado, que no habría podido, que de pequeña vivía en un mundo de miseria y le conté cómo y por qué se rompió aquel mundo de miseria. El violín era mágico, rematé después de otro trago de cava. La miré para intentar deducir cómo se tomaba todo lo que le contaba. Pero María no dejaba traslucir ninguna emoción, nada. Permanecía delante de mí con los ojos abiertos como platos, fijos en los míos, como si no me hubiera visto en la vida. No sé si entendía lo que le estaba contando. Tal vez no se lo creyera. Le juro que encontré el violín en un vertedero, terminé por decirle al verla tan inmóvil, no me cree, verdad. Entonces, se despabiló de aquella pose estática, uy, sí, claro que me lo creo. Se levantó y dijo, perdone un momento, voy al lavabo, vuelvo enseguida.

Cuando volvió noté, por su cara, que le había sentado mal el cava. Y eso que había bebido muy poco. En cambio, a mí, que tanto había bebido, me estaba sentando la mar de bien. Y ahora que había abierto el grifo de las confesiones, no quise parar, pues escuche, que no es todo, le dije, casi obligándola a sentarse y a escucharme. María no se hizo de rogar, continuaba con los ojos muy abiertos, como deslumbrada por un *flash* fotográfico. Le hablé de Anna y de su padre, se lo conté todo, todo. Me solté y, al final, el desahago se convirtió en pena y terminé llorando. Nunca le había contado a nadie todo aquello y me di cuenta de que lo había guardado como una bola llena de púas dentro de mí y que, en cambio, habría sido mejor contarle porque me habría resultado más fácil superarlo. María me dio unos pañuelos de papel y me acarició el hombro. Pensé que era muy buena mujer. Puede que no entendiera el valor del instrumento que había encontrado en el vertedero, pero entendía de lágrimas y de sentimientos. No era como Anna, qué va.

Que María me rozara el hombro, que me acariciara, me recordó a Karl cuando me pidió que lo abrazara dos días antes de morir. Todos necesitamos contacto humano, todos necesitamos caricias en mayor o menor medida, aunque finjamos que no. Por entonces no sabía que Karl corría peligro de muerte, no sabía que le habían prohibido volar, no sabía nada. Y él, que sí que lo sabía y que además se veía en las últimas, se levantó al día siguiente y dirigió un concierto, y después cogió un avión rumbo a Viena. Pero antes me pidió que lo abrazara. Karl T. también era humano.

Mark

Mark, escúchame, ¡no tenía ni idea!

—¡Déjame en paz, Anna, déjame!

Estamos dando el espectáculo delante de todo el mundo. No es para menos. Mi mujer me sigue o, mejor dicho, me persigue escaleras abajo en dirección al camerino. Y va gritando que no sabía nada del otro violín. Cuando ha acabado el concierto, Teresa, ella y yo hemos mirado el violín. Es igual que el Stainer, igualísimo, una copia exacta, del mismo color, con la misma pequeña tara arreglada, todo igual. Solo la firma, que no es Stainer. Dentro del violín se lee el nombre de un lutier de Barcelona. Sé que Anna era sincera, pero ya estoy harto, este incidente me ha abierto los ojos. No sé qué ha pasado y no sé quién puede haberle jugado esta mala pasada a mi mujer, aunque en el fondo pienso que se lo merece, pero los demás no y, al fin y al cabo, somos al menos tres los que hemos recibido el castigo o, como mínimo, el susto inicial. El concertino de la orquesta ha venido a mirar el violín y nos ha preguntado qué había pasado. Le hemos dicho que no lo sabíamos y se ha ido después de comentar, menuda tomadura de pelo. Seguramente ahora los de la orquesta se estarán riendo porque la realidad es que sencillamente no soportan a Anna.

—¡No es culpa mía, Mark!

—Ya sé que no es culpa tuya, pero ¡déjame en paz, por favor!

Nuestras palabras, nuestros gritos, resuenan por estas paredes blanquecinas y el dibujo abstracto a mitad de la escalera del teatro que ocupa toda una pared y que, de pronto, se me clava en el alma. No sé qué representan estas figuras, solo veo pájaros mal hechos. Qué pasa, Dios mío, qué pasa, por qué es todo tan extraño, por qué es todo tan surrealista. Y Anna obsesionada con el agua, con el Spree, ayer por la noche me obligó a pasear por la orilla del río y hacía un frío que pelaba, pero ella estaba embobaba mirando abajo, al agua, y no escuchaba nada de lo que le decía, solo miraba el agua y, eso, se aferraba a mí. Y se aferra a mí porque soy el único que la soporta, soy su marido, la quiero. O la quería.

Llego a la puerta del camerino, me giro y le espeto:

—Anna... ¿Por qué eres tan despectiva con todos?

Ya sé que esa no es la cuestión, que no tiene nada que ver con el violín, pero es el detonante que ha conseguido que me diera cuenta de lo que pasa en realidad. Se queda callada un momento, sorprendida, y me mira con esos ojos fascinantes que ahora descubro crueles. Finalmente, se muerde un labio y después, en lugar de contestarme, dice:

—Tengo que decirte una cosa, Mark.

Me lo ha dicho en su tono seductor de siempre. El tono que hace tiempo me hizo caer en sus brazos, el tono que ha utilizado todo este tiempo para tenerme atado y bien atado, ahora lo veo. Cojo aire y respondo:

—Muy bien, Anna, yo también tengo que decirte una cosa... Escúchame bien:

basta. Se acabó. Lo siento, estoy harto. No te quiero. Lo siento.

Ya está, ya lo he dicho. Entro en el camerino. La oigo quedarse fuera con el falso Stainer en la mano, con la mirada clavada en mi nuca, la noto pegada ahí, es una mirada que habla de una vida de sufrimientos que no ha sabido resolver y que están pasándole factura. Me giro y la veo que quiere decirme algo. Mueve los labios pero al final no dice nada. Baja la cabeza, da media vuelta y se aleja despacio. Se apoya en la barandilla para bajar las escaleras. Adiós, Anna.

Anna

Ahora no llueve, pero el suelo resbala. Me voy a caer, me voy a caer, llevo tacones de aguja. *En souffrant*, siempre *en souffrant*. Y me he olvidado el abrigo, he salido vestida de concierto. Es que no sé adónde voy, no sé qué hago, no sé qué toca, ahora no sé qué hacer. Miro al suelo y, aunque está oscuro, intento distinguir los restos de agua, estos adoquines húmedos que son un atentado al equilibrio con los tacones que llevo. Me agacho y toco con la yema de los dedos el suelo frío, mojado, brillante. No, no, aquí mi alma no cabe, es imposible, aquí no está.

No se lo he dicho a Mark. No le he dicho que espero un hijo suyo porque encima quizá me habría quedado sin el niño. En el último momento, he decidido callar y así el niño será para mí sola. Muy bien, pues, ni Mark ni Stainer, pero al menos me queda la criatura, si nada se tuerce, porque ya estoy mayor para parir y tendré que portarme bien y no cometer excesos ni imprudencias.

Y el Stainer dónde está, quién se lo ha llevado. Miro a mi alrededor, el público se ha marchado y allí, en un rincón, quedan algunos de la orquesta riendo. Quizá son ellos los que me han cambiado el instrumento. Pero era una copia exacta realizada en Barcelona con premeditación. Era el Stainer sin serlo, porque lo parecía hasta que lo tocabas. Cuando lo he cogido de donde lo había dejado no he notado ninguna diferencia. Y sin embargo, ha sido allí donde lo han cambiado, donde alguien ha dejado un gato donde había una liebre en el momento en que he salido a respirar aire puro y ver llover. Ha sido alguien que conoce mis costumbres. Sí, pero quién. Teresa y Mark no, imposible. Por mucho que Mark me haya dejado y por mucho que yo odie a Teresa, tengo la impresión de que no tiene nada que ver con ellos. Pero si no han sido ellos, quién. No se me ocurre nadie más de mi entorno, solo que me haya seguido alguien que no conozco con la intención de robarme el instrumento y haya estudiado todos mis movimientos, concierto tras concierto, durante cierto tiempo. Será un traficante de objetos de valor y a estas alturas habrá vendido el Stainer a alguien que le prometió una buena tajada.

—¿No deberías abrigarte un poco, Anna?

La voz ha llegado tan de repente que he dado un respingo. Eso sí que no me lo esperaba, me vuelvo y veo a mi madre. Ha envejecido todavía más, ha encogido, es poca cosa y va con bufanda, gorro y abrigo. De repente me asalta una sospecha y la suelto sin más, sin ni siquiera saludarla:

—¿Me has quitado el Stainer?

Se echa a reír.

—No, hija mía, no. ¿Qué quieres que haga yo con un violín o el dinero que pueda proporcionarme?

Entonces deja de reír y duda un poco antes de decir:

—Pero he notado que no tocabas con tu violín. He notado un cambio y he pensado que había pasado algo... Te han robado el Stainer.

Callo. Claro, mamá también lo ha notado porque, según me dijo aquel día, aunque no haya vuelto a decirme nada más, me ha seguido de concierto en concierto. Qué constancia. Entonces añade despacio:

—He venido a hablar contigo porque he visto que tenías problemas...

—¡Vaya! ¡No me digas que ahora quieres ayudarme a resolverlos...! ¿Sabes cuál fue mi principal problema hasta los catorce años?

La he atizado, no he podido evitarlo. Y ahora llora. Se tapa con la bufanda pero le caen lágrimas de los ojos, lágrimas que brillan a la luz de las farolas berlinesas. La observo con atención y de repente me doy cuenta de que ya no es mamá, solo una vieja que llora porque carga un gran peso en la conciencia y no tiene fuerzas para arrastrarlo.

—Adiós, voy a por mis cosas... —digo, por decir algo. De hecho, no sé qué decir, no sé qué hacer.

Y doy media vuelta y echo a andar. Y entonces oigo a mi madre a mis espaldas:

—¿Quieres que te espere?

Me detengo. Algo cambia dentro de mí, no sé exactamente el qué, pero es una cosa que de pronto me trastoca la vida. Me toco la barriga, donde hay una vida que tendré que aprender a entender. Y tendré que hacer lo que mamá no hizo conmigo. Pero quizá no esté tan sola si...

—Anna...

Se ha situado delante de mí. No voy a abrazarla, no puedo. Pero acabo de descubrir que hay un momento en la vida en que no nos queda nada salvo lo que se nos planta delante de las narices y, entonces, tenemos que elegir. Se buscan las Indias y se encuentran las Américas. Mamá ya no es mamá, es una mujer mayor salida de la oscuridad del pasado, una mujer que se ha secado los ojos y a la que ya solo le queda una lágrima traidora que, al aterrizar en la bufanda, deja de existir. Y eso pasa justo en el momento en que comprendo que en aquella lágrima estaba mi alma, la que he buscado durante tantos años.

Como si fuéramos compañeras de trabajo y nos viésemos todos los días de Dios, antes de entrar le digo en un tono absolutamente neutro:

—Espérame un momento, por favor... Salgo enseguida.

La granjera y el pastor

María, buenos días, guapa... ¿Me oye? Buenos días...

Buenos días, señor Karl. Y *gut'n tag, Herr Beethoven*. Están los dos juntos, ah, qué bien, señor Karl no me mire con esa cara que me sonrojo. Qué nubes de colores más bonitas, eh, aparecen y desaparecen, parecen de algodón. Algodón de colores, como el que usaba una señora de las dos con las que serví en Barcelona antes de trabajar para usted. Nunca lo había visto, no eran tiempos de algodón de colores, y me pareció que veía visiones cuando, limpiando el lavabo, encontré aquellas bolitas blanditas tan diferentes de las que yo conocía. Eran tan bonitas... Claro que usted, de estas cosas, nada de nada. Cuando le compraba a usted algodón, se lo compraba normal, blanco, porque pensé que, si se lo compraba de colores, me pediría explicaciones o no entendería que aquello también era algodón. Porque usted, tiene que reconocerlo, mucha música pero poco más, señor Karl. Bueno, sí, de acuerdo, alguna cosa más también, y la gran sorpresa porque, señor Karl, se me heló el corazón al leer el contenido de la carta y, veré, no supe reaccionar hasta que me dijeron que había muerto. Entonces, claro, ya no tuve que pensar más, no necesitaba para nada los quince días que usted me pedía para tomar una decisión que, de todos modos, ya tenía tomada, porque hay decisiones que, señor Karl, no se toman, decisiones que se llevan grabadas en el corazón y ya puedes esforzarte en intentar tomar otra, que no lo conseguirás nunca.

Y después, cuántas lágrimas. No pude tocar el violín hasta al cabo de mucho tiempo, sabe, cuando ya había pasado quizá un año. Al principio lo intenté, cuando todavía tenía el Stainer, cuando todavía vivía en su casa, pero lloraba tanto, tanto que tuve que desistir enseguida. Después, en mi casa, lo volví a intentar, limpiaba el polvo e intentaba tocar aquella canción, pero duró poco, enseguida abandoné el intento de superar lo insuperable. Y dejé el instrumento allí, al lado de Beethoven, se hacían compañía y se llenaron de polvo al mismo tiempo. Me asomaba a diario a aquel cuarto desastrado y me decía, hoy sí que podré, y miraba el violín y me hacía la dura y nada, volvía a cerrar la puerta. Y cuando volví al cabo de un año, Beethoven, que era gris, se había vuelto marrón y el estuche del violín, que era marrón oscuro, estaba blanquecino.

—¿Cómo está, María? No se inquiete, tranquila que está todo a punto, no se preocupe. No sufra por nada, bonita... No sufra.

Si lo dice la enfermera, está todo a punto y no me preocupo. Nunca habría dicho que haría lo que he hecho. Pero no podía obrar de otro modo. No venga más, me dijo el señor Mark, porque mi mujer prefiere que no venga, la, la... El señor Mark no podía acabar la frase porque estaba inventándose una excusa para justificar que la señora Anna no quisiera verme ni en pintura. No sufra, no volveré, le dije, cortando aquella frase estúpida que se había encallado en la, la, la. Se mordió el labio y después dijo, lo siento. Quédese las llaves, dijo como si me diera una gran cosa, y añadió, quién sabe. Me dio pena, no sabía cómo arreglar la situación, no sabía cómo hacerlo para no dejarme así, como a un trapo sucio, sin posibilidad de volver a

aquella casa, al piso, como decía él, que si aquello era un piso, mi casa debía de ser una conejera porque no tenía comparación, si aquello parecía un palacio, y eso que el señor Mark sabía lo que significaban las estrecheces en la vida, pero por lo visto uno se acostumbra rápido a vivir bien.

Pero eso del señor Mark pasó mucho tiempo después, cuando ya hacía años que volvía a limpiarle el polvo a Beethoven en la pequeña habitación de mi pequeño piso y a tocar la granjera y el pastor. Qué lío de fechas, ya no sé cuál es cuál y, señor Karl, también me confundo con todas las mujeres que entretuvo en el sofá. Eran otros tiempos y, cuando había mujeres en activo, a mí no me hacía ni caso y se olvidaba de darme clase. Después todo cambió, pero al principio era así, se acuerda, verdad. No despiste, no se salga por la tangente, no quiero recriminárselo, no es eso, pero era así, señor Karl, tiene que reconocerlo. Cómo dice. Que no me veía. Ya lo sé, ya sé que no me veía, pero no se preocupe, siempre me he hecho a la idea, siempre, y entonces, en los últimos tiempos, no sé si me veía, pero parecía enfadado conmigo y no me decía nada, y se iba y ay, que ya me lo explicó por carta, sí, ya lo sé, si yo, señor Karl, me eché a temblar cuando la leí. Me eché a temblar, sí. Y también lloré, señor Karl, claro que no de pena como cuando se murió. Entonces no había estas nubes de colores. Ni el árbol terminado en punta. Tenía que ir, tenía que ir. El árbol era amarillo, lo veía porque la luna lo iluminaba y así lo vi, fue allí donde dejé el estuche y me puse a tocar, no vino nadie, señor Karl, pero es que era noche cerrada. Y me dolía mucho la barriga, me dolía tanto que al final toda yo era una bola de fuego.

—¿Cómo se encuentra, María?

Diría que bien, pero es que no puedo contestar. Ahora ya no puedo hablar, solo hago un ruido raro, que sale de donde tenía el fuego. Ahora ya está, ya no tengo fuego dentro ni nada, solo paz, una paz insólita que me conduce al paraíso de las nubes de colores y los Beethoven que miran con cara de pocos amigos y una ceja levantada. Y a su lado, usted, sí, ya lo sé, señor Karl, no hace falta que diga más, que ya lo sé, ya lo veo.

Vino la que hablaba catalán y castellano, porque el resto de los que pasan por aquí hablan la lengua esa tan inteligible de este país y, cuando entran en algún sitio, dicen *gut'n tag*. La primera vez que lo oí, hice un esfuerzo titánico para abrir los ojos y ver si Beethoven estaba en la habitación donde me tienen ahora. Pero no, no estaba, solo había una tele, una silla y un armario, todo color ala de mosca. Y pensé, dónde estoy, e intenté recordar, pero en un primer momento no recordé nada. Después sí. Y al final hasta pude hablar con la que hablaba catalán y castellano, que era una enfermera y me dijo que me habían encontrado inconsciente en el suelo en medio de una plaza, con el violín al lado, y que llevaba tres días durmiendo, pero que no sufriera y que el violín estaba en el armario. Pero abrí los ojos y le dije que sí que sufría.

Ahora ya está todo arreglado, señor Karl. Después de lo que me contó la señora Teresa sobre dónde había encontrado el violín, vino todo rodado, porque no había pasado medio año de aquello cuando su hijo me llamó para pedirme un favor. Y,

como yo le había dicho, lo que quiera, señor Mark, ay, perdón, Mark, pues él me suplicó que echara un vistazo al piso porque tenía que llevarse a la señora Anna a un balneario diez días y no se quedaba tranquilo dejando allí las joyas y el Stainer durante tantos días sin nadie, porque por lo visto el médico les había dicho que no podían llevarse el instrumento, que la señora Anna tenía que olvidarse durante diez días de que era música. Me parece que el señor Mark no se fiaba de la criada que había contratado la señora Anna porque me dijo, venga un par de días, no habrá nadie, estará sola, y no toque nada, eh, no vayan a pensar que... Se cortó, cuando hablaba conmigo dejaba las frases a medias, no sabía cómo acabarlas, y a mí me daba pena porque era demasiado sincero, era como usted, tenía que aprender a ser un poco diplomático. No se preocupe, le dije para tranquilizarlo. Gracias, María, respondió de inmediato, vale usted más que las joyas y el Stainer juntos. Y me alegré porque me pareció que sonreía al otro lado del teléfono.

La verdad, no se me había ocurrido, pero entonces se me encendió una luz dentro de la cabeza, una luz como la que se me encendió ayer, hoy o hace diez días, no sé, porque he perdido la noción del tiempo, una luz como la que me empujó a decirle a la enfermera del catalán-castellano, cuando todavía podía hablar, por favor, coja papel y bolígrafo y escriba esto, señora Teresa, como verá en la carta del señor Karl que le adjunto, el violín es mío y fui yo quien lo tiró al vertedero, ahora se lo regalo a usted. Y firmé como pude y le pedí a la enfermera, por favor, cuando muera, envíe este papelito que acabo de escribir y esta carta del cajón de la mesita y el Stainer, todo junto, a tal dirección a nombre de la señora Teresa. El Stainer, repitió la enfermera con cara de no entender nada. El violín que ha guardado en el armario. Ah, sí, dijo, un tanto desconcertada. Es que ese violín tiene nombre, le dije. Me parece, señor Karl, que es lo último que dije un poco largo, cuando me desperté en aquel momento que no sé si era ahora o antes, oh, cómo pasa el tiempo, qué deprisa, y qué extraño es todo. Y nadie sabe cuánto me costó decirle tantas cosas seguidas a la enfermera del catalán-castellano. Pero lo conseguí y después ya me quedé tranquila.

Cuando volví a tocar la granjera y el pastor cerca de Beethoven, al cabo de un año viviendo en el piso pequeño, primero tuve que limpiar el polvo que había cubierto al músico de escayola y el estuche del instrumento. Y después tuve que afinarlo. Y se había roto una cuerda, el *mi*, así que corrí a por otra. De eso sabía mucho, se acuerda, verdad, señor Karl, de cómo usted me mandaba a por cuerdas nuevas y cómo me enseñó a colocarlas. Y normalmente siempre eran el *mi*, porque el *mi* siempre se rompía. Pues sepa que ni aquel día ni todos los días en que coloqué cuerdas tuve ningún problema. Siempre he tocado la canción, aquella y otras, y siempre lo he hecho sin llorar, pero con tanto sentimiento que me he ido del mundo, con aquella alma que decía usted que yo tenía, y cerraba los ojos y lo veía a usted y cuando volvía a abrirlos pensaba que le vería allí delante y no, solo estaba Beethoven, impasible. No sabía si lo había hecho como es debido porque a Beethoven todo le parecía bien.

En aquel piso todo era pequeño. Y en el piso del señor Mark, todo era grande.

Como me había pasado unos años limpiándolo, lo conocía bien, y los días que estuve en él me costó poco localizar el Stainer. Fui enseguida, tenía un plan clarísimo, se me había metido en la cabeza una idea que aún no sé si era buena o mala, pero en cualquier caso, ya está, he hecho lo que tenía que hacer. Me volví metódica y precisa, señor Karl. Fui rápidamente a los que vendían cuerdas y les pregunté si conocían a alguien que fabricara violines. Me dijeron que sí y me dieron una tarjeta, fui y me encontré con un hombre que me miró de arriba abajo cuando le conté que necesitaba un violín especial y que solo tenía una semana para hacerlo. Aquel hombre me respondió con un deje irónico si creía que un violín era un juguete o qué. Le dije que no, que para nada, y que le pagaría mucho dinero por hacer una copia exacta de otro violín en una semana. Y entonces le di una cifra, que era más o menos la cuarta parte de todo el dinero que me dejó usted en el testamento. Pues se ve que le ofrecí un precio desorbitado porque puso unos ojos grandes como platos y, tras un instante de estupor, poco a poco dijo, tanto por adelantado y tanto cuando lo recoja. Le dije que de acuerdo y al día siguiente le llevé el Stainer y lo recogí al cabo de una semana. El señor fabricante de violines que primero me había mirado de aquella manera, entre desconfiada y socarrona, me esperaba con un té y unas pastas y me pidió que me sentara y, señora, enseguida le traigo su instrumento, ya está listo, y no sé cuántas cosas más. Pero me sentí vengativa y le dije que no, gracias, que me diera el Stainer y la copia, que quería verla bien y que, si estaba como esperaba, le pagaba lo que le debía y me marchaba «tarará que te vi». Él se inclinó hasta el suelo, bueno, no, hasta el suelo, no, pero casi, y después fue a por los violines y me los trajo, yo primero me aseguré de que no le hubiera hecho nada al Stainer y comprobé la firma mirando por el agujero alargado y después examiné el otro instrumento y, Dios, era realmente igual que el Stainer, costaba distinguirlos de no ser por la firma y porque no sonaban igual, claro. Lo sé porque toqué un poco delante del fabricante de violines boquiabierto. Y, cuando todavía no había cerrado la boca, le pagué lo que le debía, le di las gracias y me despedí. Y devolví el Stainer a casa del señor Mark un día antes de que regresaran de la estancia en el balneario con la señora muy recuperada, y de que me telefonara y me preguntara, qué, todo en orden. Todo en orden, señor..., o sea, Mark. Cómo puedo agradecerle tantos favores, María, exclamó entonces. No pasa nada, respondí, condescendiente, y por dentro pensaba, ya me los ha agradecido, no tiene ni idea.

El otro violín también tenía alma, se la vi. Señor Karl, no acabo de entender cómo es que el alma de los violines se ve y la de las personas no. Pero si la nuestra tiene esa forma, es muy fácil que vuele, claro, y cuando la mía se vaya saldrá disparada a su encuentro. Y, cuando nos hayamos reunido, tomaremos chocolate con nata en la cocina de casa, de la casa de las nubes de colores. Si quiere, puede tener señoras en activo, no me molesta, no se vaya a pensar. A todo se acostumbra una. Y son muchos años.

No sabía cuándo podría cambiar un violín por otro y pasó bastante tiempo y al

final pensé que quizá nunca lo conseguiría porque iba envejeciendo, pero bueno, al menos me hacía la ilusión de que tocaba el Stainer porque se parecía mucho y ahora practicaba con el violín nuevo que, aunque no era el otro, sonaba bien, muy bien. Y cuando ya creía que no podría recuperar nunca mi violín, porque es mío, porque usted me lo regaló, pues cuando creía que no podría recuperarlo nunca, me llamó el señor Mark y me dijo aquello del concierto en Berlín y que fuera, que le hacía mucha ilusión. Y le pregunté, y la señora Anna. Me pareció que ya no le importaba tanto la señora, déjela, dijo, yo quiero que venga. Y yo que no y él que sí, y que no y que sí y, al final, tuve la idea y dije, de acuerdo, iré.

Estaba muy cansada y comenzaba a dolerme la barriga. Pero solo un poco, no le di importancia. Y además quería hacer mi trabajo y hacerlo bien. Recuerdo que, mientras pensaba en cómo hacerlo, iba cantando aquello de *Yo voy a limpiar toda, toda la casa...* porque el señor Mark me había dicho que en Berlín tocarían la música de los domingos por la mañana, que se trataba de eso, y era la que tenía letra porque se la había puesto yo, solo que entonces no tenía la música de fondo como acompañamiento. Y un día, sabe qué, señor Karl, pues que fui a la tienda donde vendían discos y pregunté si tenían la música, la tarareé, y el dependiente se sonrojó y llamó a otro dependiente y al final vino el que se ocupaba de la música clásica y me dijo, ah, se refiere al *Concierto para dos violines* de Bach. Exacto, exclamé, porque lo de los dos violines cuadraba con mi idea, claro, usted tocaba aquella música con dos violinistas y, por tanto, debía de ser esa. Entonces compré el disco, un disco de los pequeños, un cedé, le llaman, que podía poner en mi aparato de radio y música y me fui a casa, y a partir de aquel momento tuve acompañamiento musical. Pero, señor, cada vez que ponía el disco de Bach me hartaba a llorar porque lo veía a usted, de pie, alto y grande, riéndose y tomando chocolate, no sé por qué le veía riendo y tomando chocolate. Como ahora, que veo que también toma chocolate, no hace otra cosa, eh, no lo ha dejado después de tantos años, pero esta vez no se lo he preparado yo porque no puedo moverme y me parece que tengo algo en la cara, en la boca y en el cuello, no podría tragar nada. Virgen de la Macarena, ya podrían quitármelo un ratito y me iría con usted, estoy harta de todo esto. Si pudiera moverme me lo quitaría yo misma y se acabaría esta historia, pero es que no puedo moverme, no consigo reunir las fuerzas necesarias para arrancarme el tubo de una vez por todas.

Compré un billete para un vuelo del día antes y le dije al señor Mark que, ay, una hermana mía vivía aquí y me había pedido que fuera un día antes para estar con ella. Yo, ni hermana ni nada, claro, porque no tengo hermanos y toda mi familia se quedó en Andalucía cuando me marché de allí, pero el señor Mark se lo creyó. Me preguntó si tenía el billete y le dije que sí. Me dijo que también había comprado el mío pero que no me preocupara, que podía cancelarlo. Qué cosas tan raras hace, María, me medio riñó, y yo que creía que no sabría ni comprar un billete. Me lo dijo por teléfono y me reí un poco y pensé, y quién creía que le compraba los billetes a su padre, pero no dije nada, no. Había ido a la agencia, a la de siempre, me había

acercado arrastrando los pies, hará cosa de un mes, bueno, de un mes antes de llegar aquí, claro, porque no sé cuánto tiempo hace que estoy aquí, no sé si mucho o poco, una hora o veinte días o tres meses, ay, señor, qué lío, y encontré otra agencia cerca de casa, pero yo quería la mía y para allá que me fui. Y cuando estuve allí busqué a alguien conocido y sí, todavía quedaba un señor mayor al que conocía, bueno, no era tan mayor como usted y como yo, señor Karl, sino el señor que había sustituido a la mujer que me ayudaba cuando ella se jubiló. Y me ayudó con todo, me proporcionó el billete de ida y también el de vuelta, aparte del grupo, porque aquí, a Berlín, vinieron no sé cuántos, uf, como usted cuando viajaba con toda la orquesta, pero entonces los billetes no los compraba yo, era demasiado complicado. Y el señor de la agencia me invitó a sentarme y me trató muy bien, también me buscó hotel para pasar una noche antes de que llegaran los demás.

Y así lo hicimos, señor Karl. ¿Le extraña? Ya veo que no. El día que llegué a Berlín llevé la copia del Stainer al teatro. La llevé en taxi y se la quedaron en el guardarropa por un precio módico después de un tira y afloja gesticulado con la chica encargada. De hecho, no sabía cuándo hacer el cambio, pero se me había metido en la cabeza hacerlo aquí, en Berlín, por usted y por todo, y también por la señora Teresa, que tanto sufrimiento había aguantado en esta vida, pobrecilla. Y es cierto que la señora Anna también ha sufrido y quizá sea la que más ha sufrido de todos nosotros, pero estará de acuerdo conmigo en que se merecía una buena para caerse y aprender a levantarse de otra manera. No me mire así, que me atraviesa, señor Karl, y en el fondo sabe que tengo razón.

Los otros llegaron al día siguiente y nos reunimos todos en el hotel, la señora Anna me hizo un papelón que no se lo imagina, parecía que le provocase urticaria, y me limitaba a estar sentada en una silla porque ir de un lado para otro me había dejado baldada, y ellos discutían los detalles de cómo y cuándo sería el ensayo y cómo irían al teatro y demás. Entonces, fue entonces cuando, en el almuerzo del primer día, comentaron de pasada que la señora Anna acostumbraba a practicar mucho en el camerino antes de actuar y después, a última hora, dejaba el violín a la entrada del escenario y salía a que le diera el aire. Incluso se sonrojó cuando alguien lo comentó riendo un poco porque los de la orquesta, lo vi claro, se reían de ella todo el rato, lo hacían con disimulo, no sé si ella se daba cuenta, pero la señora Anna levantaba cada vez más la nariz y apuntaba alto y, como tiene la nariz pequeña y estrecha, parecía una aguja, no sé, señor Karl, cómo pudo mantenerla en activo, porque esa mujer es un palo envarado. Pero, en fin, ahora no voy a recriminárselo, no se preocupe.

El resto fue más o menos fácil. No contaba con no encontrarme bien, eso sí que no, pero ocurrió y empecé a pasarlo muy mal, señor Karl, pero que muy mal, porque me ardía el estómago y era terrible, cada vez peor, y a veces me quedaba incluso sin respiración, pero tenía que aguantar para hacer el cambio y hacerlo aquí, en Berlín, y lo hice y, una vez hecho, me marché porque no me aguantaba de pie y no quería saber

qué pasaría cuando la señora Anna se pusiera a tocar Bach, ya me había divertido bastante, habría sido excesivo, me habrían encontrado muerta allí mismo, en la silla, y no podía ser, que queda muy mal morir en un patio de butacas y además iba muy arreglada, arregladísima, con un vestido largo que creo que ahora también está en el armario, junto al violín. De modo que me fui, pasé por el guardarropa, recuperé el Stainer que antes había dejado entre prisas y que pensaba recoger al día siguiente, pero al final me lo llevé antes. Y me lo llevé antes porque no podía más, señor Karl, una vez cumplida mi misión, me sentí morir. Toqué la carta, su carta, la que llevaba encima desde que me la dio, la que ahora está en el cajón de la mesilla de noche a punto para enviarla a la señora Teresa, y no le diré dónde la llevaba antes porque me da vergüenza, pero se lo puede imaginar, y me dije que me quedaba otra cosa por hacer antes de irme de este mundo. Paré un taxi y, como mejor supe, pedí que me llevara a la Kollwitzplatz. Y, aunque parezca imposible, el taxista me entendió.

Había un árbol acabado en punta, señor Karl, con un banco debajo. Un árbol bonito, aunque oscuro y desangelado. Se llegaba por un pasillo de hojas que iba levantando al caminar porque no podía levantar los pies del suelo. El violín me pesaba muchísimo, no sabía cómo acabaría aquello, pero sabía lo que tenía que hacer.

Allí, debajo del árbol amarillo y puntiagudo, me puse a tocar la granjera y el pastor. No podía ni respirar, no podía moverme del dolor que sentía por todo el cuerpo, pero me coloqué el violín en el hombro, el violín perfecto afinado por la señora Anna. Estaba todo mojado pero no llovía y había salido una luna redonda como una naranja, una luna que me acariciaba el rostro como si fuera su mano, como si hubiera sido usted. Cerré los ojos y toqué el Stainer. El violín hizo magia y, de pronto, yo ya no estaba en aquel parque, sino al lado del piano, en la sala, con usted. Y me imaginé vestida de granjera y a usted vestido de pastor. Las lágrimas calientes me atemperaban las mejillas heladas porque sepa usted, señor Karl, que esta ciudad suya es la ciudad del frío. Y no podía parar de llorar. La canción siguió su curso hasta el final. Y, al terminar, usted se levantó y pasó por mi lado y me dijo, quítese el uniforme, por favor.

Y ya no sé nada más, no sé qué pasó. Ahora, mire, he conseguido abrir los ojos. No hay nadie y, con una mano, ahora que he recuperado un poco la conciencia, me doy cuenta de que, si me lo propongo, puedo quitarme este tubo tan incómodo. Lo intentaré. Si lo consigo, señor Karl, iré con usted por siempre a las nubes de colores y aquí, de mí, ya no quedará ni el alma.

María:

No soy de escribir mucho. Solo escribo música y me parece que ya no recuerdo cómo se compone una frase entera. Pero hay una cosa que quiero decirle y no me he atrevido a hacerlo de palabra durante todo este tiempo, así que he acabado optando por el papel y, como soy muy cobarde, se lo entrego en el momento en que me voy unos días fuera. El violín que tiró usted por equivocación hará unos cuarenta años al carro de la basura es suyo. Lo recuperé para usted. Quédeselo y toque siempre que pueda aquellas canciones alemanas que tan bien se le dan, sobre todo la de la granjera y el pastor. Toca con una delicadeza que no he escuchado nunca en ningún otro músico. Y solo le faltaba un violín como el Stainer. Cuando me lo dio mi padre, que lo había traído de Salzburgo, no se imaginaba que acabaría en manos de alguien que supiera hacerlo sonar tan bien. Sí, ya sé que no tiene la agilidad ni la perfección técnica de otros violinistas porque no ha tenido las oportunidades que han disfrutado otros músicos. Pero tiene lo que muchos músicos se morirían por tener: la capacidad de dejar sin respiración al que la escucha. Por ejemplo, a mí. Me ha hecho llorar, María, y no sabe cuánto cuesta hacer llorar a un músico... Pero no era eso lo que quería decirle. Lo que quería decirle es que, María, me ha robado usted el alma. Quizá por eso toca tan bien: porque tiene dos almas, la suya y la mía. Usted, que durante cuarenta años se ha movido silenciosamente a mi lado, que ha hecho que me sintiera muy a gusto en esta casa, que ha conseguido que no echara nada de menos, que me ha preparado ese chocolate exquisito que sobre todo me tomo por el placer de poder conversar con usted un rato... con usted, que ha reído y ha llorado conmigo... Me ha llegado al corazón de verdad. Me di cuenta el día que tocó tan bien nuestra canción... El día que le pedí que se quitara el uniforme. Tuve que salir para no hacerlo yo personalmente, me costó mucho contenerme. Imagínese, si llego a hacerlo, qué habría pensado usted de mí si le quito el uniforme allí mismo, cuando ya no sé qué piensa de mi forma de vivir la vida... María, he intentado quitármela de la cabeza, pero no lo consigo. Y piense que es la primera vez que me pasa: a mi mujer la conocí muy joven y en unas circunstancias especiales. Me enamoré, es verdad, pero no sé si empujado por el ambiente y todo lo que pasaba en aquellos tiempos. Y el resto de las mujeres con las que me he acostado no han sido más que momentos de intensidad musical... Como cambiar de tono en una misma composición... No sé si me explico y no sé si alguna vez ha acabado de entenderme, pero no sé decírselo de otro modo. En cambio, con usted, en los últimos tiempos, he tenido que reprimir cada día las ganas de besarle las manos y el rostro y todo, las ganas de decirle lo que sentía. Las ganas de decirle que la quiero. Perdona que sea tan sincero, es lo que siento y ahora no puedo evitar decírselo, aunque no me atreva a hacerlo de palabra. Me voy y espero regresar. Ahora me encuentro muy bien. Me han dicho que un viaje puede truncar mi frágil salud, pero ya sabe cómo son los médicos, que siempre exageran... y yo me veo con fuerzas para todo. Así que tiene quince días para pensárselo... Y cuando vuelva... ¿querrá darme una respuesta, por favor? Los dos somos bastante mayores y ¡nos conocemos tan bien...! Se me han pasado las ganas de liarle con otras mujeres, si es eso lo que la preocupa —aunque creo que no, que nunca le ha preocupado demasiado—. Si me dice usted que sí, me gustaría llevarla a mi Kollwitzplatz... Viajaremos a Berlín y nos llevaremos el Stainer y podrá tocar la canción de la granjera y el pastor donde yo la tocaba... Y me enorgulleceré de haberle enseñado cuatro notas para que pueda ponerles alma, el alma que lleva dentro desde que sus padres le enseñaron a cantar aquello que yo no le dejaba cantar. Y la abrazaré y seremos felices, María. Pero... no sufra, porque si no quiere nada conmigo..., me refiero a nada más de lo que ha habido hasta ahora..., pues si no quiere nada más conmigo, le prometo que sabré mantenerme a la distancia prudencial que usted merece según su decisión, la distancia que hemos mantenido durante estos cuarenta años maravillosos.

Suyo siempre, KARL

P. D.: Ah, me olvidaba: he prometido a Anna que me casaría con ella a cambio de que me dé el violín. No se preocupe, me casaré con ella, pero nos la quitaremos de encima enseguida: cuando vea el poco caso que le hago, se irá.

Cantonigròs,

enero de 2012



BLANCA BUSQUETS I OLIU (Barcelona, 20 de marzo de 1961) es una escritora, filóloga y periodista catalana. Nacida en Barcelona, y muy arraigada a Cantonigròs, enseguida fue a vivir a Pamplona donde su padre trabajaba y donde estuvo hasta el año 1972. En Pamplona estudió en una escuela francesa y aprendió a leer y a escribir en francés primero y en castellano después, a la vez que leía música. Después volvieron a Cataluña y se instalaron en Barcelona donde continuó los estudios musicales. Formó parte de varios coros y tocó durante diez años en lo Orquesta Juventud Percusionista de Cataluña.

Como periodista, trabaja desde 1986 en las emisoras de Catalunya Ràdio donde ha realizado varios programas. También ha trabajado de redactora en Televisió de Catalunya durante siete años. Escribe artículos para el digital Osona.com y es autora de cabecera de la biblioteca de Lliçà de Vall.

Ha publicado varias novelas: *Presó de neu* (2003), *El jersei* (2006), *Tren a Puigcerdà* (2007), *A saber dónde está el cielo* (2009), *La nevada del cuco* (2010), *La casa del silencio* (2013) y *Palabras a medias* (2014), *Jardí a l'obaga* (2016) y *La fugitiva* (2017). Sus libros han sido traducidos al español, el italiano, el alemán, el polaco, el ruso, el noruego, el francés y el inglés.

Ha ganado el premio Llibreter 2011 por *La nevada del cucut*, y el premio Alghero Donna de literatura y periodismo 2015 por la traducción al italiano de *La casa del silencio*.